3 1761 05115133 0

POETAS JOVENES CUBANOS

POETAS JÓVENES CUBANOS

RECOPILACION

DE

Paulino G. Baez

186329
8. 1. 24.

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166.—BARCELONA

Es propiedad de la Casa Editorial Maucci

NOTA PRELIMINAR

Indudablemente asistimos a un renacimiento literario en Cuba, jamás imaginado. Concurrimos a una exposición brillante de artífices noveles de la Rima, que ofician en el templo de Apolo y comulgan ante el ara del Ideal. Son los enamorados de la Luz, que irradia sobre una selva fragante donde hay pájaros que cantan y una fuente que murmura...

Empero, el cultivo de las letras, en todo tiempo ha tenido y tendrá sus detractores gratuitos; esos nos hacen pensar en los parásitos que roen

en la corteza del árbol formidable. Siempre han existido los imbéciles y los inadaptados, interrumpiendo la obra sacrosanta de los que llevan en el cerebro una idea.

Los imitadores no han desmayado en su labor demoledora; pero hemos echado un velo sobre el pasado triste, para dar paso a la Luz, que simboliza la Verdad. «Cuando se hiere a un hombre—ha dicho Víctor Hugo—brota sangre de la herida; pero cuando se hiere a la Verdad, brotan rayos de luz»...

Los jóvenes rapsodas de Cuba están animados del mejor deseo. Saben perfectamente que a la Gloria no se va por prados de rosas, sino por sendas de abrojos, y aquel que lleva el pecho más herido y los pies más ensangrentados, conquistará el laurel olímpico con que el Trabajo premia a los elegidos. Ellos, día a día, han ido regando en el surco la semilla que no había de tardar en fructificar, y cuando ello ocurriera, de ellos, pues, habían de ser los frutos opimos. Saben, además, que pronto ha de cesar la carrera de búfalos por sobre prados de rosas, y tienen la aspiración, harto halagüeña, de que el estómago no ha de invadir siempre los dominios del corazón...

***

El noble afán de crear, ha arrastrado en su corriente un gran contingente de devotos al culto de Apolo. Del montón anónimo han surgido nuevos y positivos méritos, capaces de poner en alto el glorioso nombre de la Patria. El «Parnaso Cubano», es uno de los que llevan camino de ser de los primeros en América, y no precisamente por la cantidad de cosecheros, sino por la calidad de la cosecha. Nuestra ubérrima campiña ha estado en perpetua floración. La eterna primavera nos saluda con sus trompas, y la alondra cantatriz de la mañana se nos brinda desatada en epinicios.

Tienen, pues, nuestros vates, razón y motivo para creer y para crear. Creyentes y creadores se prosternan en votivas jaculatorias ante el altar de Minerva Sagrada; quien su mirra de sapiencia por doquier derrama.

***

El glorioso bardo dominicano Oswaldo Bazil, y en el «Parnaso Antillano», editado por esta Casa Editora, hizo figurar los poetas cubanos de más renombre y que representaron una época, entre los que hemos contado al esclarecido Boni-

facio Byrne; a José Manuel Carbonell; Federico Uhrbach; José María Collantes; Guillermo de Montagú; Félix Callejas; Juan B. Ubago; Dulce María Borrero; Emilia Bernal; Miguel Galliano Cancio; Manuel Serafín Pichardo; Aniceto Valdivia; Diwaldo Salón; entre los vivos —que aún, de vez en cuando, hieren nuestros oídos con el pífano sonoro de sus versos—; y entre los muertos, Emilio Bobadilla, que popularizara el pseudónimo de «Fray Candil»; Julián del Casal; José Martí; Juana Borrero; Zenea; Fornaris; Gertrudis Gómez de Avellaneda; Heredia; Hernández Miyares; Muñoz Bustamante; Joaquín Lorenzo Luaces; M. Rodríguez Rendueles, autor de los «Sonetos criollos»; Rafael M. de Mendive, que tenía por alma una sensitiva; Pérez Cabello; Carlos Pío Uhrbach; Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido); Nieves Xenes, y aquellos otros jóvenes que moran en el Elíseo de los Poetas: René López, Armando D. García y Carlos Prats, muertos prematuramente en plena epopeya de éxito...

***

Pero en el «Parnaso Antillano» no podían figurar los que constituyen el valor literario del momento, y a llenar este vacío viene la «Antología de Poetas Jóvenes de Cuba». En ella figuran, si no todos, al menos los que son tenidos por

excelentes en el momento culminante. Algunas joyas literarias hemos querido engarzar en el volumen, extraídas del légamo del olvido, que tantas energías marchita y tantas esperanzas trunca.

Cuanto brilla y ha brillado en nuestro verjel poético, ofrecerá al paladar del lector un manjar deleitoso. Los cambiantes de cada estro y las maravillas de cada numen, en íntimo maridaje, ofrecen el fruto más preciado.

Quienquiera que desee un fruto ácido, o anhele saborear el néctar de los dioses en la copa de Saturno, que lea esta «Antología».

Algunos de nuestros poetas han seguido a Ulises en su peregrinaje, o han suspirado por Latona otros. Esos, y todos, han sentido la Belleza filtrarse en su interior como una blanda caricia, como una emanación del cielo o un beso de mujer...

Han depurado su arte; quintaesenciaron la forma, y hélos aquí, en esta obra que rompe lanzas contra el medio ambiente.

***

El espíritu, ebrio de absoluciones milagrosas, de nuestros poetas sentiráse felice, y aplaudirá la iniciativa de compilar la labor que ellos dejaron dispersa.

Otro que no fuera el que estas líneas pergeña, se hubiera aprovechado de la ocasión para tomar represalias contra aquellos que se han mostrado en todo tiempo remisos, o aquellos que hayan pensado que pudiéramos suplantarles o, al menos, igualarles; pero, no; hemos sido hidalgos en el aserto del vocablo. Nos hemos despojado de viejos prejuicios, y lo hemos hecho, cumpliendo así, con un alto precepto de justicia en nuestros actos y equidad en nuestros desinteresados juicios.

¡La Envidia! Nuestro corazón, abierto a todas las palpitaciones nobles, no sabe lo que es eso. La Envidia, esa vieja desdentada y raída, «con nariz de garfio y ojos de astucia», no ha conseguido soliviantarnos.

Hemos marchado por la senda recta, sin importarnos nada los barruntos de la tempestad ni el qué dirán de los truenos, como dijo Santos Chocano.

En todos nuestros actos hemos pensado que con alteza de miras y elevación de pensamientos, se llega al pináculo en todas las legítimas aspiraciones, y además, se cumple con la propia conciencia, juez y parte a la vez. ¿Hay algo más hermoso que esto?

***

¡Edificar! Tal ha sido nuestra divisa, y hemos edificado contra viento y marea. He aquí, pues, nuestra última joya arquitectónica...

Tenemos la convicción plena de que en Cuba no se ha laborado nunca—en calidad y cantidad—tanto como de una década a esta parte. La Poesía ha obtenido cada día nuevos y valiosos prosélitos. Y nunca la mujer había encontrado un ambiente tan propicio como el que encuentra ahora.

Safo, encantada de los trópicos, encuentra en cada fémina una hermana que sueña, siente, piensa y escribe. Si de todas las antologías poéticas se hubiera impuesto la tarea—ardua por cierto—del vendimiador, ninguna vendimia fuera equiparable a ésta.

Pero pasemos por alto ese capítulo. Todos sabemos perfectamente que una «Antología» requiere selección, y selección prolija.

***

Pensando en esto, hemos tomado de cada huerto lírico la flor más bella o más cargada de esencias. Habrá algunas flores que—como las flores de los muertos—carezcan de perfume;

pero, en cambio, serán bellas, semejando a esas mujeres adorables, a quienes faltara el corazón...

Nuestros versificadores — algunos de talla — entrarán por la puerta grande en este día de galas, llevando en la escarcela el tesoro inapreciable de sus versos.

***

La Atenas de Pericles se agiganta cada día en la imaginación fresca y jugosa de nuestros apolonidas, que han sido capaces de plantar su lábaro en la cumbre.

La escuela modernista entre nosotros tiene muchos adeptos. En cambio, el clasicismo mantiene enhiesto su pabellón glorioso. Tiene sus continuadores y además sus jueces implacables, que no conciben que pueda hacerse algo notable después de la defunción de los parnasianos, tanto franceses como españoles.

Lope de Vega, Hermosilla, Núñez de Arce, Campoamor, Becquer, poetas excelsos, han representado otra época. Rubén Darío echó por tierra los ídolos de barro, y le siguió en esta cruzada olímpica el serenísimo Amado Nervo. ¡Entre nosotros, quien más se ha llenado de ambos ha sido el taumaturgo Agustín Acosta!

***

La dignidad literaria está en desuso para los farsantes, para los eternos comediantes, para los eunucos de las letras y los enanos del pensamiento, que no piensan que Góngora, Esteban Mallarmé, Dante Alighieri, Gabriel D'Annunzio, Verlaine, Maurice Mæterlinck, Enrique Heine, Lord Byron, Shelley, Oscar Wilde, Sully Prudhome, Alfredo de Musset, Teófilo Gautier y otros, vivirán a través de los siglos...

No pretendemos herir la vanidad de nadie; pero si algunos de nuestros compatriotas llegaren a mostrarse agraviados, entonces... entonces, ¡que Dios les guarde, y que Nuestra Señora nos perdone!...

PAULINO G. BAEZ

Habana, Cuba, Enero de 1922.

Agustín Acosta

LOS ÚLTIMOS INSTANTES DEL ABATE JOVEN DE LOS MADRIGALES

I

En el viejo *boudoir*, donde bebía
el agua de su íntima Castalia,
y donde en sorda evocación reía
un óleo en gris de la Marquesa Eulalia,

el abate rindió su última fuga
a los altos olimpos del ensueño,
y en su frente de sol puso una arruga
la pensativa cicatriz del ceño.

Latín de sus misales de aventura!
Junto al silencio de una sepultura
la postrera canción llorando queda!

Y en el *boudoir* que fué de Chipre e Idalia,
ríe, cruel, sobre el tapiz de seda,
el óleo en gris de la Marquesa Eulalia...!

II

Después de tanto madrigal, la muerte,
paragoge a sus dulces armonías,
cantó en su corazón joven y fuerte
sus misereres y sus letanías.

Estaba solo en su retiro. Era,
lejos del mundo y de los hombres, como
una pálida flor que se muriera
en la vulgar suntuosidad de un cromo.

Su corazón romántico e inmenso,
poeta del champaña y del incienso,
perdió en Eulalia su visión querida...

Y le vencieron con la misma suerte,
después de tanto sollozar, la vida;
después de tanto madrigal, ¡la muerte!

III

Murió sin que cantara los desdenes
que helaron sus espléndidos rosales,
sin que agotárase en sus hipocrenes
el agua dulce de los madrigales.

Dicen que su postrer mirada, fija
en el óleo sin luz de la Marquesa,
fué como el resplandor de una sortija
donde se desmayara una turquesa...

Entre sus manos pálidas y frías
se solazaba un resplandor inerte
de aristocráticas eucaristías,

cuando en su corazón joven y fuerte,
responso de dolor, cantó la muerte
sus misereres y sus letanías...

IV

La luz de la mañana, temerosa
como un niño en acecho sorprendido,
puso una tenue suavidad de rosa
sobre su frente de Musset dormido...

Apto para la estatua, sorprendía
ver tan de mármol en la felpa roja
a quien fué capitán de la ironía
y sacerdote de la paradoja.

¡Quietud en flor de la inquietud futura!
¡Breve descanso corporal que encierra
la negra y formidable conjetura!

Sólo queda, después de tanta guerra,
un suspiro que abrir: la sepultura;
y un seno más que fecundar: la tierra.

V

¡Pobre poeta! El que a la gloria fíe
el agua de su última Castalia,
verá que oculta en el laurel se ríe
la sombra irreal de la Marquesa Eulalia.

Ya está desierto el Partenón. Apenas
con lo terreno el ideal se asocia:
y en vez del virginal lauro de Atenas
florecen las ortigas de Beocia.

Te fuiste a tiempo con tu amor, poeta:
aguzada en tu pecho la saeta,
se te escapó el ensueño por la herida.

¡Y te vencieron con la misma suerte,
después de tanto sollozar, la vida;
después de tanto madrigal, la muerte!

LOS ÚLTIMOS INSTANTES DEL VIZCONDE RUBIO DE LOS DESAFÍOS

I

Alguien me dijo: En la taberna obscura
donde la chusma vil bebe y se alegra,
y en diabólico trance de locura
chillan las brujas de la Misa Negra;

he visto anoche levantar la copa,
—¡tan lejos de sus húngaros violines!—
entre una absurda y desmirriada tropa
de bandoleros y de borrachines,

al hidalgo vizconde cuya espada,
con mil fechas de triunfos historiada,
no ha perdido ni un solo desafío;

al de la blasonada ejecutoria;
a quien abrió las puertas de la Gloria
la mano egregia de Rubén Darío...!!

II

Llegué cuando el escándalo dormía
su chillona embriaguez por los rincones,
y en el ambiente infame se escurría
el sortilegio de las maldiciones...

Lanzó el vizconde el último sollozo,
y comentaron su actitud postrera
la estupefacta turbación del mozo
y el sobresalto de la tabernera.

Sobre la mesa el brazo, y sobre el brazo
la cabeza de oro, ¡el noble amigo
era una alondra que cayó en un lazo...!

¡Qué hubieron dicho las pupilas puras
de aquélla a cuya luz buscaba abrigo
la nave de sus locas aventuras...!

III

La nave de sus locas aventuras
—ida del mundo la gentil Marquesa—
en vez de ser, sobre las aguas puras,
góndola azul para su dogaresa,

fué nave de un Jasón enloquecido,
que buscaba en su íntimo oceano
una Cólquide irreal: la del Olvido
y un vellocino de oro en el pantano...!

¡Pobre vizconde rubio! Cuando el día
se licuaba en un fúlgido topacio,
él era un pensamiento que ascendía...

¡Un despojo mortal flaco e inerte,
que entró por el portón de su palacio
del brazo de la Vida y de la Muerte!

IV

En la cámara azul Francia e Italia
rivalizaban en dolor sombrío...
Junto a un creyón de la Marquesa Eulalia
soñaba un busto de Rubén Darío...

La cabeza de oro hizo más clara
la sombra, y mi turbado pensamiento
soñó una joya luminosa y rara
en un estuche del Renacimiento...

Un joven confesor puso en la estancia
un perfume de misa: la fragancia
de la liturgia y la elección del rito...

Hincamos las rodillas en la alfombra,
¡y sentimos que, en viaje a lo infinito,
rauda y feliz se despidió una sombra...!

V

El sacerdote consternado dijo:
Muere en la paz de Dios quien fué su siervo.
Y le puso en el pecho un crucifijo
como a Darío y como a Amado Nervo.

¡Gimió en la estancia de damasco y seda,
al glisamiento de la sombra vaga,
la desesperación de quien se queda
diciendo adiós a un barco que naufraga...!

La plegaria se alzó sobre el sahumerio.
Un hálito de gracia y de misterio
como un éter de amor nos envolvía...

¡Y en tanto el sol por el balcón entraba,
el blanco busto de Rubén soñaba
y el retrato de Eulalia se reía!...

Sergio Acebal

MUSAS POETICAS

Sabios y necios, todos convienen
en que los bardos siempre no tienen
la misma fuente de inspiración.
No poseían el mismo estilo
Dante y Homero, Plauto y Esquilo,
Lope de Vega y el gran Bretón.

Para inspirarse, muchos poetas
tan sólo gustan de las inquietas
y juguetonas aguas del mar,
y así en sus versos siempre se nota
que hablan del faro, de la gaviota
y de la nave que ha de marchar.

Los hay que sueñan y que deliran.
Estos poetas sólo se inspiran
en los encantos de la mujer,
y así sus trovas hablan de amores:
ora de idilios encantadores,
ora de celos y padecer.

Otros poetas cifran su anhelo
en los misterios del alto cielo
cuando la noche tiende el capuz,
y en sus estrofas, sin duda alguna,
ha de encontrarse siempre la luna
con sus divinos rayos de luz.

Los bardos tristes, graves y serios
que necesitan los cementerios
para que brote la inspiración,
no se desvían de sus costumbres
y hablan tan sólo de pesadumbres
y de martirios del corazón.

Si son exactos estos detalles,
yo, que me inspiro por esas calles
cuando mis versos tengo que hacer,
como las calles son desastrosas,
pongo en mis diarios «Casos y Cosas»
versos con baches. ¡Tiene que ser!

Rodolfo Arango

LA ALDEA

Refugiada al costado de una altiva montaña,
que ante la amplia cortina del cielo azul verdea,
se ve, como una nota de color, la cabaña,
en el conjunto informe de la perdida aldea...

Es en el medio día, y los rayos solares
con su calor mantienen al pueblo adormecido...
y las casas silentes parecen colmenares
de donde las abejas laboriosas se han ido...

Sin embargo, es seguro que a esta hora allá dentro
las comadres virtuosas se salen al encuentro
y, misteriosamente, se ponen a hablar mal...

El comentario injusto de boca en boca vuela,
¡y así pasa su tiempo la escondida aldehuela,
donde el chisme es a modo de pan espiritual...!

ALMA

PARA MARTA

La lluvia, que no cesa,
pone sobre la tarde
un nebuloso manto...
Apenas destacarse
logran, sobre las simas de las lomas,
las casas, que simulan palomares
de cortes caprichosos...
Y el collar esmeralda que los árboles
forman frente a mi casa,
sin que los mueva el aire,
parece un cromo de cartón, pegado
sobre el lienzo grisáceo de la tarde...

* * *

Yo, lejos de mi amada,
siento que en mi alma cae
ese violento golpe de la lluvia,
con la misma rudeza que en la calle...

José Manuel Alvarez

REQUIESCAT...

Pobre viejecita, triste mendicante,
que en aquella horrible noche de Febrero,
pereció de frío, pereció de hambre
junto al solitario banco de un paseo...

Yo que a los ilotas amo del arroyo,
bajo el cielo-plomo de que huyera Helio,
fuí detrás del carro pensativo y solo,
con mis altiveces hasta el cementerio.

Como de una aldea, bello el camposanto.
Cruces blancas; rezos de almas juveniles
y entre los dobleces del sudario blanco,
parecían tus ojos sonreir felices...

Y tu sepultura, ¡cuán sencilla era!
Hecha a paletadas dadas sin concierto;
tierra removida puesta como quiera
por las torpes manos del sepulturero.

Te arrojaron dentro cual se arroja un fardo
y de tierra luego cuatro paletadas;
te cubrió la nieve con su blanco manto
y sonó en la torre, lenta una campana...

Y caía la nieve lenta e inflexible,
tal como una lluvia blanca de azucenas.
Yo como una estatua, solitario y triste,
quizás te envidiaba: tan blanca, tan quieta...

ALMAS CALLEJERAS

Estos tres canes viejos que me siguen, unidos
quién sabe por qué lazos de camaradería,
por esta calle oscura tan huérfana de ruidos,
tienen en las pupilas cierta melancolía...

Son como yo rebeldes, serios y pensativos;
no sé cómo se unieron para seguir mi andar.
Parecen tres ilotas que buscan lenitivos
para sus pesadumbres profundas como el mar.

Quizás me reconocen y saben que cual ellos
muerdo el dogal eterno de la vida trivial,
y que sueño en la sombra mirando los destellos
de unos ojos caninos enfermos de ideal...

Pálidos compañeros de las noches de luna,
que el azar enviara para mi evocación...
Para el amor eterno son nuestras almas una,
porque juntas vivieron una misma emoción.

Estos tres canes viejos que me siguen, pudiera
ser que fueran poetas (poetas encantados)
y por eso sus ojos me miran, de manera,
que parecen las sombras de tres atormentados...

Rafael G. Argilagos

ERRANTES

TU, GITANA, Y YO, POETA

Sigamos, gitana mía,
por el incierto sendero,
yo seré tu compañero
en la pena y la alegría.

Con la loca sinfonía
de mi verso y tu pandero
ganaremos el dinero
para el pan de cada día.

Sigamos, gitana mía,
nuestra larga romería
tras incógnitas regiones...

Que unidos siempre los dos
habrá de otorgarnos Dios
sus divinas bendiciones.

PRESENTIDA

POR TODOS LOS SENDEROS DE LA VIDA
HE BUSCADO MI BELLA PRESENTIDA

Yo he querido en mis ensueños con frenéticos desvelos
una bella presentida de simbólica hermosura,
y he gozado sus caricias y he gozado la ventura
de ofrendarle los tributos de mis próceres anhelos.

Aun me embriagan las delicias de sus besos turbadores
y el perfume de su cuerpo y el perfume de sus rizos;
aun me abrasan sus abrazos, aun me abisman sus [hechizos,
y los mágicos reflejos de sus ojos soñadores.

Aun reviven en mis ansias sus ternuras pasionales
y la evoco en todas partes con fervores inmortales
porque es ella la que adoro en mis puras ilusiones.

Y mi bella presentida, musa egregia en mis cantares,
cual si fuera de mi vida sombra infausta de pesares,
nunca llega a los dominios de mis locas ambiciones.

Mariano Albaladejo

Y FUE LA HISTORIA BREVE...

Y fué la historia breve... Aun duerme aquella
rosa de amor en el azul del alma
y, bajo un tenue resplandor de estrella,
duermen el ansia y el recuerdo en calma.

Es un santuario de dolor. Ninguna
nueva ilusión a penetrar se atreve
donde el blanco fantasma de la luna
cuelga al pasar sus lágrimas de nieve.

Un silencio letal en torno ronda,
un silencio enigmático, de fronda
en alta noche, siéntase a la puerta;

y al asomarse el corazón advierte
que pronto ha de llegar allí, la Muerte
o alguien que grite a aquel amor: Despierta.

GRANDES Y PEQUEÑOS

El águila soberbia descendía
para caer sobre la débil presa;
el avecilla encapotó el plumaje
y fué a esconderse en la tupida yerba.

Paró el águila el vuelo, sintió lástima,
fué compasiva por la vez primera,
contempló el infinito inmensurable
y supo de sus garras y sus fuerzas.

Después como dos grandes abanicos
se agitaron sus alas gigantescas
y fué a beber la sangre de un ocaso.

El ave revolando en la pradera
así habló a sus polluelos aquel día:
«El águila es cobarde y traicionera.»

Paulino G. Báez

RUBEN DARIO

Rubén Darío: dicen que fuiste de los astros
centurión, en palacios irídeos del vacío;
que por ti comulgaron todos los Zoroastros,
todos los Jesucristos... ¡Verdad, Rubén Darío!

Un pedestal glorioso la suerte te depara
y tu fama, al pináculo, Padre Darío llega,
pues fuiste quien un día su amor le declarara
—ebrio de sol y luna,—a la bacante griega.

Deja a los detractores seguir su obra malvada;
tu gloria, Padre nuestro, tu gloria está salvada...
Deja, pues, que la Envidia irreverente ladre.

El mastín de la inquina ladrará hasta cansarse
y el cuervo, el negro cuervo de Poe, irá a posarse
sobre tus viñas muertas... ¡Dios te bendiga, Padre!

DE LA SEMANA SANTA...

CHRISTVS

Padre Nuestro, Padre, que tu sangre diste
por todos nosotros, míseros mortales:
¡cuántas peripecias!... tu cruzada triste
nos libró, Divino, de mayores males...

Dime Poderoso: ¿crees nos redimiste
a los pecadores, de los capitales
míseros pecados?... ¿Para qué te fuiste
y nos has dejado faltos de ideales?

El martirio cura y la sangre lava.
De las tradiciones, en el alma esclava,
llevas las espinas... ¡pobre Corazón!

Tú nos diste un mundo. Nada te hemos dado
y a pesar de todo vengo contristado
a pedirte el lirio de tu bendición...

MAGDALENA

¡Pobre Magdalena! rica flor temprana
que sufriste mucho, que lloraste, buena...
Ven a mi recuerdo mi doliente hermana
para que en mis brazos enjugues tu pena.

Nada ha de importarme que la escoria humana
te desprecie, a un tiempo que vil te condena,
si de tu pasado doloroso, emana
íntimo perfume como de azucena...

Eres una rosa mística que ofrece
yo no sé qué encanto; lirio que florece
en los desolados predios de mi sino.

¡Ven y dame un beso todo miel hiblea
que, como el Divino Pastor de Judea,
te alzaré del negro polvo del camino!

LOS PUEBLOS OLVIDADOS...

ROMA

PARA ADOLFO DOLLERO: ESPÍRITU ASAZ EMPRENDEDOR; CON MI DEVOCIÓN ARTÍSTICA.

I

Ya Roma no es la Roma de Césares antiguos;
aquel pueblo que alzóse para una Eternidad:
la admiración no cuenta de los pueblos contiguos
que un día la tuvieron como una gran ciudad.

Es una rosa muerta que ya no exhala aroma.
Una joya que encierra un prestigio dinástico.
Es un objeto artístico que, lleno de carcoma,
se exhibe al mundo entero en estuche prismático.

¿Qué fueron de sus glorias y su pasado heroico?
Las Ciencias no lo saben y las Artes lo ignoran;
y al preguntar qué ha sido de su valor estoico
los tristes ajimeces de pesadumbre lloran...

¡Oh, Roma de los Césares! Llegó tu decadencia;
tu gloria marchitóse lo mismo que una flor.
¡Tu gran Dolor es único matrona de la Ciencia
como también fué única la fuente de tu Amor!

Nerón agitó un día la púrpura de gloria
y también el gran César y le siguió Tiberio;
Fué digna entonces, Roma, fué digna tu Victoria
que atravesó los ámbitos de todo un Hemisferio.

¡AVE CESAR DIVINO! Pasó tu poderío
con las liras de Lesbos: de ti ya nada queda:
como el recuerdo amado de aquel sagrado río
—hermano del Leteo,—que una canción remeda...

En las azules aguas de Egeria va la Musa,
en féretro de espumas que la mar embalsama;
mientras con una férrea voluntad se une al Susa
el Arsinoo, lo mismo, que un nuevo Tequendama...

II

Corazón. Escucha corazón: Roma es aquélla
de las pálidas lunas que alumbran la oquedad,
y, lo mismo que oruga prendada de una estrella,
se prendó de un Ensueño para una Eternidad...

Los tigres ya no pisan de aquel circo de Flavio
la arena ensangrentada; tu gran Dolor escancia
en copa de Saturno; para olvidar tu agravio
embriágate de nuevo con las rosas de Francia.

La primavera rosas y, rosas tus vergeles
brindaron a Nerón: las liras del eolio
saludaron, sonoras, un día tus laureles
bajo el reto a los vientos de tu gran Capitolio.

Pero aún eres grande. La prez de tu abolengo
conservas todavía: pero el puñal de Herodes
es un puñal romano, Si a declararlo vengo
que Dante me perdone y tú, no te incomodes...

Ten mucha fe en el Triunfo. Espera. Espera. Espera
pero no en el palacio de aquel Borgia asesino.
Los dioses te protejan, bajo la Primavera
que empurpura de rosas tu florido camino.

La floresta de Actea, los versos de Lucano
muy propiciantes fueron para tus hembras reales;
y la marcha a las Galias de César el romano
tal vez anunciaránla, mañana, los timbales...

Ya no eres aquélla que llevó en las retinas
la visión de otros sueños; te dejaste morir,
¡pero no temas, Roma: que, sobre tantas ruinas,
florecerá otra nueva ciudad del PORVENIR!

José María Berriz Xiques

EN LA BRECHA

A «BRAVONEL»

¡Oh!, poeta enamorado de la esposa del Rey Astro (1),
que a los genios de mi mundo has osado calumniar,
no pretendas que me humille porque yo nunca me
[arrastro,
y en estrofas impolutas de sutil y níveo rastro
las grandezas de mi escuela yo te voy a demostrar.

Perteneces, ¡insensato! a la ignara muchedumbre
que no gusta del absintio, ni del chipre, ni del rhin;
no eres tú, cual la luciérnaga, de fosforescente lumbre,
ni eres águila serena, ni eres cóndor de la cumbre,
ni Bleriot, ni Zeppelin.

Y por eso no comprendes las excelsas filigranas
que los bardos de mi tierra han bordado en su laúd,
y por eso te disuena el rumor de las fontanas
y desprecias los nenúfares, flores tímidas, hermanas
—por la albura de sus pétalos—de la púdica Virtud.

Es mi verso cual la cera que a capricho se moldea,
y sus átomos se expanden emitiendo luz astral.
Es mi verso goma elástica, y mi musa se recrea

(1) Doña Sol.

en volverlos, unas veces, diminutos cual grajea
y, otras veces, kilométricos, cual ferrocarril central.

¿Qué es la métrica? Un absurdo que, en su estúpida
[locura,
algún déspota retórico nos hubiera de imponer;
una férula humillante, una infame dictadura,
la cadena vergonzosa que mi raza fuerte jura
que en un plazo ya cercano a sus pies ha de caer.

Son los hombres de mi raza, irredentos, prepotentes,
y nosotros los «ungidos» no podemos soportar
que nos hagan ir uncidos, como bestias inconscientes,
como parias, como ilotas, como siervos, como entes,
al camión del clasicismo, que es muy tardo en caminar.

Somos ácratas divinos del divino pensamiento,
y a los ojos asombrados de la torpe humanidad,
clavaremos en las nubes, azotada por el viento
y ostentando inmarcesible nuestro lema de «Irredento»,
la bandera de la santa, de la santa Libertad.

En egipcios hieroglíficos nuestros nombres se han
[grabado
en el cuerpo de la Esfinge, que los guarda con placer,
y en los senos monolíticos de ese monstruo del pasado,
los discípulos de Góngora hemos todos abrevado
la omnisciencia, la omnisciencia de los magos del Saber.

Ven, poeta equivocado: sé mi amigo, sé mi hermano,
y penetra en mi palacio donde están los «happy few»;
los de frentes apolíneas, los de espíritu espartano,
los que son asombro y gloria del entendimiento humano,
aquí se hallan congregados esperando que entres tú.

Regino E. Boti

LAS CUCHILLAS

Gesto ancestral de la eclosión terrena,
se eleva hasta las nubes el granito
dando a esta soledad del infinito
la entraña dura y la expresión serena.

Azúreo ambiente las distancias llena,
lo inerte asume la aptitud del mito;
y en torno duerme la piedad de un grito
como de fuerza propulsora y buena.

Valles y alturas y farallas, cuanto
brinda a la luz improvisado encanto,
tiene unción de connubios y de amores.

Y entre los eólicos pinares
que remedan el ritmo de los mares
desgranan su canción los ruiseñores...

RECUERDO SENTIMENTAL

Siento el agraz cortante de tu beso bastardo
y la succión plebeya de tu mimo labial
si (aunque estamos distantes) en turbulencias ardo
porque enciende el deseo su lámpara fatal.

De tus lascivas quejas el retornelo guardo
entre mis emociones como un loto del Mal,
y no olvido el perfume de tu cutis de nardo
cuando el acto le daba su erotismo sensual.

Hay nostalgias de muerte en mis nuevos vigores,
y mis carnes robustas sueñan ya con la injuria
de tus flancos de armiño y tus senos en flor,

porque odio la vida sin los tristes dulzores
de tu lecho encendido por la doble lujuria
del placer del abrazo y el placer del dolor.

María Villar Buceta

BAJO LA TARDE AZUL

En la azul transparencia de esta tarde estival
cae el sol mansamente—tibio sol vesperal—
sobre el campo que duerme en un sueño letal.

Sol de oro en los campos, y en el alma sol de oro..
Pone su fe el labriego en la mies amarilla.
—Campesino paciente que echaste la semilla
en el surco propicio, vé a mirar tu tesoro.

Madre-Tierra amorosa que nos das el sustento:
Del humilde labriego que, afanoso y contento,
te cultiva, tú eres único pensamiento.

Bajo la áurea caricia de estos días de fuego
su tesoro de oro muestran las mieses rubias,
que agostadas, resecas por el sol veraniego,
esperan el sedante regalo de las lluvias.

Hará el Hada-Madrina que llueva y que, paciente,
recoja el labrador, humilde y sonriente,
el fruto que ha regado el sudor de su frente.

Vendrá luego el otoño con sus días obscuros,
—cuando llega el otoño siento extrañas angustias—
y de los viejos árboles las luengas ramas mustias
se rendirán al peso de los frutos maduros.

Y mientras el labriego provee sus graneros
con los frutos de otoño, en los grises senderos
un vuelo de hojas secas saluda a los romeros.

UKASE

A CÉSAR MORÁN

Andar: tal es el úkase. No es moral el descanso
cuando tan ancho el mundo se abre a nuestro destino.
Venzamos la inefable tentación del remanso;
no es bueno renunciar al dolor del camino.

Puesto que el mundo es redondo, acaso iremos
hacia el Gran Río que nos dió su agua de vida.
En un mar infinito se pierden nuestros remos,
y no sabemos cuál fué el punto de partida.

¡Cuán oscuro el origen del hombre...! ¡Y cuán oscuro
a nuestros ojos muéstrase el signo del Futuro
en esta vieja máquina del mundo en que vivimos!

Mas, tras de la Gran Noche ha de surgir la aurora.
Un invisible nauta orienta nuestra prora,
y sólo El sabe hacia dónde nos dirigimos.

NOSTALGIA

Amo la placidez de mi contemplativa
vida campestre, tan llena de encantadoras
ingenuidades, y mis horas soñadoras
de artista y de mujer, dos veces sensitiva...

Es un divino amor este amor que mi alma
siente por estas cosas que le son familiares,
y una piadosa unción la que inspira esta calma
tan sedante y tan honda, de mis viejos lugares.

Pero a veces yo siento nostalgias fugitivas
de no poder gozar de otras perspectivas:
—algo que nunca he visto, pero que yo adivino...—

Y este dolor de que mi alma, tan compleja
y tan sencilla, tan infantil y tan vieja
vegete en un estrecho ambiente pueblerino!

CREPUSCULO EN OTOÑO

Hay en la contagiosa tristeza de esta tarde
—hora crepuscular—yo no sé qué de ambiguo,
sutil y misterioso... Mientras cae la tarde,
mi alma, la romántica, sueña... sueña...

El ambiguo

resplandor del crepúsculo, vierte en todas las cosas
del paisaje de otoño una melancolía
que se adentra en las almas, y en las frondas ruinosas
el viento tiene un triste acento de elegía.

Paz. Quietud. Un silencio sonoro!
La discreta
penumbra del ocaso, va borrando el paisaje
igual que un esfumino... ¡Tengo un ansia secreta
de sentir en mi alma el alma del paisaje!

Mariano Brul

EN LA CASA DEL SILENCIO...

RETORNO

Vienes crepuscular. Tras la ventana
la vaga sombra nocturnal desciende,
mientras la estrella de la tarde enciende
su buena lucecita cotidiana.

Es como un alma, de la tuya hermana,
que a los jardines del Señor trasciende
y tramonta la Tierra, hasta que prende
en la noche del Cielo, la mañana.

Tras de tus pasos la amoral sonrisa.
Y tras tu vida la benigna brisa
que creó el camino de la edad florida.

Y vuelves, cuando el Sol apenas arde,
nimbado por la estrella de la tarde,
que parece la estrella de tu vida.

OJOS VERDES

Si sabes el secreto de su glauca pupila
que se inflama en la sombra con un verde temblor,
dirás que un angel malo en su fondo vigila
con la mirada hipnótica del sulfúreo color.

Si sabes el secreto de su alma, toda amor,
donde vaga el ensueño como en agua tranquila,
dirás que en sus pupilas de sombrío verdor
hay fulgores de halo y tristeza de esquila.

Yo he visto, en el misterio de su mirada pura,
la escala de Jacob tendida hacia la altura,
con albos serafines, como en el sueño aquel.

Y al angel de su guarda,—Narciso enamorado—
en sus ojos extraños lo he visto ensimismado,
tan bello y rutilante como fuera Luzbel.

OFRENDA

Vuelve. Ven. Y recoge tus ensueños dispersos:
en Otoño maduran las uvas y los versos.

Llegará a ti la rima del último soneto:
un tono de amatista... atardecer discreto...

Las rosas que yo amo son rosas de amatista:
No tienen la frescura matinal ni una arista.

Pero han vivido en hora de gloria del Otoño:
Cercanas del crepúsculo, lejanas del retoño.

Sobre los graves árboles frutales hay festines
de pájaros... Y hay olvidados jardines:

Jardines de Silencio, y una tan plena vida
que de vivir se goza, y de vivir se olvida.

Vuelve. Ven. Y recoge tus ensueños dispersos:
te ofrendaré maduras mis uvas y mis versos...

Hilarión Cabrisas

LEIT MOTIV

Boga la barca del Recuerdo
sobre los mares del Pensar.
Boga la barca lentamente
sin que se sepa dónde va...

En la ribera, desolada,
quedó la carne, harta de andar,
y el alma, eterna peregrina,
prosigue en pos del ideal
soñando amores que pasaron,
blandas caricias del hogar,
besos amantes, ilusiones
que arrebató la realidad...

Boga la barca del Recuerdo
sobre los mares del Pensar.

—Mira tus sueños, ¡oh, poeta!;
mira tus sueños dónde van.
En esa barca va tu vida,
tu juventud marchita ya.
Sin juventud y sin amores,
solo y enfermo ¿dónde irás?

Boga la barca del Recuerdo
sobre los mares del Pensar.

¡Oh hermana buena la Esperanza,
temblando espero tu llegar;
no me abandones, buena hermana,
déjame en tus senos soñar!

Mira que es cruel mi errante vida,
torturadora realidad,
donde mi carne se rebela,
harta de tanto caminar.
Deja que siga, lentamente,
sin que se sepa dónde va,
la frágil barca del Recuerdo
sobre los mares del Pensar.

La luna es cara pierrotesca
sobre la densa obscuridad
y las estrellas brillan pálidas
con incesante titilar.
Bajo la noche tal parece
que hago tangible mi ideal,
que una alba mano femenina
pone en mi frente el talismán
de su consuelo, para el alma
de amor hambrienta, sacro pan.

Presiento el hálito de un beso
de alguna boca de coral
y su perfume es acicate
para mi voluptuosidad,
y siento sed de tus caricias,
pálida enferma, mi rosal
está sediento de las aguas
de tus amores, tu mirar
miente un crepúsculo de dicha
sobre mi densa obscuridad
y siento en mí la unción divina
de los que van a consagrar...

Boga la barca del Recuerdo
sobre los mares del Pensar;
boga la barca lentamente
sin que se sepa dónde va.

Miguel Galliano Cancio

A UN RIO

¡Qué inmenso es tu poder, inquieto río!
A veces te deslizas con ternura,
y otras corres con ímpetu y bravura,
indómito y veloz, a tu albedrío.

¡Y cuántas veces libre del sombrío
cauce, que guarda tu corriente pura,
te contemplé por la feraz llanura
limpio, apacible, indiferente y frío!

Cuando tu furia su corcel desata,
cual una sierpe de bruñida plata
entre la selva virginal te pierdes.

Y, copiando en tu linfa lo creado,
pareces nuevo César, coronado
con cien coronas de ramajes verdes.

Enrique Cazade

ALMA MORUNA

PARA EDUARDO ABRIL

Voy a contarte mi origen: Yo soy hijo de un Rey Moro
para cuya curva daga nadie tuvo rebeldías,
que fué espléndido magnate derrochando su tesoro
y fué un hombre avaricioso para sus melancolías...

De su vida tormentosa supo hacer una leyenda,
y su alma mahometana supo convertirse en luces.
En ninguna parte nadie le hizo deshacer su tienda
ni a su pecho se atrevieron disparar sus arcabuces.

Sólo besó una creencia como un blanco crucifijo;
hacer grande la doliente alma enferma de su hijo,
hacerlo un héroe glorioso y un valiente como él...

¡Mas el hijo, árabe enfermo, aprendiendo sus lecciones,
supo dominar los hombres y conquistar las naciones,
y una noche llevó al padre amarrado a su corcel!

Teodoro Cabrera

CONVICCION

Yo sé que el mundo ha de cambiar. La vida
ha de ser el concierto de los seres:
la mujer, siendo amor y no placeres,
y el hombre, ya no siendo el homicida.

Cambiará de la tierra corrompida
el concepto moral de los deberes,
y, al trocarse los templos en talleres,
saldrá triunfante la virtud perdida...

¡Hermoso cuadro que contemplo ahora
envuelto en nubes de color de aurora
—crisálida en la cual se agita un Cristo—!

Al llegar... ya seré de los que fueron,
¡de los muchos videntes que cayeron
con la tristeza de no haberle visto!

Joaquín V. Cataneo

NOMBRE RUTILANTE

Está listo el Canal. Ya los oceanos
se estrechan con ardiente paroxismo.
Cortado en dos mitades ved el Istmo,
vencido, tras esfuerzos sobrehumanos.

Ese tajo brutal donde mil manos
hurgaron con frenético heroísmo,
es—¿quién sabe?—la fauce de un abismo
que oculta pavoroso cien arcanos.

«¡Panamá!», grita, en tonos delirantes,
la audaz falange de los traficantes,
hartándose del oro que vislumbra.

A Cipango sus naves ponen proa
e ignoran que su ruta les alumbra
un nombre: ¡Vasco Núñez de Balboa!

Arturo Clavijo Tisseur

EN POS DE LA FORTUNA

Ya hace tiempo que vienen mis hermanos en guerra,
indagando el paraje de la bella Fortuna,
pero todos ignoran si es que se halla en la Tierra,
o en el Sol luminoso o en la pálida Luna.

Unos dicen que han visto como a doce Dragones
en parejas tirando de su carro de oro,
y que van tras sus huellas doce hermosos Leones,
y un cortejo de aves... tiernamente sonoro.

Otros dicen que lejos de pensarla una Diva
regalada en el trono de su imperio soñado,
es más bien una ciega misteriosa y esquiva
que no sabe a quién darle su tesoro adorado.

Hubo un Sabio divino, soñador y profeta,
que en Parábola un día quiso hablar de la Hermosa,
pero el pueblo ignorante disparó su saeta,
y le hirió en lo más hondo de su alma radiosa.

Desde entonces los bardos con sus claves dolientes,
la persiguen sin rumbo, pensativos y enfermos;
como sombras que ansían ver auroras rientes
en penumbras inmensas o en vastísimos yermos.

Hay quien lleno de asombro la concibe enlutada;
avarienta y cobarde como toda hechicera;
y la busca en la noche tristemente callada,
presintiéndola a veces una enorme Quimera.

Pocos son los que llegan a explorar el sendero
del Palacio en que mora con su Corte la Alteza;
los que más han luchado, se han rendido primero,
y los otros, no pasan de probar su flaqueza.

Yo que sé de esas luchas como sé de mis duelos,
y al igual que esos pobres marcho en pos de la Suerte,
¡he montado en Pegaso para dar en los cielos
y buscarla en la Gloria... más allá de la Muerte!

EL CUENTO ARABE

Dijo por fin el jeiqúe de los negros lebreles:
Señor, estos dos perros también son mis hermanos;
por la gracia de Alah, son dos seres humanos,
en canes convertidos por traidores y crueles.

Mi esposa al ver que eran contra su raza infieles,
trató de concluirlos igual que a dos tiranos,
pero al oir mi ruego los ató con sus manos
y los condujo a un antro de la vieja Cibeles.

¡Allí la torva efrita con sus hechicerías
los encantó, y ¡oh, Genni! de sus almas impías
surgieron estos perros tan tristes y serenos!

Mas ya vencido el tiempo de sus terribles penas,
¡yo los llevo a la gruta para que en sus cadenas
dejen la forma y vuelvan a ser hombres y buenos!

MUSA LIRICA

¡La encantada Princesa del Monarca Darío,
la de azules pupilas... la de boca de rosa...
ha traído a mi mente yo no sé qué extravío...
qué locura de versos... qué delirios de prosa...!

¡La concibo en mis noches de poético hastío,
deslumbrando en el trono de una estrella radiosa...
o en el místico lago de algún cielo sombrío,
recitando el poema de su historia amorosa...!

¡Oh, gallardo Monarca, dios del real Modernismo,
por tu bella Princesa vibrará mi Lirismo
como vibra el acento de tu voz argentina...!

¡Y al compás deleitante de una marcha sonora,
partiré con las galas de mi espléndida Flora,
a embriagar el palacio que tu faz ilumina...!

María Collado

ACORDES DE MI LIRA

PRIMAVERAL

Ya se escuchan...
ya se escuchan en la selva los susurros de las hojas y
[los trinos de las aves,
ya aparecen del dios Febo los primeros resplandores
[tras las cumbres empinadas...

Amanece...
amanece un claro día,
de luz viva matizado,
y se truecan en arpegios de sinsontes
los graznidos estentóreos
de los buhos agoreros y macabros.

Ya se viste...
ya se viste de matices la pradera con los tintes de las
[flores
como piedras de colores en el manto de su césped
[engarzadas
y se arrullan junto al río rumoroso
los flamencos y las garzas.

En el cáliz de una rosa hay dos gotas de rocío
[sepultadas;

son las lágrimas dolientes de la noche silenciosa
que en su carro de tinieblas por el bosque se alejó
entretanto que su cetro de arreboles empuñaba la
[mañana...

TUS CARTAS

¡Hoy he roto las cartas donde en lejanos días
en tono voluptuoso me hablabas de tu ardor
y con vehementes frases pasionales querías
inflamar mis sentidos con tu candente amor!

¡En ellas me contabas tus constantes anhelos
de poder en mis brazos disfrutar el placer,
me hablabas de tus largos inquietantes desvelos
y de estremecimientos que no llegué a saber!

En una me decías, feliz y satisfecho,
haber visto en mis ojos ardiendo la pasión,
y, en otra, que sentías en tu fogoso pecho
el dardo de los celos punzarte el corazón...

Aquésta, tus temores mostraba de perderme;
aquélla, tus deseos de venirme a besar,
y en todas, delirante, solías ofrecerme
mil dichas que el destino no nos dejó gozar.

¡Ya duermen, olvidadas, las dulces mensajeras,
que a impulsos del hastío mi mano destruyó,
en el profundo abismo, sepulcro de quimeras,
donde tal vez la oceánida sus páginas leyó!

HOJAS CAIDAS

Van cayendo las hojas amarillas y obscuras
que los vientos esparcen por la vasta pradera;
van cayendo las hojas entre crueles torturas
al caer entonando su sonata postrera...

Mariposas semejan, por el aire mecidas,
que se elevan al Cielo en alegre excursión,
agrupadas se alejan, como aves perdidas
que olvidaron sus nidos en remota región.

A la tierra descienden abatidas y yertas
alfombrando el camino con espeso tapiz,
en los surcos descansan como pálidas muertas
a la fosa lanzadas por un hado infeliz.

Sobre el césped ya ruedan con siniestro crujido,
como espectros que arrastran carcomida osamenta,
o se mecen serenas sobre el lago dormido
donde en turbias cañadas las llevó la tormenta.

¡Oh las hojas caídas que en el suelo humilladas
en los árboles miran nuevas hojas brillar,
tristes hojas caídas en emblema trocadas
de las dichas perdidas que a otros vemos gozar.

LAS ENREDADERAS

Bordan sus festones las enredaderas
en los descarnados muros de las ruinas,
poniendo el encanto de las primaveras
entre las columnas sus anchas cortinas.

Tapizan el suelo donde las baldosas
dicen con sus grietas su decrepitud;
en los ventanales se trepan curiosas
con la impertinencia de la juventud.

Convierten las puertas en arcos triunfales
con su caprichoso y extraño arabesco,
de brillante alfombra cubren los umbrales
y en los techos fingen pinturas al fresco.

Uniendo sus ramas entre los pilares
una gruta forman en el cenador,
mullidos cojines dan a los sillares
que desaparecen bajo su verdor.

¡Oh preciosas plantas, ágiles y bellas,
que doquiera prenden su radiante manto,
red donde se engarzan flores como estrellas,
toldo que las ruinas cubre con su encanto!

ALBORADA

Ya el sinsonte en la enramada
habla en trinos de su amor:
que risueña la alborada
va esparciendo su color.

Trina el ave dulcemente
saludando al nuevo sol,
y la aurora alegremente
tiñe el cielo de arrebol.

Tiembla el gallo su clarín,
rey y dueño del corral,
y del alba paladín,
la proclama en el zarzal.

La campana de la ermita
nos invita a la oración
y el zagal tras la ovejita
va cantando su pasión.

El rebaño tierno bala,
mientras trisca en la llanura
y el flamenco tiende el ala
desde el lago a la espesura.

Es el día delicioso
cuando empieza a amanecer
y el labriego laborioso
su faena va a emprender.

HORAS GRISES

¡Oh, los días grises de espesa neblina
que llevan al alma profunda tristeza,
cuando el aire cruza parda golondrina
buscando un refugio entre la maleza!

Tienen estos días la virtud extraña
de avivar recuerdos que yacen dormidos
y al par que de brumas cubren la montaña,
nos traen a la mente los bienes perdidos.

Mas yo amo estas horas, heladas y grises,
en que la arboleda plomiza se torna
y rememorando mis días felices
la ilusión, cual ave viajera, retorna.

Oh sol, no destruyas el encantamiento
de estas horas llenas de melancolía,
en que se entrelazan en mi pensamiento
con la honda tristeza la intensa alegría.

Oculta tus rayos que quieren, osados,
hallar el secreto de esta comunión
que forman las aves, las nubes, los prados
y las emociones de mi corazón...

MATINAL

Que olor más sabroso tiene la mañana
cuando el sol de oro sus rayos desgrana

sobre la arboleda, sobre la floresta
toda alborozada que viste de fiesta,

con fresco ropaje de verde tomillo
y rosadas dalias y albo romerillo.

Qué olor más sabroso tiene la mañana
cuando el agua clara salta en la fontana;

cuando los rumores de esa agua tranquila
se unen al sonido de lejana esquila

y en el firmamento prenden los celajes
las policromías de sus cortinajes...;

cuando sus caricias da la mariposa
de alas matizadas a la blanca rosa

y entre la enramada que radiante brilla
cantan los sinsontes un aria sencilla.

Qué olor más sabroso tiene la mañana:
huele a tierra, a flores y a fruta temprana.

Primitivo Cordero Leiva

LA PERDIDA

Así fué cómo, aquella ocasión, nos amamos...
Sin rogarnos cariño, sin pedirnos pasión;
es lo cierto, que juntos dulcemente soñamos,
con un nido amoroso para cada ilusión...

Transcurrió aquel momento tan fugaz y vivido.
Nunca más hemos vuelto a enfrentarnos los dos...
Aun conservo tu imagen y aun escucho el chasquido
de tus besos febriles y tu último adiós...

Y presiento que cruzas soñadora y perdida,
a través del penoso vía-crucis de la vida,
y murmuro tu nombre en silencio profundo...

Y al lanzarme a la calle a buscarte tal vez,
¡voy mirando los rostros, voy pidiéndole al mundo
que me indique las huellas que dejaron tus pies!

HEROES NATURALES

GUARINA

Si el príncipe fué Hatuey, la princesa fué Guarina;
porque fué su compañera en el goce y el sufrir.

Fué tan grande su cariño, su pasión fué tan divina,
que hasta quiso acompañarle en la hora de morir.

Junto a él siempre marchaba por el bosque y la [colina,
cuando fuerzas españolas le solieron perseguir.
Junto a él también estaba más hermosa y heroína,
cuando Hatuey fué sorprendido y se tuvo que rendir.

La princesa, ¡qué furiosa, cuando vió que se llevaban
al cacique maniatado, cuando vió que le quemaban...!
¡Mas hirióla mortalmente una bala de arcabuz,

al erguirse en una cumbre, como bajo paroxismo,
con los brazos extendidos...! Y rodó por el abismo
como rueda estrepitosa, desplomándose, una cruz...!

Jorge Casals y Llorente

MARTI

Gigante paladín de un Continente,
divino ruiseñor de la mañana:
¡en la fértil llanura americana
tus trinos fueron luz en el ambiente!

Con tu genialidad de omnividente
fuiste el asombro de la hueste hispana;
dictó el destino su sentencia arcana
¡y la inmortalidad besó tu frente!

¡Qué sueño tan hermoso fué tu sueño!
¡Qué realidad tan magna la «utopía»
que alimentaste con tenaz empeño!

Rugió la tempestad de la metralla
¡y el machete rimó su epifanía
en el revuelto campo de batalla!

Consuelo C. Cisneros

EL ANTICRISTO

Se agita estremecido el mundo en su agonía.
Resuena allá, lejana, la voz del Yo'Kanaán;
y marcan los oráculos el sempiterno día
que ha de surgir del caos la sombra de Canaán.

¡La noche apocalíptica de horribles desconciertos...!
¡Danzando las estrellas en ígnea caravana,
chocando unos con otros los huesos de los muertos,
no quedarán ni briznas de la progenie humana...!

¡Vacilarán los tronos...! La religión de Cristo,
sintiendo el rudo azote del feroz Anticristo,
cruzará por la escoria en su carro triunfal.

¡Resonará en los mundos la voz de Jeremías,
y en su carro de llamas reaparecerá Elías
tornando aquella estrella de Belén augural...!

Arturo Doreste

INTIMIDADES

Reza, reza, reza, corazón dolido,
por lo que has ansiado y no has conseguido,
fervorosamente reza tu oración;
se acerca la noche fatal y sombría,
y notas que llega la melancolía,
y te sientes solo, ¡pobre corazón!

¿Dónde están aquellas dulces bienandanzas?
¿Dónde los halagos de las esperanzas
que te producían sublime inquietud?
¿Y las ilusiones suaves y divinas
que hasta ti llegaban como golondrinas
para regocijo de tu juventud?

¿Y aquellos jardines de lirios y rosas?
¿Y los ruiseñores? ¿Y las mariposas?
¿Y tus deliciosos sueños, dónde están?
¡Ya no hay mariposas! ¡Ya no hay ruiseñores!
¡Los sueños se han ido! ¡Se han muerto las flores!
¡Y las torturantes penas no se van!

¡Sientes las nostalgias del hogar lejano,
—que es como un oasis perdido en lo arcano—
el hogar que era tu edén y tu amor,
y llorando evocas a la madre muerta,
sobre cuya tumba lóbrega y desierta
acaso no exista siquiera una flor...!

¡En la tenebrosa noche de tu duelo,
buscas una estrella que brille en tu cielo,
reclamas la blanda quietud del hogar;
y ves el espacio tan triste y obscuro,
tu alma proscrita, tu paso inseguro,
que sientes anhelos de echarte a llorar!

Sobre los ensueños que adorabas tanto
vaporosas brumas puso el desencanto,
—la sombra que siempre persigue a la luz—
y con tus angustias y con tus dolores,
y tus pensamientos desconsoladores,
lates bajo el rudo peso de la cruz.

Corazón sincero: tanto has padecido,
tantas esperanzas bellas, has perdido,
que confiadamente buscas la oración...
Profundo es tu duelo y honda es tu tristeza,
corazón dolido, reza, reza, reza,
¡que se está muriendo tu última ilusión...!

EL JARDIN ENCANTADO

A VICENTE MENÉNDEZ BOQUE

Poeta: en tu jardín donde el follaje
con leve ondulación esmeraldina,
oculta la fontana cantarina
que arpegia en el silencio del paisaje,

detuve la fatiga de mi viaje,
y fué mi estancia en él tan peregrina,

que se quedó grabada en mi retina
la visión apacible del paraje...

Y cuando proseguí con mi tristeza,
tu refugio de paz y de belleza
me envió con el céfiro clemente

cual consuelo a mis íntimos dolores,
la lírica fragancia de sus flores
y el sonoro epinicio de la fuente...

María de los Angeles Espejo

EL ARROYO

Recostada en la cuenca reluciente
cabe el fonje tapiz de áureos bancales,
bajo toldo flexible de juncales
fluye, pausada, mórbida corriente.

Sin artificios, del cristal ambiente,
en el moaré sutil de albos cendales
refocílanse a trechos siderales
lumbres, en tregua azul, serenamente.

Osa el arroyo ante la gracia leda,
en la propicia estagnación del sueño
prender el rayo que adoró su empeño;

mas luego en torvo mar extinto queda...
¡Y llora la visión desvanecida
cual gime el alma su ilusión perdida!

Milagros P. Esquijarosa

TALION

Y tú serás juzgado, sí, algún día,
por un severo juez: por tu conciencia.
Te llevará, infalible, a su presencia
delitos de traición y de falsía.

De un alma que te amaba, la agonía
te ha de hacer recordar, con su elocuencia;
y temblarás oyendo la sentencia,
de Ley tan justa, inexorable y fría.

No te puedes quejar: tú lo quisiste:
pues loco, entusiasmado, preferiste
fingido amor, a una pasión sincera.

Ya sabes tu condena irrevocable.
Se cumplirá el axioma inexorable:
«¡Quien a hierro mató que a hierro muera!»

¡CULPABLE!...

Y tú, infame, tendrás el merecido
de tu acción baja y vil, engañadora;
él no tuvo la culpa. Tú, traidora,
pisoteaste un corazón herido.

Yo no le culpo, no; pues, seducido
por tus halagos, Circe engañadora,
cayó ciego en la red apresadora,
y se entregó cual vencedor vencido.

Tu castigo tendrás, te lo mereces:
tú, que apurar le hiciste hasta las heces
el cáliz del Dolor, mujer ligera.

Y tu conciencia, juez inexorable,
te dictará su fallo irrevocable:
«¡Quien a hierro mató que a hierro muera!»

Rafael A. Estenger

CANTO DE AMOR

Tú serás mía: temblará tu carne
bajo el incendio loco de mis labios,
y se erguirán, con altivez de reto,
las garzas de tus senos desmayados;
tus ojos buscarán cielos remotos
en ardiente parálisis de espasmo;
brotará una cadena de suspiros;
se crisparán unidas nuestras manos,
y el lecho crujirá bajo la torva
inquietud de los cuerpos enlazados.

Entonces buscaré, trémulo y rudo,
las ígneas amapolas de tus labios,
y vibrará un chasquido tan intenso
que ha de repercutir año tras año:
estallará ese beso en el futuro,
y estallará, triunfal y soberano,
en otros corazones rebosantes
del dolor que en un beso prolongamos!

¡No vaciles, y ven! ¡Cruce en tu vida
la tempestad de nuestro amor titánico!
Será mi brazo tu mejor escudo;
un bautismo de ósculos mis labios;
tronos y pedestales mis canciones;
ofrendas en mis aras, tus encantos.

desde el trigal de tus cabellos rubios
hasta tus leves zapatitos blancos!

Toda mía serás, y si la muerte
nos quiere separar, no ha de lograrlo:
se unirán nuestras tristes calaveras
en un gran beso silencioso y largo;
se enlazarán las tibias descarnadas;
se cruzarán, vehementes, nuestros brazos,
y abonaremos una misma tierra,
seremos ramas en un mismo árbol,
y nuestro polvo rodará disperso
por un mismo camino solitario...

DELECTACION ROMANTICA

La noche está beoda de fragancias,
y tu cuerpo, fragante como un nardo,
yace sus pecadoras elegancias
sobre las tibias pieles de leopardo.

Sobre la mesa en que el absintio escancias,
con ojo astuto y ademán gallardo,
un Cupido de yeso apresta el dardo
que herirá mis amantes inconstancias.

Frente al balcón, el viento melodiza
los dúos susurrantes que harmoniza
con los árboles locos de querellas,

¡y beso el sol de tus guedejas blondas,
ante el éxtasis mago de las frondas
y la curiosidad de las estrellas!

Gustavo Sánchez Galarraga

BOHEMIO

Yo soy un alma nómada y errante,
no sé vivir en paz y mi destino
fuera asir un bordón de peregrino
para echarme a vagar, rumbo adelante.

Mi corazón tornátil e inconstante
quiero por sola norma en el camino,
y a falta de buen pan, y de buen vino,
con un poco de sol tengo bastante.

Errar, sin yugo, por la triste senda,
cantando siempre, sin posar la tienda,
y luego, melancólico, y dolido,

allá en la tarde pensativa y rosa,
hallar un pecho de mujer piadosa,
cerrar los ojos y quedar dormido...

MEDITACION

Yo no sé si hay un alma misteriosa
en todo sér; pero la voz arcana
del corazón me grita: «Cada cosa
pide un poco de amor».

La gota enana
que filtra el muro que manchó la hiedra;
el árbol secular que da al viajero
música, sombra y paz; la tosca piedra
que hizo temblar tu pie sobre el sendero;
la fiera, el astro, el céfiro, la rosa;
el ruiseñor de líricas escalas
hasta la linda y tenue mariposa
que sacude un corpúsculo en sus alas:
todo demanda amor, y todo sella
una súplica unciosa, eterna y santa,
que desde el polvo obscuro se levanta
hasta el fleco lejano de la estrella.

Como reparte el vencedor su palma,
pon, hermano, con ansia fervorosa,
el alma de tu amor en cada cosa,
¡y en cada cosa encontrarás un alma...!

SILENTER

A LEONARDO G. TERRÉ

¡Qué silencio el de la Naturaleza!
Hablo al árbol, y el árbol no responde,
y es empeño quimérico que ahonde
en la llaga mortal de mi tristeza.

La brisa, que el follaje despereza,
sin calmar mi inquietud, en él se esconde,
y el agua, sin hablar, quién sabe a dónde
camina por la lóbrega maleza.

No hay una sola voz en el sendero,
que me diga: «Consuélate, viajero...»
El alma del paisaje está callada

y las estrellas, altas y tranquilas,
como unos blancos ojos sin pupilas
me miran mucho, sin decirme nada...

OFRENDA INSULAR A CUBA, DESDE LEJOS

Coronada de verdes penachos, se levanta
al azul tu cabeza juvenil y morena;
tienes algo de ninfa y algo de sirena:
verdor te da la tierra, mientras el mar te canta.

Como mujer curiosa, que el cauto pie adelanta
para mojar sus dedos en la linfa serena,
así al sereno golfo, de gracia núbil llena,
tiendes, Isla fragante, la ilusión de tu planta.

Te cubres los cabellos con la gasa sedeña
de los hilos de oro de la lumbre solar,
en tanto te columpias, caprichosa y risueña,

como náyade fresca, sobre el lomo del mar.
¡Y no sé con qué intento te hizo Dios tan pequeña!
¡Tan pequeña, que casi se te puede abrazar!

Luz Gay (1)

SONETO

Del perfumado edén do florecieron
heterogéneas plantas caprichosas,
osé arrancar unas lozanas rosas,
cuyas espinas, pérfidas, me hirieron.

Víctimas de mis ansias también fueron
los lirios de hojas tersas y sedosas,
y al troncharlos, fragancias olorosas
derramando su savia me ofrecieron.

Almas hay, que vulgares o mezquinas
hieren como las rosas, con espinas,
al que inconscientemente las agravia.

Almas hay generosas que prefieren
cual los sensibles lirios, si las hieren,
sufrir la herida, y derramar la savia.

(1) Luz Gay pertenece al corto número de elegidas de Apolo, que dieron brillo a las letras patrias a fines del siglo XIX. Autora de la revista «Blanca», ha tenido, como triste epílogo, su vida, el ingreso en un Manicomio.

Armando D. García (1895-1918)

METAMORFOSIS BLANCA

Padezco una obsesión de cosas blancas...
tengo el encantamiento de tu albura,
en esa paz de las penumbras francas
al ensueño... al amor... y a la ventura...

Cisne de Lohengrin finge mi sueño
bogando por un mar de nitideces,
cuando voy en mi góndola de ensueño
por el jardín de luna en que floreces.

¿No lo ves todo blanco...? En esta hora
de níveo epitalamio te presiento,
cual nítida azucena que desflora
su encanto de blancuras en un cuento.

Y brota en el milagro de la calma
como serena linfa de una fuente,
aroma de recuerdo y de nepente
del sacro pebetero de mi alma.

¡Siempre te quise blanca! El simbolismo
de tu blancura floreció en mi vida,
como florece al borde del abismo
la silvestre violeta preferida.

¿Y sabes por qué fué...? Yo era un proscrito
visionario de sendas prometidas,
desterrado del bien por el delito
de llevar mis antorchas encendidas.

El duelo de la Vida, hecha calvario
por el desierto gris del abandono,
llevó a mi corazón de visionario
la amargura secreta del encono.

Y tú, bajo la clámide divina
de tu ternura fraternal y humana
trocaste en santa mi obsesión felina.

Y refrenando anárquicos furores
fuiste, para mi vida, como hermana
que sembrara de rosas mis dolores.

EL POEMA DE LA VIDA

VIDA

Prolífica planicie, sembrada de promesas,
la tierra, fecundada como materno seno,
tiembla, cual si en la vida no existieran tristezas
ni hubiera en cada cáliz un sorbo de veneno.

El Sol, sobre el prodigio fértil de la semilla
bendice la fecunda entraña que procrea,
y a su calor bendito surge la maravilla
rásganse las entrañas y el germen dice: ¡sea!

En un desbordamiento de pródigos vigores
nacen los saludables brotes, entre esplendores
de una apoteosis floral y providente.

Y en la inviolable regla de las fecundaciones
se inicia la tarea de las germinaciones
bajo el ojo invisible del Gran Omnipotente.

LUCHA

Los brotes tienen vida; gallardamente erguidos
elevan el penacho de su florecimiento,
y mueven de sus pomas los cálices henchidos
a la caricia artera de traicionero viento.

Y un día en que el Zodiaco marca el inevitable
cambio de la magnánima bondad de la estación,
se inician las tristezas de un duelo irremediable
y en cada espiga tiembla también un corazón.

Y hay raros crujimientos de tallos destrozados;
los cármenes se mecen y son hasta arrancados
del tallo que inclinado se humilla ante el rigor.

Y empieza la zozobra fatal de lo imprevisto
y tiene cada árbol como un divino Cristo
su inevitable y triste calvario de dolor.

TRIUNFO

Amainan los rigores; renace en el ambiente
la plácida excelencia de la envidiable paz,

y hay un renacimiento de fe, que dulcemente
de la campiña envuelve la promisión feraz.

Repica en el espacio celeste epifanía;
angelicales pífanos tocan a redención
y hay un deslumbramiento de luz y de alegría,
magnánima apoteosis de remuneración.

Es hora en que las locas campanadas del contento
derraman por el éter la gloria del violento
repique de sus áureos badajos de efusión.

Y en un florecimiento de dicha transitoria
se vierten en el templo los cánticos de gloria
por la divina gracia de la compensación.

MUERTE

Mas ¡oh! la turbulenta hora de los derrumbes
en que se trueca el surco en un terrible abismo.
(Tú eres humano, hermano, y sabes que sucumbes:
es el destino injusto, ¡siempre será lo mismo!)

La exactitud severa del término marcado
destácase por sobre la meta del vivir.
La Vida es un perenne dominio limitado
por sobre cuyos muros cruzamos al morir.

Dejemos ante el grande poder de lo insondable
—que tiene su designio severo e inmutable—
la vanidad que exalta el odio y el rencor.

Que Cristo, con ser Cristo, divinizó su vida
por el acatamiento de la fatal medida
que eternamente iguala la Gloria y el Dolor...

Graziella Garbalosa

HECHICERIA NOCTURNAL

Sube hasta el alto cielo la torre del castillo,
y la luna se esconde tras la plateada nube
que tamiza la luna con fantástico brillo
y la muestra a mis ojos como un rubio querube.

Por la ojival ventana una corneja ronda
y una sombra silente por las almenas vaga,
que al mirarla la luna revuela hacia la fronda
¡porque la luna sabe sus hechizos de maga!

Va recogiendo ortigas de los altos aleros,
desciende hasta los fosos donde da lastimeros
alaridos que llenan el ambiente de espanto.

¡Es el ánima en pena de una vieja sibila
que en el aire cabalga y en la noche vigila
por las almas que sienten su fatídico encanto!

Juan J. Geada (1)

YO NO LO SE

Yo no lo sé. Me han dicho que te mueres
enferma de un dolor desconocido;
y que a la Ciencia un imposible eres,
que no halla en tu dolor nada aprendido.

Que de todo te aburres al momento.
Y que el piano te hastía; y te sofoca
la lectura y el canto, que el contento
jamás lleva sonrisas a tu boca.

Que no puedes vivir. Constantemente
recorres las estancias, indolente,
como buscando en el andar consuelo.

Y que después, cansada y abatida,
cual queriendo pasar a la otra vida,
dices mi nombre, suspirando, al cielo.

(1) En nuestra Literatura contemporánea se desenvuelven jóvenes de grandes alientos, que tienen la virtud de no envidiar; y a los cuales consideramos como de nuestro patio, por el amor que sienten hacia esta tierra. Juan J. Geada se encuentra en este caso, y lo proclamamos.

SIN ESPERANZAS

Desde los más profundos abismos de la vida
yo te invoqué mil veces; y mil veces mi afán
fué para mis anhelos la estrella bendecida
que fulguró un instante con dulce fulgurar.

¿Por qué no te levantas, flor de mis pensamientos,
y vienes con tus ósculos de esperanza y de fe,
a darme lo que en la vida me dieron tus alientos
y a nutrir de ilusiones mis ansias del ayer?

¡Muerta querida, lejos de ti la vida mía
se deshoja cual mustia Rosa de Alejandría
sangrando gota a gota mi amante corazón!

Y en vano es que te implore, si no has de volver nunca.
El soplo de tu muerte dejó en mi alma trunca
la flor de la esperanza y el iris del amor.

Ramón B. Gollury (Roger de Lauria)

RICARDO MARIN

Llegó un día de lejos, vertiendo laborista
sus bravos ideales, con fe y con devoción,
y como allá, aquí ha sido poeta y socialista
a la manera estoica de Iglesias y Prudhom.

El, de vivir en Rusia, tal vez fuera anarquista;
mas, desde tiempo, es sólo un ebrio de ilusión,
que sueña para España, leal, la reconquista
de aquellos viejos fueros del pueblo de Aragón.

Eterno visionario, en aras de una idea
como el divino Apóstol vagara por Judea
llevando a los humildes su verbo, todo luz.

¡Y luego, cuando el tiempo su anhelo sorprendiera,
contento de su obra quedara, si pudiera
por todos sus hermanos morir en una cruz!

¡NO SABIAS, HERMANO!...

AL AMADO RECUERDO DE M. RODRÍGUEZ RENDUELES

No sabías, hermano, lo que era la vida:
no sabías lo duro que en ella es el dolor

y por eso fué triste tu eterna despedida
y por eso tus labios se abrieron al amor.

Tú tuviste un ensueño que fué todo ternura
y hasta un alma tuviste que fué de redención,
no enturbió tu existencia ni una sola amargura,
ni se abrió en mil pedazos tu bravo corazón.

Tú tenías seis hijos que te vieron risueños
dar por ellos la vida, hasta el postrer adiós;
tú tenías seis hijos de cabellos sedeños
que cerraron tus ojos elevándote a Dios.

No debiste morirte. Tú misión era hermosa;
tú misión de patriarca, toda ella era luz;
mas lo quiso el destino y con rabia imperiosa
te colgó de tus males como a Cristo en la cruz.

Y yo, en vano adoro como a novia, a la Muerte:
no me besa en la frente ni me viene a buscar;
yo que arrastro esta vida, y, que impreco a la suerte
sólo encuentro a mi lado su verdugo: el pesar.

¿No te acuerdas? Gemía en las negras mazmorras
por el crimen bendito de atacar la maldad:
y tú noble quisiste sacudir mi modorra
con un dulce mensaje, que fué todo bondad.

Luego vino otro golpe... Y fuí a ti sollozando;
me tendiste los brazos y me diste valor;
¡no pensé que la muerte, las dos vidas segando
se llevara a mi hija y a mi amigo mejor!

Y ya ves yo perduro, casi solo en el mundo;
con el alma templada para todo dolor.

Nada logra en la tierra desterrarme el profundo
e infinito desprecio que ha engendrado el rencor.

Yo presiento que un día vengaré la tortura
que sentí en los instantes que no pude llorar;
cuando lave la afrenta que eclipsó mi ventura
llegarán los momentos de poder descansar.

Y entonces será, hermano, cuando, oyendo el consejo
que me dieras un día ya sin fe en lo ideal,
buscaré la manera de, sintiéndome viejo,
imitar a aquel loco: Gerardo de Nerval.

Si es verdad que se vive otra vida más bella,
puede ser que muy pronto nos veamos los dos...
El alma de mi hija, que la sueño una estrella,
me alumbrará el camino. Hasta entonces... ¡Adiós!

Pascual Guerrero

SEMBLANZA

Bajo el sol de tu blonda cabellera
se incendian los claveles de tus labios
y en tus ojos, divinamente sabios,
hay un vivo destello de Quimera.

Ojos que tienen la sabiduría
de aprisionar el alma en las miradas
y revelan regiones ignoradas
donde es más bello y luminoso el día.

Tienes en el andar, cierta arrogancia,
y da tu cuerpo en flor, dulce fragancia,
cuando te besa en su vaivén la brisa...

En tanto, con sutil delicadeza,
florece en el jardín de tu belleza
la rosa espiritual de tu sonrisa.

TU QUE VAS A LA FUENTE...

Tú que vas a la fuente,—¡oh, ideal soñadora!—
a la fuente de linfas harmoniosas y bellas,
cuando la noche augusta sus jardines enflora,
y en las aguas apura resplandores de estrellas;

Cuando bañas tu cuerpo con la luz de aquel astro
que da a las cosas una mística transparencia,
cerca un halo divino tus formas de alabastro
y viertes en la noche una sutil esencia.

¡Oh, ideal soñadora, de tristes ojos claros,
y cabellos de oro...! Dulces ensueños raros
florecen en mi alma sensible, si te miro...

Y hasta cuando te alejas, creo ver en la tarde
que la luz de tus ojos melancólicos arde
y que exhalan las rosas tu fragante suspiro.

Nicolás Guillén

DOLOROSA

Mi vida es un jardín que se ha secado.
El hada del Dolor ajó sus flores
y ya no trina en él, dulce y confiado,
el pajarillo azul de mis amores...

La noche del pesar cubre mi frente
que soñara una vez con la ventura
y llevo a cuestas, resignadamente,
la gigantesca cruz de mi amargura.

Indiferente a todo el alma mía
ya las venturas del vivir no ansía
ni el dulce encanto de un amor espera,

¡porque mi corazón, sensible y tierno,
es un clavel que marchitó el invierno
bajo el dorado sol de primavera...!

NACAR

Ya sus dos alas, como un ave, tiende
la noche silenciosa en el paisaje
y de la tarde en el dorado traje
flores de luto y de misterio prende.

Ya el viento se ha apagado en los desiertos
cármenes adormidos y olorosos
donde la luna baña en luminosos
rayos de luz los lirios entreabiertos.

Todo es misterio y paz. Serenamente
cruza la fuente un cisne de alabastro
y, al ver temblar al fondo de la fuente

de un astro níveo el luminoso rastro,
párase el cisne y, majestuosamente,
pica en el agua, por cazar el astro...

LA CANCION DE LOS SAUCES

A JOSÉ VARONA HERNÁNDEZ

Adormidos sauces, llenos de misterios
que en los laberintos de los cementerios
vuestras frentes graves hacia Dios alzáis;
centinelas hoscos, pálidos guardianes;
monjes taciturnos de amplios ademanes
que en las tumbas tristes sin saber rezáis...

Siempre he comprendido vuestra sinfonía
llena de recuerdos cual la pena mía,
delicada y honda, como mi aflicción.
Cuando mi alma escucha vuestras oraciones
desde el cementerio de mis ilusiones
os saluda el sauce de mi corazón!

En la tarde quieta, plena de otoñales
ritmos de suspiros y de madrigales,
¿qué decís al viento que fugaz pasó?
¿Le contáis tristezas en vuestro lamento?
¡Yo sé, negros sauces, que decís al viento
todo lo que al hombre le he contado yo!

Cuando os miro, una sensación extraña
como extraña ola, silenciosa baña
de ensueños mi lira, mi cantar de luz.
Y mi altiva musa se arrodilla y ora
junto a cada sauce que en la calma llora,
junto a cada tumba, junto a cada cruz...!

Acentuáis entonces vuestra sinfonía
llena de recuerdos, cual la pena mía,
delicada y honda, como mi aflicción.
Y en la lengua muda de las oraciones
¡desde el cementerio de mis ilusiones
os saluda el sauce de mi corazón!

Plácido Julio González

INCOMPRENDIDO

Yo vivo solo y triste con mi dolor secreto,
con mi dolor profundo, con mi dolor arcano;
y en las contrariedades de mi vivir inquieto
a veces soy esclavo, y a veces soy tirano.

Vivo una vida triste, callada... sin objeto,
para los ignorantes del carnaval humano...
La clave del Enigma conozco e interpreto
aunque a mi oído llegue la burla del enano.

Soy un incomprendido; si quieren, un demente;
pero jamás inclino mi despejada frente
ni mi rodilla doblo para aplacar las iras...

Y si de los cobardes soporto los insultos,
es que no soy abyecto ni vivo en los tumultos,
y solo, frente a frente, combato las mentiras.

José Gabriel González

NO HEMOS NACIDO PARA LLORAR...

No se nació para llorar; yo río
aunque el dolor con su poder impío,
ha extendido también sobre mi vida
las sombras de sus noches funerales...
¡Siempre riendo miraré mi herida!
¡Riendo siempre, olvidaré mis males!

En ti, mi amada, sensitiva y bella,
que en mi cielo de amor fuiste la estrella
que a mi alma acarició con sus fulgores,
en ti, que nunca ríes, yo quisiera
que cual un nuevo cántico de amores
la risa entre tus labios resurgiera.

Porque la risa es bálsamo del alma:
ella devuelve a nuestro ser la calma;
por eso hay que reir... ¡La risa vibre
en todo corazón que abata el duelo!
La risa es libertad, la risa es libre
y en ella el alma se remota al cielo.

La risa es luz; las almas que sollozan
son cual aves nocturnas que se posan
en el desierto gris de las tristezas;
no saben del fulgor que hay en las cumbres
y, abatidas, inclinan sus cabezas
obsesionadas por sus pesadumbres.

Por eso, amada, quiero que sonrías;
—¡verás qué bellos lucirán los días!—
quiero verte divina y sonriente
sin esa extraña y lánguida tristeza
que empaña la tersura de tu frente
y le resta esplendor a tu belleza.

No se nació para llorar, bien mío,
debes reir también como yo río;
aunque extienda el dolor sobre tu vida
las sombras de sus noches funerales...
¡Siempre riendo has de mirar tu herida!
¡Riendo siempre, olvidarás tus males!

F. de Ibarzábal

ORIENTAL

Misterio, lejanía,
humo de pebeteros, minaretes.
Bosques donde agazapan las bengalas
la rabia de sus uñas y sus dientes.

Sol que sangra rubíes
sobre palacios de Rajahs. Oriente
luminoso, fastuoso,
legendario, que tiene
polvo de siglos en sus arenales
y un alma hecha de luces y de fiebre.
Es en el ardoroso mediodía
y un soplo gris de los desiertos viene.

En las irisaciones del crepúsculo
una canción desgrana lentamente
evocaciones miliunanochescas
que en el ensueño sus dulzuras llueve.
La media luna del Sultán, suscita
un encanto sutil; palabras leves
de cuento antiguo... Una leyenda de oro
que palpita, se esfuma, se disuelve.

Lagos en que resaltan
las sombras negras, verdes,

de árboles que se inclinan
en las orillas. Duermen
siglos en este panorama
cálido y sugerente...

Evocación gloriosa
de férvidos deleites;
lujosas colgaduras bizantinas,
intimidad de harenes,
harmoniosas kasidas,
hechas en ritmos leves
para la gracia de la Favorita
que perezosa en el diván se tiende.

Danza una bayadera
en el zócalo. Tiene
el ritmo de las cañas y los juncos
que en los ribazos, lánguidos, se mueven.

Ritmo de Rubayat, esplendoroso,
de sugerencia voluptuosa... Breve,
una harpista desgrana melodías
que en la noche oriental, mágica y tenue,
se disipan, se esparcen,
se suavizan, se pierden...

Todo encierra un desmayo
cansino. Languidece
todo como un crepúsculo
de sombras. Y se muere
entre los oros vagos de la tarde
la postrer nota del cantar. Ofrece
este minuto vespertino, una
dulce quietud magnífica. Se mecen
a la brisa los altos datileros
y una garza, en el lago, se sorprende

con la fuga del sol.
Lejanamente,
brota un eco apagado de metales;
y en la noche mirífica, se encienden,
lámparas milagrosas, las estrellas...
Todo el paisaje, entre las sombras, duerme.

LA SOMBRA DE ATILA

Eres la fuerza bruta, que aniquila;
el crimen, la injusticia, la tristeza;
un resplandor de trágica grandeza
te precede, te sigue y te vigila.

El mismo sol, en el cenit, vacila
de iluminarte; la Naturaleza
esconde sus festones de belleza
ante tu paso audaz, ¡sombra de Atila!

La Guerra es como un bárbaro compendio
de todas las barbaries; vilipendio
de nuestra Humanidad civilizada...

¡Y el mundo es como un colosal recinto
en donde los chacales del instinto
ensayan su más roja dentellada...!

ALMA

En el fuego del ara del Melcarte
consagróse tu espíritu guerrero.
En el alma agresiva de tu acero
vive Moloch y Genserico, Marte.

¡Espíritu del Mal! ¡Para cantarte,
fuera preciso revivir a Homero!
Pero... yo aspiro a consagrar un fuero
que resplandezca como un sol del Arte.

El bronce es bello cuando en una estatua
se funde; mezcla de belleza y fatua
vanidad de los hombres; mas, contrista

ver que, en el huracán de las pasiones,
el bronce sirve para hacer cañones
y para destruir lucha el artista...!

EN LA NOCHE...

Vibra la noche como un arpa de oro;
y la calma sutil es como una
caricia persuasiva de la luna
que luce en alto su triunfal decoro.

El ritmo de la brisa es un sonoro
paréntesis abierto a la importuna

inquietud de luchar. Acaso alguna
voz doliente, a la brisa forme coro.

Una sombra, en la sombra se desliza...
En el fragor de la sangrienta liza
fué tal vez el valor que no se abate.

¡Y en la noche, en la tregua momentánea
su silueta es no más una instantánea
visión de pesadilla del combate...!

LA MUERTE DEL HEROE...

Fué un soñador de poderosas alas
que hizo de los obstáculos violentos
paradójica base a sus intentos,
y se cubrió de inmarcesibles galas.

Ascendió al Ideal por las escalas
de sus desesperados sufrimientos;
y la flor de sus claros sentimientos
luego fué estrella en las celestes salas.

Al caer, abrazado a su bandera,
hubo un súbito espanto... ¡Ah, yo quisiera
cincelar en un cálido soneto

arrancado al dolor de tanta herida,
la epopeya viril de su caída
en el lecho inmortal del parapeto...!

Gabriel Jiménez Lamar

LUZ ETERNA

¿Como por laberinto de recurvas inciertas,
en mis largos insomnios, alma adentro, me pierdo;
y en la ruta sombría, mis ilusiones muertas,
son flores sin perfumes del jardín del recuerdo.

Batallo inútilmente por hallar la salida
que me lleve a horizontes de paz y de ventura;
mientras evoco triste mi juventud perdida,
que fué toda, abandono, sufrimiento y locura.

De improviso en la noche tenebrosa y helada
del dolor que me agobia con su negrura espesa,
aparece una intensa claridad de alborada.

A su influjo bendito mi incertidumbre cesa.
Es de mi madre muerta la celestial mirada,
que encamina mis pasos y en el alma me besa.

BAJO EL HONDO MISTERIO

Bajo el hondo misterio de la tarde que expira,
el sol, ascua de oro, se pierde en el tramonto.-

Un ruiseñor doliente loco de amor delira,
en la paz de la selva desgranando un raconto.

La brisa en los laureles modula triste queja.
La fuente da al espacio su cadencia sonora;
mientras llega a mi oído y expirando se aleja,
la armonía de un piano que una sonata llora.

Primavera de ensueños florece en los rosales
del jardín de mi alma rebosante de anhelos,
cuando tus blancas manos—dos rosas virginales—

arrancándole al piano dolientes retornelos,
vierten sobre la tarde que agoniza callada,
un ansia insaturable, de amar y ser amada...

SEPARACION

Tarde de amor, henchida de rumores serenos,
de matices suaves y de brisas y aromas.
De pétalos y trinos están los bosques llenos.
En la fuente se arrullan dos cándidas palomas.

Fugaz la luz se aleja. De los altos collados
con las sombras descienden las ovejas tranquilas;
y hasta el fondo del valle, por el viento espaciados,
llegan los graves sones de las viejas esquilas.

El uno junto al otro la dicha entretejemos
sentados sobre un banco de resecas lianas.
Callamos. Nos asaltan los instantes supremos

de mi pronta partida para tierras lejanas.
Las esquilas sentimos, y ambos palidecemos
cual si a muerto doblasen las fúnebres campanas.

CUANDO MUERE EL DIA

Es un atardecer brumoso y frío,
de temblorosos, pálidos fulgores.
Languidecen matices y rumores.
No turba un soplo la quietud del río.

Del jardín en un ángulo sombrío;
sobre una vieja rama sin verdores,
ritma un ave nostálgicos dolores
mirando el nido de su amor, vacío.

Su canto es dulce queja en el ambiente,
suspiro de agonía en los reflejos
de la tarde. Canción vaga y doliente

de evocación, que extínguese a lo lejos,
cuando al morir las tintas del poniente,
besan del manso río los espejos.

DECEPCION

Indómito corcel espoleado
por ansias de pasión y de alegría,
mi corazón cruzaba noche y día,
hacia el país del ideal soñado.

Y ni abrojos del yermo desolado,
ni duros hielos de la estepa fría,

le hicieron desistir en su porfía
de realizar el sueño acariciado.

Mas cuando ya tocaba en su carrera
triunfal, el paraíso de ventura
donde todo es amor y primavera,

retrocedió temblando de pavura;
que la entrada al jardín de la Quimera,
cerraban el dolor y la locura.

AMOR MATERNAL

Cuatro fúnebres cirios macilentos,
alumbraban el cuerpo de la muerta,
acentuando en su faz pálida y yerta
las huellas que grabaron los tormentos.

Sobre la majestad de los momentos,
de aquellos cirios a la luz incierta,
se oyeron avanzar hasta la puerta,
de supremo dolor, vivos lamentos.

Con los ojos nublados por el llanto,
un hombre penetró en la alcoba fría.
Su pecho lanzó un grito sacrosanto;

y al pronunciar sus labios: ¡Madre mía!
la gente pudo ver con hondo espanto,
que el rostro de la muerta sonreía...

Alberto Lamar Schweyer

EL ENCANTO DE LAS CASAS VIEJAS

¡Oh, la imagen triste de las casas viejas,
llenas del recuerdo de una antigua historia
de amores fugaces y cosas añejas
que se pierden lentas allá en la memoria!

En grato recuerdo ya se ha transformado
la figura dulce de una amada bella,
en quien muchas veces hubimos pensado,
a la luz dorada de lejana estrella.

Solos los jardines, marchitas las rosas,
callada la fuente que ya se ha secado,
tienen la tristeza que tienen las cosas
cuando rememoran un amor pasado.

Esas casas viejas, saben los secretos
de muchos suspiros y mucho cariño,
saben el origen de muchos sonetos
que rimó un amante corazón de niño.

¡Oh, las casas viejas! Tienen los misterios
dulces e ignorados de la evocación.
¡Oh, las casas viejas! Son los cementerios
donde duerme yerto nuestro corazón...

LA ESTUDIANTINA PASA...

¡Alegre estudiantina de los días risueños,
que pasaste entonando nostálgica canción!
¡Salve, germinadora de todos los ensueños
que la vida ha truncado cual hórrido aquilón!

¡Feliz estudiantina que guardas el secreto
de vivir de quimeras y alentar la ilusión,
que en los catorce versos de un gallardo soneto
sabes dejar la vida y dar el corazón!

Pasaste para siempre; los hombres y las cosas
por sentencia fatídica se habrán de transformar.
Por ley fatal fenecen las más fragantes rosas
y vienen otras rosas el campo a perfumar.

La novia que quisimos en días de estudiante,
sus besos amorosos jamás nos brindará,
ni la caricia suave de su mano quemante
nuestras manos febriles a rozar volverá.

Errante por el mundo, hacia ignotas regiones,
sintiendo en el crepúsculo el alma de Chopin,
la triste caravana, nimbada de ilusiones,
recita quedamente los versos de Rubén.

¡Alegre estudiantina de los días risueños
que pasaste entonando nostálgica canción!
¡Salve, germinadora de todos los ensueños
que la vida ha truncado cual hórrido aquilón!

Dulce María Loynaz y Muñoz

EL POEMA DE «QUO VADIS»

EUNICE ANTE LA ESTATUA DE PETRONIO

Ante la estatua de Petronio bello
palpitando de dicha y de ternura
encuentra Eunice la mayor ventura
enlazando sus brazos a aquel cuello.

Brilla en sus ojos mágico destello
de amor y de placer y en su locura
desata en la magnífica blancura
el dorado raudal de su cabello.

Y en los labios de mármol silenciosos
va dejando los besos voluptuosos
que el vivo fuego de su pecho alientan...

Y son aquellos besos tan ardientes
que los labios de piedra indiferentes
al sentir su contacto se calientan...!

EN EL OSTRIANUM

Los rayos de la luna refulgentes
azulean el muro ennegrecido
donde Pedro el APOSTOL ha reunido
a sus dulces y místicos creyentes.

Sus palabras enérgicas, vehementes
logran impresionar al descreído
Vinicio, que le escucha conmovido,
brotándole las lágrimas ardientes.

Y contempla en silencio religioso
cómo un rayo de luna esplendoroso
perfila del APOSTOL la grandeza.

Y al disolverse en pálidos destellos
sobre el níveo marfil de sus cabellos
traza un nimbo de plata en su cabeza...

EL INCENDIO DE ROMA

Cercada por anillo luminoso
que implacable se estrecha cada instante,
arde Roma fatídica y brillante
en medio de un estruendo fragoroso.

Desde el monte Aventino, el impetuoso
incendio va extendiéndose gigante,

mientras huye confuso y delirante
el pueblo con tumulto pavoroso.

Y Roma es convertida en una hoguera;
el cielo de la noche reverbera
y en aquella espantosa confusión,

apagando hasta el último gemido,
surca el aire con lúgubre silbido
el canto destemplado de NERON...!

LIGIA SOBRE EL TORO

Sujeta al lomo de salvaje toro
surge a la arena Ligia desmayada:
y es más blanca su carne torturada
sobre la negra piel de manchas de oro.

Mas URSUS, de Nerón ante el azoro,
rinde al URUS, con fuerza no igualada;
y al ver que cae la bestia ensangrentada
prorrumpe en gritos de entusiasmo el coro.

Retiembla el circo... César se estremece,
Petronio aplaude, el pueblo se enloquece
pidiendo gracia; y, en la algarabía,

Vinicio, el descreído libertino,
ve, en un ensueño de fervor divino,
que CRISTO desde el cielo sonreía...

QUO VADIS, DOMINE?

En el místico rostro retratado
el gozo más ardiente y más sublime
librándose de un peso que le oprime
ante CRISTO está PEDRO arrodillado.

¿DONDE VAS?—le pregunta trastornado
mientras llora su falta y la redime—.
A ROMA...—con dulzura CRISTO gime—
PARA SER OTRA VEZ CRUCIFICADO.

Y alumbrando su ruta santamente,
surgió el sol como un cáliz refulgente;
las calandrias dejaron sus nidales

por mirarlo; y las tímidas violetas
asomaron sus pétalos inquietas;
y abrieron sus capullos los rosales...

MUERTE DE PETRONIO

Lámparas de cristal de Alejandría
reflejan sus fulgores azulados
en los diáfanos vasos incrustados
con nácar y brillante pedrería.

Petronio, que al destino desafía
con sus altivos gestos reposados,
muestra a los sorprendidos invitados
su carta perfumada de ironía.

Y luego sin pesar y sin temores
con Eunice tendido entre las flores,
a las trémulas luces de los cirios,

abre sus venas y las de su amada:
y la sangre derrámase mezclada
manchando la blancura de los lirios...!!

HUMOS DE OPIO

A OSVALDO BAZIL

El raudo Kisogawa murmura sollozante
a la pálida lumbre de una noche estelar...
y lleva entre sus ondas plumajes tornasoles...
pétalos de azahar.

Por las encrucijadas del parque florecido,
que embalsaman los nardos y el aroma del té,
en la mística noche dijérase que vaga
el alma de TAO-SSE.

En la vaga penumbra, distínguense a lo lejos,
los kioscos de oro y laca del imperial jardín,
las cúpulas talladas en blanca porcelana,
las torres de kaolín...

Se ven templos de Budha, broncíneos pebeteros,
y a sus cobrizas llamas, cual lúgubres visiones,
brillar monstruosas flores, terríficas tortugas,
fantásticos dragones...

Y el palacio jaspeado de ébano y alabastro,
do discurren cansados los viejos mandarines
y las estrechas calles que cruzan fulgurantes
los áureos palanquines...

¡Oh la ciudad dormida que se pierde en la bruma
cual la pálida imagen de un sueño ya olvidado...!
¡Un país de leyenda, que surgiera en la noche,
bajo un cielo estrellado...!

Los erguidos flamencos, cuyas plumas rosadas
tiñe de níveos tintes nocturno luminar,
en los frondosos bosques de flexibles bambúes,
parecen dormitar.

Cruzan los pavos-reales con sus colas abiertas
que semejan enormes bouquets de extrañas flores
y las garzas escuchan en devoto silencio
cantar los ruiseñores...

Los verdes arrozales que crecen en la orilla
las transparentes aguas se inclinan a besar.
Y al soplo de la brisa nocturna, dulcemente
parecen sollozar.

Mientras los petirrojos se duermen suspendidos
en la rama que finge de vacilante cuna,
en el húmedo cáliz de cada flor de loto
tiembla un rayo de luna.

En la noche serena, por la desierta orilla
se vé una sombra errante que vaga tristemente...
¡Parece que el reflejo pálido de un lucero
besó su tersa frente...!

Va envuelta entre las sedas de un liviano kimono
que ostenta crisantemos en fondo marfileño:
¡y lleva en el misterio de sus oscuros ojos
un nostálgico sueño...!

¡Oh sus oscuros ojos que interrogan ansiosos
al lejano horizonte do se borra el sendero...!
¡Es BUTTERFLY que espera, soñando todavía
su rubio caballero...!

Manuel Navarro Luna

POR LA TARDE

Cruzaba por el prado florecido
colmado de brillantes resplandores
y al recoger la falda del vestido
hubo en su faz un rapto de rubores.

El cristalino ambiente, de rumores
poblábase, y un tanto enternecido,
la miraba ambular entre las flores
tras unas verdes ramas escondido.

Al volver, arrogante, la cabeza,
hubo de divisarme... Con presteza,
cubrióse el rostro con nevado velo.

Y corrió, corrió mucho. Se diría
que por la escala sideral, subía
a encender las estrellas en el cielo.

Walterio F. Leza

ESTRELLAS VESPERTINAS

EL TRIUNFO

Bajo el nirvana de la tarde quieta,
que amparaba el letargo del villaje,
otorgóme la gloria de su ultraje
tu enojo de dulcísima Julieta.

Desmayaba el crepúsculo violeta
—radioso panorama de miraje—
en el sueño encantado del paisaje,
que hirió de Febo la postrer saeta.

Sollozó tu pueril resentimiento
en la cadencia de tu suave acento,
deshaciéndose en gamas melodiosas.

Desarmado quedó mi anhelo impuro;
y puntearon de luz el cielo oscuro
las rútilas estrellas temblorosas...

EL RUEGO

Vagábamos, sin rumbo, en la pradera
lozana y rutilante de verdura...
Yo encontraba en tu mórbida ternura
un fragante dulzor de primavera...

Me arrobaba la gracia milagrera
que prestigia tu heráldica hermosura
cuando, grave, lanzó en la villa oscura
el Angelus su nota lastimera...

Corrió por la llanura solitaria
el ritmo angelical de tu plegaria,
en un vuelo de súplicas piadosas...

Y ascendió hasta los cielos encantados
la dulce ingenuidad de tus pecados,
buscando absoluciones milagrosas...

LA RUPTURA

Bajo un radioso escintilar de estrellas
lloraban los melífluos surtidores
la divina canción de sus dolores,
hecha ruegos, suspiros y querellas.

Dejaban en la grama tenues huellas
tus levísimos pasos... Y las flores
—iris de sedas, embriaguez de olores—
se erguían más lozanas y más bellas.

Rompió la calma tu feral sevicia,
quedando sepultada la caricia
de tu voz en un áspero reproche.

Lloró angustiada mi esperanza rota,
y en vuelo fantasmal de ave en derrota
se internó en la tiniebla de la noche...

Gertrudis Vázquez López

¡LIBRE!

A MI PEQUEÑO HIJO HUGO-HERALDO

Nunca de mí tu libertad dependa.
Hoy en tu pecho la esperanza infundo;
mas no mi brazo trazará la senda
que has de emprender mañana por el mundo.

Libre has de ser como el condor que sube
del éter por las fúlgidas escalas
sin más escollos que la errante nube
que, altivo, roza con sus regias alas.

Hijo amado, yo sé que has de ser bueno:
tienes algo del dulce Nazareno,
y una voz misteriosa me lo dice.

Entra, pues, de la vida en el combate
sin grillete opresor que te maltrate
ni cadena moral que te esclavice!!

ANTE LA TUMBA DE HOMERO

Errando por la Grecia milagrosa,
y entre montañas de perenne yedra,
hallé el sepulcro de caliza piedra
donde el supremo trovador reposa.

En forma de mujer la Poesía
bajó del cielo y me besó en la frente,
y entonces voló en alas del ambiente
la azul estrofa que en mi pecho ardía.

Los extraños guerreros que guardaban
la tumba del poeta, me escuchaban
recitar el hexámetro sonoro;

inició la falange sus desfiles
y Héctor, Mavorte, Agamenón y Aquiles
me saludaron con sus flechas de oro...

MUERTE DE AMADO NERVO

Ausente ya del mundanal concierto,
quizás en los dominios de lo arcano
acarició con su incorpórea mano
la estrella azul con que soñó despierto!

Mientras, en este lúgubre desierto
se alza la queja del dolor humano
y un miserere entona el oceano
por el divino rimador que ha muerto!

Al golpe audaz de la segur tirana
agitóse la fronda americana,
como elevando al cielo una querella;

desenfrenó la tempestad su ira,
y el fulmíneo creyón de la centella
en el espacio rubricó una lira!

LA TABERNA MISTERIOSA

Fué una noche de mayo, sofocante;
noche sin luz, que recordar no quiero.
Perdido por el rústico sendero,
dí con una casucha extravagante.

La tomé por taberna, y, suplicante,
dije, tocando el aldabón de acero:
«Un poco de cerveza, tabernero,
¡que se muere de sed un caminante...!»

Un postigo giró sobre sus gonces,
y el taciturno cantinero entonces
dióme una copa de cerveza fría.

Me cobró por aquello... no sé cuánto:
¡sólo sé que, al pagar, vi, con espanto,
que el hombre aullaba, y la taberna ardía...!

¡CUBA LIBRE!

EN EL 20 DE MAYO

Cubano: ten piedad del compatriota
cuyo verbo denigre tu bandera:
¡Quién sabe si lloró cuando la viera
volver del monte, desteñida y rota!

Ha de ser un espíritu en derrota:
dirígele una frase lisonjera,
que logre suavizar, sin que le hiera,
su empedernido corazón de ilota.

Pregúntale—si no—por qué se olvida
del compatricio que ofrendó su vida
con fiereza en los campos de batalla,

por darnos libertad, prestigio y nombre...
¡Y verás cómo—al recordar que es hombre—
te da la mano, se arrepiente y calla!

Marino López Blanco

TRANSMUTACION

Yo quisiera mostrarle por oir sus sollozos
las heridas que llevo dentro del corazón...
¡Si supieras...! Evocan oquedades de pozos,
la congoja y la angustia de la Crucifixión.

¿Quién dijera que un día su boquita escarlata
—la mendiga ardorosa de mis besos de amor—
transmutara en doliente carcajada que mata
la divina sonrisa de sus labios en flor?

En sus ojos ha muerto la visión de los ángeles;
ya no late el recuerdo de los bellos arcángeles
que en los sueños de rosa nos vieron a los dos.

La perfidia del mundo mancilló su conciencia,
y tiñó de negrura su fatal transparencia...
¡Hoy ya vive alejada de la mano de Dios!

Ruy de Lugo Viña

LA ESPAÑA DE LEYENDA

POESÍA RECITADA POR SU AUTOR EN LA DESPEDIDA AL POETA FRANCISCO VILLAESPESA, EN EL CASINO ESPAÑOL DE LA HABANA.

En un tapiz yo veo la España de leyenda:
en un tapiz que teje mi loca fantasía
y que en su despedida lo entrego cual ofrenda
al exultante bardo cantor de Andalucía.

Pinceladas de Goya, párrafos de Cervantes,
rimas del Arcipreste, dramas de Calderón;
todas las maravillas de la España de antes
de rojo y gualda tiñen la luz de mi visión.

Y para que los hilos de mi tapiz se tejan
en el telar de un sueño de evocación dorada,
las grandezas de otros sobre la tela dejan
el cuadro inenarrable de la España pasada.

Clérigos y monarcas, hidalgos y troveros,
señoras castellanas de infanzona piedad...,
¡mirad cómo, de pronto, refulgen los aceros,
y se postra de hinojos toda la Cristiandad...!

Es la España que vence al árabe guerrero
en su epopeya intrépida de sangrientas cruzadas,
es Castilla que impone su pendón altanero
por el fuego y al choque de arcabuces y espadas.

Ya Granada ha caído, fué el Alcázar tomado,
y ya Colón retorna triunfante en su bajel;
con la postrera dobla y el último soldado,
por la fe y por la fuerza ya ha vencido Isabel.

Vasco Núñez descubre otra extensión marina,
Cortés destruye impávido su frágil galeón;
y aún Ponce no ha encontrado la fuente peregrina
con cuya linfa sueña su insensata ilusión!

Los corsarios abordan a los buques cargados
con oro de las Indias que el azteca ocultó;
la Iglesia quema vivos a los ex-comulgados
y bautiza al califa que de su fe abjuró.

El segundón rellena su escuálida escarcela,
y el capitán que torna tras de mucho bregar,
con insolencia suena la estrella de su espuela
¡como quien ya no tiene nada que conquistar!

Fueron tantas las glorias y tanta fué la hazaña
de aquella gente osada que al Atlante marchó,
que entre todos los pueblos el primero fué España:
el que con sus mesnadas otro mundo engendró.

Fanatismo, violencia, temeridad, coraje,
la sangre que se vierte, la vida que se juega,
la toledana espada que venga todo ultraje,
la cautiva cristiana que su cuerpo no entrega...

Y en la centuria bélica, mirad los resplandores
del incendio que abrasa a los burgos de Flandes.
Cierto que aquellos tiempos no eran sino de horrores;
¡los hechos eran crueles, pero eran hechos grandes!

Tan grandes y tan únicos, que el orbe sintió celos
de aquella España altiva que se adueñó del mar,
que buscó nuevas tierras hasta en los mismos cielos
¡allá donde Cisneros quiso imponer su altar!

De entonces la leyenda, reverso de la historia;
la envidia que rastrea, la calumnia que muerde,
la voz de los rivales que infaman la memoria
de la que con su estigma nunca su gloria pierde.

Y es la leyenda negra de los inquisidores
que sentencian y queman en nombre de la cruz,
y es la leyenda roja de los conquistadores
que a los indios opresos los privan de la luz.

Pues bien: esa leyenda que corre año tras año
y va de siglo en siglo como una maldición,
bien claro nos revela cuán grande fuera antaño
la madre que nos diera su inmenso corazón.

Por eso en esta ofrenda que para España mando,
a la que en sus dominios no vió ponerse el sol,
veréis la firma mía, que yo estampé rimando
con la misma alegría que si fuera español.

César Luis de León

GERMINAL

PARA JOSÉ BRISSA

I

Es la sombra en los campos tristemente dormidos
sobre el vientre fecundo de la tierra callada...
Sangran vida los cortes de los troncos, heridos
por el hacha del Hombre... Ya es la noche cerrada.

Una luz la Tiniebla nos enseña de lejos;
los cocuyos fugaces prenden lumbre a sus ojos,
y hay nidos en las ramas de los árboles viejos
y ensueños en el alma de los rudos abrojos.

El Silencio ha tendido sus escalas, sombrío
sobre el alma infinita de las cosas... El río
quedamente sus líricas espumas deshilvana...

Median brotes secretos en el Germen gigante,
pero... bajo la calma de la noche inquietante
Naturaleza grita su canción extrahumana.

II

Crear un mundo mío para soñar de nuevo
con místicas y astrales doncellas luminosas,
y así tender un puente de luz y de renuevo
desde las viejas cosas, hasta las nuevas cosas.

Mirar la vida entonces vibrando de alegría
entre un cantar armónico de pardos ruiseñores
y una eclosión inmensa de Amor y fantasía,
y así verter en Ella mis claros surtidores.

Crear un mundo mío para arrancar la pena
torturadora y áspera que el alma me encadena...
Crear, crear ensueños jamás imaginados,

para arrojar al viento triunfal de las alturas,
los raros arabescos de todas mis locuras
con las indiferencias de los predestinados.

Francisco Lles (1892-1921)

¡VIVE!

I

Ama bien esta vida, este momento
de nuestra juventud, el solo instante
en que es bueno vivir, que en adelante
no hay nada más que pena y que tormento.

Toma el último fruto; el sufrimiento
de ver que es tarde ya, será aplastante;
y entonces al pasado, muy distante,
sólo podrás volver el pensamiento.

Y querrás—todos quieren—dar la vuelta,
y llorarás lo que no ha sido, envuelta
en un grave pesar, el alma mustia:

y, al desandar lo andado,—cuando fuere—
sentirás cómo el alma se te muere
de una callada e inconsolable angustia...

II

Toma el último fruto, el más querido
por el último ser, que todo rueda;

y es muy hondo el rescoldo que nos queda
del bien que pudo ser y nunca ha sido.

Se va el tren, y nos deja. Algo perdido
para siempre, va en él; y lo que hoy veda
un prejuicio, mañana tal vez pueda
rencores dar hacia el ayer vivido.

Toma el último tren que ya está en marcha,
porque tiene el vivir, fríos y escarcha
que tornan el espíritu cobarde;

y porque si la carne se resiste,
llegan al alma inmensamente triste
más ansias de volver, cuando es más tarde...

III

De este presente, que será pasado,
análisis muy hondos lo más fútil
y más nimio traerá, cuando ya inútil
sea el afán de desandar lo andado.

Y cuando hubiere el corazón cansado
otra noción entre lo bello y lo útil,
besarás, sollozando, la inconsútil
túnica virginal con que has amado.

Y lo trascendental será un martirio;
y tú, paloma de candores, lirio
de purezas y amor, desvanecida

la fe, con el pasado en desacuerdo,
¡llorarás, bajo el ala del Recuerdo,
las inutilidades de tu vida...!

Fernando Lles

TU ERES TAMBIEN UN RITMO DE RAPSODIA...

Eso sí; no está mal... Dame tu mano...
Rememoremos el ayer vivido,
gozoso gesto de tu amor lejano
que declina, mi bien, hacia el olvido.

Y sin lugar ni tiempo, que las horas
y el espacio son crueles certidumbres,
soñaremos, ¡oh, sí! Vengan auroras,
y ortos de sol iluminando cumbres.

Y plenilunios en el mar, y aquella
más ligera y sutil música alada...
Listz, el propiciador, si lo prefieres.

Algo leve y fugaz como una estrella
vívida, errante; y con la unción sagrada
de tu voz, cuando dices que me quieres...

CANTABA EL RAPSODA...

PARA BONIFACIO BYRNE

I

Bilitis, flor del nardo; vengo del Archipiélago;
soy un rapsoda y tengo alma de ruiseñor;
canto, y río en la nota de mi canción a Venus
el alma de los sátiros y el alma del amor.

Con el lino del Lacio, tejió mi blanca túnica
la más bella oceánica del impetuoso mar
y brilla en mis cabellos, como un rayo de luna,
mi cigarra de oro..., ¡divino luminar!

Bilitis, flor del nardo, dime el secreto augusto
de tu belleza: dame la gracia de tu busto
y la miel de tus labios, botón de rosa-té.

Que yo, el rapsoda, quiero poner en mis canciones,
de tu carne el secreto de dulces floraciones,
para ofrendarlo en ritmos a Venus Astarté.

II

Vibra en el aire trágico de mi canción heráclida
como el aire marino vibra en el caracol,

el monocorde ritmo de la rural cigarra
que huele a mies madura, a vid, a tierra y sol.

Y toda el alma heroica de la gloriosa Hélade
es música en el griego placer de mi cantar
que suena a multitudes clamando en las ciudades,
que llora los silencios del cielo sobre el mar.

Bilitis, flor de asfódelo: ciñe al cuerpo la túnica;
muéstrame en el secreto de la Belleza Unica
el perfil tembloroso de tus senos en flor.

Que yo, el rapsoda, quiero hacer un nuevo canto
donde se arrullen, presos en amoroso encanto,
tus senos cual palomas en un nidal de amor.

III

Los bosques de Corinto, bajo la luz de Hécate
donde los pinos trazan su sombra funeral,
pusieron en mi lira el ruido de sus fuentes
y el mismo «Horror Sagrado» del culto bacanal.

A través de mis ritmos, pasa un tropel de sátiros;
rumores del Himeto, dulzuras de agua y miel,
balar de cabritillos, galopes de centauros
y lluvias de floridos ramajes de laurel.

Bilitis, alma mía, belleza cortesana,
alondra del Pireo, rosal de la mañana,
dame el secreto augusto de tu hermosura en flor.

Que yo, el rapsoda, quiero poner en mis cantares
la espuma de las ondas de los azules mares...,
para ofrecerte en ella mi tálamo de amor.

E. Magallón

¡DANTE!

Dante, Dante, tu infierno no me espanta;
tú bebiste girones de infinito
y yo siento la hiel en mi garganta,
sin poder hasta Dios lanzar un grito.

Hasta Dios, que es la fe, ¡que es la mentira!,
no llega nunca el corazón ateo:
Dios ha muerto en las cuerdas de mi lira,
igual que muere en el cadalso un reo.

Un mismo amor nuestra esperanza asombra,
amor que todos los abismos llena:
tú adoraste a Beatriz, allá, en la sombra,
yo adoro en el dolor a Magdalena...

Aunque sé que el amor es una llaga
que el corazón corrompe y busca el centro,
el fuego de este amor nunca se apaga;
mira mi corazón ¡ella está dentro!

Pero la duda de mi suerte impía
se yergue como un cuervo en mi camino
y en medio de esta bárbara agonía
voy blandiendo un puñal contra el Destino.

Dante, despierta de tu sueño eterno,
yergue tu forma trágica sin mengua;
me abraso entre las llamas de este infierno,
y por no blasfemar, muerdo mi lengua.

Ya con mis puños destrocé la roca
de tu sepulcro porque quiero verte;
quiero saber de tu grotesca boca
los secretos enormes de la muerte.

Amor, Amor, torturadores lazos,
sombras que vienen a ahuyentar mi calma;
la mujer ¡un cadáver en mis brazos!
El amor ¡un cadáver en mi alma!

Como tú, con el alma ennegrecida
y el corazón sangrando de amargura,
flotar miro el cadáver de mi vida
sobre este inmenso amor que me tortura.

Dante, tú hallaste al fin algún consuelo;
viste en el cielo un insondable arcano,
¡yo en mi dolor me remonté hasta el cielo
y el cielo azul se evaporó en mi mano...!

Miguel A. Macau

PAZ PERDIDA

¿Qué fragor vibrante llega a mis oídos
de las oquedades del confín lejano,
como si lucharan titanes fornidos
y el cañón lanzara sus roncos sonidos
sobre de la tierra y el hondo oceano?

¿Qué ideal persigue la hueste bravía?
¿Qué lábaro ostenta? ¿Qué instinto la impulsa,
si en un hervidero de pasión impía,
como un gigantesco monstruo en agonía,
treme y se quebranta la Europa convulsa?

¿Dónde está el influjo que en la vida imprimen
veinticinco siglos a la especie humana,
si es que los dolosos ímpetus del crimen
sus desgarradores puñales esgrimen
contra los esfuerzos de la fe cristiana?

¿Dónde está el principio moral que nos guía
de la teoría mística y kantiana?
Todo ha sido al cabo pura teoría
que voló en las alas de la fantasía
y rodó a la triste realidad profana!

¡Es que el atavismo, como ley eterna,
a modo de un germen fatal y fecundo,
desde el troglodita, rey de la caverna,

con retrospectiva labor eviterna,
germinó en el alma del antiguo mundo!

El verbo de Cristo desde la Montaña
se perdió en la suave quietud de la sierra,
pues el odio fiero pone su cizaña
en todo lo noble que la vida entraña,
en todo lo justo que la vida encierra!

Pobre Nazareno de mirada triste,
vano fué el ejemplo de tu sacrificio;
sobre de la tierra la bondad no existe:
no podrá Juliano decir:—¡Ya venciste!—...
Venció la inocencia, la maldad y el vicio!

La Ciencia que acucia, que todo lo imparte,
por la continencia feliz de la brega,
se liga de nuevo con el loco Marte
para destruir las obras de Arte...
(¡Catedral de Reims que al recuerdo llega!)

Y Marte iracundo, Marte armipotente,
el que dió soberbias al bárbaro godo,
a la lid se lanza, brutal y rugiente,
y al bélico paso del dios inclemente,
todo se estremece, se desquicia todo.

Levanta irascible su torva figura,
para urdir la más horrible tragedia
sobre la campiña plena de verdura,
en el raso ambiente de atmósfera pura,
en el mar inquieto que todo lo asedia.

Corre, arrebatado, con aire sombrío,
por los dilatados y agrestes Balkanes,
semejando un magno, fragoroso río

de lava que arroja con trágico brío
la fuerza terrible de recios volcanes.

Indómito y ciego recorre impiadoso
las fecundadoras llanuras flamencas;
salta el ancho cauce del Rhin caudaloso,
y cruza con ansias de corcel brioso
de los altos Vosgos por las duras cuencas.

Atraviesa montes desnudos y escuetos;
trepa por los duros y altivos Carpatos,
mientras solitarios lucen los abetos
como simulando grandes esqueletos
en los misteriosos caminos ingratos.

No mueve a la hueste que furiosa avanza
la voz de la patria maternal y noble,
que la patria es germen de firme pujanza,
porque torna al hombre que su amor alcanza,
más recio que Atlante, más fuerte que el roble.

Patria es el sublime símbolo sagrado
que resume a un tiempo las abnegaciones
de los que, sedientos de ideal preciado,
ante sus altares han depositado
todas las ofrendas de sus oraciones.

Perdura en el alma del viajero errante
que a su abrigo hallara la ventura trunca,
porque en la nostalgia del pobre emigrante
conserva un recuerdo vivo y palpitante
de amor indecible que no muere nunca.

Por ella se yergue Washington al norte,
combate Bolivar en el mediodía
y Martí colmado de viril transporte,

luce gentilmente su gallardo porte
sobre el bravo potro de la rebeldía.

Así Juana de Arco ciñe a la cintura
su espada, y la guía celestial reflejo:
así el ardimiento de libertad pura
inflama los pechos de heroica bravura
a nuestros soldados en el Peralejo.

Esparta y Cartago su influjo han sentido
y en la Historia muestran esplendor fecundo:
mientras la Polonia, cual ave sin nido,
lacerada y mustia, vierte su quejido
sobre la conciencia cómplice del mundo.

¡Cuántos, al soñarla en la enhiesta cumbre,
dieron todo el oro de su propia vida
por romper el yugo de una servidumbre
y encender, al cabo, la risueña lumbre,
sobre los escombros, en la paz querida!

En la paz querida donde ha germinado,
rozagante y pura, como flor temprana,
la fe, que derrama perfume soñado
sobre los recuerdos tristes del pasado,
sobre la esperanza dulce del mañana.

La fe es como el iris que tras la tormenta
abre su abanico de siete colores,
mágico evangelio que al mundo presenta
todas las bondades que la vida alienta
en el simbolismo de sus resplandores.

Es cual la caricia de esencia infinita,
claridad riente de rosada aurora,
alto sentimiento que a bregar invita

cuando el infortunio sin piedad agita
sus alas oscuras de maldad traidora.

Fe la del creyente que aguarda sereno
el último golpe que nadie resiste...
Porque las palabras de aquel Nazareno
le hacen ver un mundo de venturas lleno,
tras las lobregueces de su noche triste.

Fe la del labriego que feliz espera,
como justo logro de su empeño sano,
en la florescencia de una primavera,
ver los rudimentos de la sementera,
luego las espigas y maduro el grano.

Fe la del marino que sin rumbo cierto
busca en las alturas la polar estrella,
para que le salve de su desconcierto
y señale el rumbo de un amado puerto
en donde la lumbre de un faro destella.

Fe la del mendigo que pisando abrojos,
en las amarguras de las horas cruentas,
muerta para siempre la luz de sus ojos,
ciñendo a su cuerpo míseros despojos,
marcha por el mundo sin andar a tientas.

Pero los impulsos de la hueste ruda
han roto el sosiego de la paz humana,
y en el torbellino de una guerra cruda,
cual una mendiga pálida y desnuda,
anda por el mundo la bondad cristiana.

¡Oh noble enfermera de mirar doliente!
¿Dónde está la fuente que brindaba alientos
para tu sonrisa cálida y luciente,

para tu palabra dulce y complaciente,
que es un lenitivo de los sufrimientos?

¿Dónde está la fuerza que te presta vida,
en el escenario de batalla heroica,
para que restañes la sangrante herida
con tu mano leve, plácida y querida,
con la dulcedumbre de tu alma estoica?

¡Oh fuerte soldado que vas a la guerra!
¿Cómo no te acosa la nostalgia triste
recordando el huerto de tu amada tierra,
tu casita blanca que se alza en la sierra
y que ahora un velo de dolor la viste?

¿No ves en tus sueños, potente soldado,
que el calor te falta del hogar risueño,
ni admiras el predio tan desamparado,
ni ves en el surco tendido el arado,
ni escuchas el eco del nido pradeño?

¿No sientes el roce del amor que escancia,
en el áureo cáliz del sentir sincero,
cual si fuera un néctar de suave fragancia,
todos los pasajes de la buena infancia
y en las bocas rima la canción del beso.

El amor que agita los senos floridos,
en el paroxismo de pasión ardiente,
el amor que inspira cantos en los nidos,
amor que acelera los fuertes latidos
del pecho sensible que su influjo siente.

El amor que es nudo de risueño lazo,
que forja el ensueño de casto embeleso,
y en la dulcedumbre de nupcial regazo,

estrecha los pechos en íntimo abrazo
y en la boca rima la canción del beso.

El amor que arranca frescos azahares
que ornan la campiña plácida y amena,
para la doncella que ante los altares
jura la constancia de sus afanares,
con el alma pura, candorosa y buena.

El amor que enciende la luz del deseo
y perennemente su poder pregona;
el que brinda a todos grato devaneo,
y tendió la escala gentil de Romeo
sobre el floreciente balcón de Verona.

El amor al hombre, magnánima fuente
de vida fraterna y afanes prolijos;
el amor que imprime su expresión latente
en la misteriosa creación ingente
y en el simbolismo de los crucifijos.

Tal fruto te brinda la paz lisonjera,
ínclito soldado, bravo y decidido;
¡deja, pues, la tumba cruel de la trinchera,
abandona el arma, pliega la bandera,
y vuelve a la calma del hogar querido...!

Retorna a la vida que a gozar convida,
en el alborozo de soltura franca:
¡asciende a la cumbre, siempre florecida,
porque allá en la cumbre fecunda la vida,
mientras que, en la sima, la vida se estanca...!

Rubén Martínez Villena

SINFONIA URBANA

A LA MANERA DE ANDRÉS NÚÑEZ-OLANO; PARA EL

I

CRESCENDO MATINAL

Una incipiente lumbre se expande en el Oriente;
uno tras otro, mueren los públicos fanales...
Ya la ciudad despierta, con un rumor creciente
que estalla en un estruendo de ritmos desiguales.

Los ruidos cotidianos fatigan el ambiente:
pregones vocingleros de diarios matinales;
bocinas de carruajes que pasan velozmente;
crujidos de maderas y golpes de metales.

Y elévase en ofrenda magnífica de abajo
el humo de las fábricas—incienso del trabajo—;
rezongan los motores en toda la ciudad,

en tanto que ella misma, para la brega diaria,
se pone en movimiento como una maquinaria,
movida por la fuerza de la necesidad!

II

ANDANTE MERIDIANO

Se extingue lentamente la gran polifonía
que urdió la multiforme canción de la mañana,
y escúchase en la vasta quietud del mediodía
como el jadear enorme de la fatiga humana.

Solemnidad profunda, rara melancolía.
La capital se baña de lumbre meridiana,
y un rumor de colmena colosal se diría
que flota en la fecunda serenidad urbana.

Flamear de ropa blanca sobre las azoteas;
los largos pararrayos, las altas chimeneas,
adquieren en la sombra risibles proporciones;

el sol llena las calles de ardores calcinantes,
y traza en las aceras siluetas de balcones
que duermen su modorra sobre los caminantes...

III

ALLEGRO VESPERTINO

¡Ocasos ciudadanos, tardes maravillosas!
Pintoresco desfile de la ciudad contenta,
profusión callejera de mujeres hermosas:
unas que van de compra y otras que van de venta...

Tonos crepusculares de nácares y rosas
sobre el mar intranquilo que se dora y se argenta,
y la noche avanzando y envolviendo las cosas
en un asalto ciego de oscuridad hambrienta.

(Timbrear de tranvías y de cinematógrafos,
música de pianolas y ganguear de fonógrafos)
¡la noche victoriosa despliega su capuz,

y un último reflejo del astro derrotado
defiende en las cornisas, rebelde y obstinado,
la fuga de la tarde, que muere con la luz!

IV

MORENDO NOCTURNO

Un cintilar de estrellas en el azul del cielo
y una imponente calma de humanidad rendida,
mientras el mundo duerme bajo el nocturno velo,
como cobrando fuerzas para seguir la vida.

Alguna vaga y sorda trepidación del suelo
rompe la paz augusta que en el silencio anida,
y la lujuria humana, perennemente en celo,
transita por las calles de la ciudad dormida.

Ecos, roces, rumores... Nada apenas que turbe
el tranquilo y sonámbulo reposar de la urbe;
y todo este silencio de noche sosegada,

en donde se adivinan angustias y querellas,
es el dolor oculto de la ciudad callada
bajo la indiferencia total de las estrellas...!

Felicia Martínez Vélez

MISTICA

En la nave del templo, silenciosa,
bañada por un hálito sereno,
se vislumbra la imagen dolorosa
del divino Maestro Nazareno.

Muy suaves se desgranan los rosarios
en sagradas y puras oraciones
que suben, leves..., como de incensarios
formados por devotos corazones.

Frente al misterio del altar, me postro,
abismada y extática ante el rostro
radioso de divina mansedumbre...

Y, tras la pira que en el atrio humea,
me parece que el mártir de Judea
bendice a la contrita muchedumbre...!

Adelina Mariño de Riverón ("Yolanda")

EL SOL

Del Sol, bendigo el luminoso rayo,
que quizá va marcando mi destino...
Luz divina, que das al peregrino,
pomas rosadas en el fértil mayo.

Quiero tu luz, para alumbrar mi senda
cegada por el oro de tu gloria...
De tu gloria sin par, que abrió en la Historia
un mundo generoso de leyenda.

Quiero envolverme en tu dorado manto,
ofrendarte el lirismo de mi canto,
y en el claro alborear de una mañana...

si audaz te acercas a mi tibio nido,
sentir que tu caricia me ha dormido,
al penetrar sutil por mi ventana.

LA LUNA

Princesa de los Cielos, caprichosa
Margarita Gautier, pálida y bella,
amiga del poeta que te glosa
en estrofas azules su querella;

pizpireta feliz, que a los luceros
flirteas, retadora entre el celaje,

porque son tus galantes caballeros
y uno muere de amor... ¡Tu rubio paje!

Soñadora romántica y divina
que discurres cual maga peregrina,
por un reino que te unge soberana...

ríete de Pierrot que en vano insiste,
vive en la noche que tu engaño viste,
y hurta tu rostro blanco a la mañana.

LA ILUSION

¡Ha muerto la Ilusión...!
Por el sendero
coronada de rosas la llevaron,
como una novia bella que muriera
al final de una hermosa Primavera...

Prisionera feliz de mi palacio,
mi sueño dulcemente Ella velaba,
entornando sus ojos de topacio
cuando muy quedo, sin cesar, me hablaba.

A veces cuando triste me sentía,
sus manos se posaban en mi frente,
como dos mariposas que a porfía
se enamorasen candorosamente.

Hoy cuando a solas, con tristeza, lloro
por las caricias de sus manos breves,
con infinita pesadumbre añoro
las mariposas de las alas leves...

¡Ha muerto la Ilusión...!
Por el sendero
coronada de rosas la llevaron,
como una novia bella que muriera
al final de una hermosa Primavera.

SOY UN ALMA

Soy un alma grandiosa, mística y errabunda
fantástica, conforme, selvática y profunda.

El Hada de las Flores, es dulce hermana mía,
y nos vestimos túnicas con su policromía.

La Luz es complemento de mi cerebración,
y el Mar es el motivo de mi contemplación.

Vagabundo es mi espíritu, de todos los caminos...
Amo el aire que azota los seculares pinos.

Adoro la montaña, con sus picos agudos:
las piedras de contornos hieráticos y rudos.

El sol resplandeciente de rayos luminosos,
las linfas del arroyo, de sones harmoniosos...

La brisa perfumada que agita mis cabellos,
los rayos de la Luna opalinos y bellos...

Canto con los arroyos la agreste sinfonía
que salmodia en el bosque su suave melodía.

Las nubes, azuladas, blancas, y tenebrosas,
que simulan fantasmas en fugas vagarosas...

La noche que circunda de sombra los pinares,
los naranjos pomposos cuajados de azahares.

El brillo que proyectan plateadas las estrellas
cual ojos enigmáticos de mujeres muy bellas.

El graznido siniestro, fatídico, del ave,
heraldo de la Muerte que me llama muy suave.

Los insectos fugaces que pueblan los jardines,
y el aullido profético de los fieros mastines.

¡Agua, Sol, Aire, Bruma, Luz, Piedras, Harmonía...
Naturaleza hermana gemela de la mía!

José Wen Maury

LOS DOCE MESES

ENERO

Bate la nieve los tejados, dura,
del aire hendiendo la flotante niebla,
y de sus copos nítidos se puebla
la extensa tierra con sutil albura.

Alfombra cubre, de vivaz blancura
el yerto suelo que mortal despuebla
y de la noche en la letal tiniebla
se oculta el mundo con fatal tristura.

Así el destino inexorable y rudo
al hombre, el cielo de la dicha vela
y con las nieves del dolor, austero,

en el invierno de la vida, crudo,
marchita el alma y de pesar la hiela.
¡Que también tiene el corazón su Enero...!

FEBRERO

Fué en una noche de Febrero umbría
cuando una vez te vi. ¿Lo has olvidado?

Del Norte, el cierzo, que soplaba helado,
nuestros nerviosos cuerpos atería.

Tenue rubor, de púrpura teñía
tu encantadora faz, y emocionado,
vi que volviste el rostro avergonzado
que de mi erótica mirada huía.

Otro Febrero para mí, muy triste,
con un Pierrot traidor y divertido
en tumultuoso Carnaval,—¡me acuerdo!—

mi amor burlaste, y de mi lado huiste...
Por eso, aún, de tu traición herido,
cuando Febrero llega, te recuerdo.

MARZO

Pasó por fin la tenebrosa era
de los fríos, las nieblas y la bruma;
cantan las aves de dorada pluma
en la florígera y vivaz pradera.

Flagrante el Sol, en la celeste esfera,
la tenue escarcha del albor abruma,
y en el espacio diáfano se esfuma,
dejando paso ya a la Primavera.

Naturaleza, embellecida, torna
a vestirse de galas y primores
de ingente luz y de gallardas flores.

Renueva el campo y el collado adorna
con capullos de vívidos colores
porque ya Marzo plácido retorna.

ABRIL

Como gallardo paladín, que al freno
de su corcel asido se abalanza
y el campo de la guerra, presto, alcanza
llevando el corazón de sueños lleno,

del tiempo, Abril, en el eterno seno,
en su carro flamígero se lanza
de rayos al través y alegre avanza
flores al mundo y luz brindando ameno.

¡Oh, dulce Abril que iluminó los días
de mi niñez feliz...! ¿Por qué no envías
tu brillantez al corazón ajado,

como a la fronda tus fulgores bañan
y de mi pecho apartas empañado
las negras brumas que mi vida empañan?

MAYO

Mayo gentil, que el corazón renueva,
cual de Natura renovó las rosas...
Tus frescas flores son más olorosas
que las que Dios en el Edén dió a Eva.

¡Oh, mes que tornas, imperial, con nuevas
vestiduras de galas ostentosas,
por ti exhala sus rimas melodiosas
el ruiseñor que el pensamiento eleva...!

Ya que disipas de la vida el llanto
que al corazón marchita, acoge el canto,
si el alma al cielo de placer la encumbras.

Porque no al mundo sólo, tú deslumbras...;
que en misteriosa inspiración y encanto
también la muerte del poeta alumbras.

JUNIO

Recuerdo bien, que en estival aurora
en una alegre huerta, en vacaciones,
dado a un amor que me engendró ilusiones,
—¡oh, abnegación felice del que adora!—

«—Mira... A esta golondrina enseño, ahora,
»a mensajera fiel de mis pasiones...
»Cuando vuelvas al aula y las lecciones
»embarguen tu atención, hora tras hora,

»no te verás de su presencia falto,
»con nuevas en su pico».
Dijo, y, suelta,
la golondrina de que habló, dió un salto,

crespó las plumas, y voló muy alto...
Fué en Junio y hoy con la ilusión disuelta
en vano espero su anhelada vuelta.

JULIO

De tu divina efigie en la tarjeta,
preciosa frase de pasión grabaste;
y tras tu firma, luego que fechaste
besé la copia de tu faz coqueta.

«—Por largos años, estará sujeta
»tu vida a mi existencia—suspiraste—
»o apagaráse, en mágico contraste,
»mi firma, con mi amor, toda completa».

Ya ha vuelto el mes aquel, de mí, más caro:
más fiel es Julio, pues tu amor se ha ido,
como se apaga en lotananza un faro.

Mas, ¡ah!, tu juramento te ha vendido,
tu firma, con tu amor, ya se ha extinguido,
y ¡qué casualidad! Julio está claro.

AGOSTO

Agosta el campo, desde el ígneo cielo,
del sol la lumbre que vivaz fulgura
y abrasador de la feraz llanura
la flor marchita y descolora el suelo.

Detiene el águila caudal su vuelo,
buscando amiga sombra en la espesura,

y entre las breñas de la selva obscura
da tregua el pastorcillo a su desvelo.

Así, es un campo el corazón humano;
amor, un sol que, fulgurante, quita
las sombras de su cielo soberano.

Mas nada agosta, en su feliz alarde:
¡que el sol de amor, si como Agosto arde,
jamás la flor del corazón marchita...!

SEPTIEMBRE

Meses en que los mares dieron perlas
y bandos de corales arrastraron,
y que al par con la vida germinaron
ilusiones que el mal no pudo henderlas.

¡Cómo gozara el corazón al verlas,
meses que dulces dichas provocaron,
si las horas felices que pasaron,
con los meses pudiéramos volverlas...!

Que el corazón de soñación escaso
guarda quimérico, por siempre, acaso,
tristes recuerdos, de escapada gloria...

Así, en efluvios de ilusión, por eso,
tengo a Septiembre siempre en la memoria,
pues me diste en Septiembre el primer beso.

OCTUBRE

Pliegan las aves sus rendidas alas,
y de su garbo, Otoño, las despojas,
y al aire dando sus marchitas hojas
desnudas a Natura de sus galas.

De la pradera en las ardientes salas,
hálitos de letal pereza arrojas,
y cuando aquí, devorador, te alojas,
mortales soplos, por doquier exhalas.

También de amor, el corazón se hastía,
y, por pasiones impelido, ciego,
en sus abismos hondos se desvía.

Y al fin marchito y agostado luego
¡tenemos, ¡ay!, en la vejez impía...,
marchito el corazón, de tanto fuego...!

NOVIEMBRE

¡Oh, cementerio, templo de los yertos...!
De Noviembre en el triste desvarío,
hacia tu seno tétrico y sombrío
nos arrastró el amor de nuestros muertos.

Sobre tus sauces de sopor cubiertos,
los agoreros pájaros de estío

discurren en tu seno, yermo y frío,
y salmodian sus lúgubres conciertos.

Entre las sombras de tu seno, inciertas,
tristes presagios de pesar, despiertas;
porque la mente de dolor transida

sufre por cosas que creyera inciertas...
¡Ay! En la lucha cruenta de la vida,
¡cuántas almas que viven, están muertas...!

DICIEMBRE

Diciembre dió de nieve a la alta cumbre
gruesa mortaja blanca y aterida,
y en la ciudad alegre y divertida
se agita sin cesar la muchedumbre.

Arde, al amor de la caldeante lumbre,
de Noche Buena el pan. Pascua es florida,
y Humanidad de regocijo henchida
en cada hogar, de paz pone vislumbre...

Mas del festín en la feliz locura
no todos gozan. Solitario llora
víctima triste de la suerte impura,

un pobre viejo que gimiendo implora
—sin pan, ni lumbre; sin amor, ni cena...,—
¡la ruin limosna de su Noche Buena...!

Isidoro Virgilio Merino

REBECA

Rebeca, Rebeca, tus manos benditas
me brindan el néctar que vida me da;
yo soy un viajero que vengo cansado,
en busca de amores y en busca de paz...

Tus manos piadosas
tus manos liliales quisiera besar.
Para otro viajero, Rebeca fué santa
paloma divina de la caridad...

Hace muchos años. Bíblicas historias
dicen que, cansado de viaje y pesar,
llegóse un viajero sediento, implorando
agua cristalina. Dicen además
que surgió Rebeca, la gloria hecha carne,
envuelta en un halo de divinidad;
que el agua sacaba para el peregrino,
y que vida el agua púdole, al fin, dar...

Años han pasado... Soy otro viajero,
cansado por penas y por el andar,
y tú eres la misma Rebeca piadosa,
que aun te cubre el dulce velo virginal...

Pasaron los años. En vano pasaron,
rosa preferida del bello rosal...
¿A la metempsícosis acaso debemos
este gran milagro que no sé explicar?

No sé, pero imploro, Rebeca sublime,
imploro, doliente, sublime deidad,
que, al verme cansado, pueda yo, en tu boca,
el néctar de vida gustoso, libar...

Rebeca, Rebeca, ¿cómo el Dios Eterno,
con tanta belleza te ha querido hacer...?
Después que tan dulce te formó y graciosa,
¿quedó gracia alguna para otra mujer...?

Mas, oye, Rebeca...: Yo soy un viajero,
vengo combatiendo la Muerte y el Mal.
¿Me niegas el agua, Rebeca divina?...
¿Negármela puede tu inmensa bondad?...

Vicente Menéndez Roque

MI SONETO

Mi triste compañera, la Santa Poesía,
esa madrina trágica y terrible y funesta,
me ha enseñado hace tiempo las lágrimas que cuesta
el tener un instante de olvido y de alegría.

Llevado de la mano de la Melancolía,
he subido del mundo por la empinada cuesta;
mas siempre he caminado con mi oriflama enhiesta
aunque el triunfo se aleje y jamás me sonría.

Las espinas han sido siempre más que las rosas;
pero me han deslumbrado las auroras radiosas
y el traicionero encanto del lejano laurel.

Y al cabo, ¿qué me importan las envidias mezquinas?
¿No tuvo Jesucristo su corona de espinas
su amargo vía-crucis y su esponja con hiel?

SOY

De la vida la ruda farsa impía,
ha dejado maltrecha el alma mía;
y, a los embates del dolor acerbo
el pobre corazón todo llagado,
miro pasar la vida por mi lado
indiferente y trágica y la observo...

No hay en mi rostro ni un alegre asomo;
ni nada mi indolencia maravilla,
sufrí tantos engaños de la suerte
que marcho triste y resignado, como
el reo a quien espera la cuchilla
inexorable para darle muerte...

Fracasado en la vida, fracasado
en las terribles luchas cotidianas,
mi azul castillo convirtióse en ruinas
bajo la cruel hostilidad del hado...
Ya no dan para mí sus claras dianas
desde el bosque, las aves matutinas...

El Dolor me enseñó filosofía,
la amarga ciencia del vivir es mía...
Viene una hora tras de otra hora
y tras de un día viene un nuevo día...
Mas, feliz en la vida es el que ignora
la pesadez de la Sabiduría...

Soy estoico, soy fuerte; no bendigo
ni maldigo... La vida es dulce y corta,
y aprovecho su miel... Por eso digo:
«Ven», a la Muerte; y, al Dolor: «No importa».

TU Y LA LUNA

A MARGARITA

Margarita, la Luna es tu hermana;
si tú sabes los negros destinos,

ella, tierna y amante, desgrana
en los duros y largos caminos
los sutiles y cándidos linos
con que el verde jardín se engalana.

Margarita: una noche la Luna
se asomó a su balcón solitario,
vió a los hombres cruzar su calvario
implorando la adusta fortuna,
y vió el níveo pañal de la cuna
convertido en siniestro sudario.

Y la Luna, la Reina, que es buena,
al ver tanto dolor sintió pena
en su blanco palacio del cielo;
corrió el llanto en su cara serena
y del dardo que el alma envenena
sintió el hondo y mortal desconsuelo.

Puso entonces sus manos discretas,
sus benéficas manos de Hada,
en las testas humildes y escuetas
y dejó la esperanza grabada
en los pechos. ¡Por eso es amada
de los dulces y tristes poetas...!

Yo escuché, en la romántica cita
de un Amor y una Diosa pagana,
una voz de dulzura infinita
que con claro rumor de fontana
celestial, murmuró:—¡Margarita,
Margarita, la Luna es tu hermana...!

Luis Augusto Méndez

SOY UNIVERSAL

Es mi patria la esfera sostenida
por invisible fuerza en el vacío,
y mirar en su faz tan sólo ansío
a los hombres vivir natural vida.

Aspiro a ver la Humanidad unida
en un estrecho abrazo en torno mío,
y rodar por el suelo duro y frío
la ambición y la guerra aborrecida.

Yo soy Universal; mi pensamiento,
que abarca la extensión del vago viento,
no cabe en la estrechez de una frontera.

Sueño en él una época de hermanos,
¡la abolición de siervos y tiranos
y la armonía de la vida entera...!

Joaquín Milián

EGOLATRIA

Señora: Si la vida no es más que eso, todo
lo más que habéis gozado, es lo que habéis vivido...
No existe la manera de condensar el modo
de amar, sin que el espíritu se sienta luego herido.

Yo también tuve un día ilusiones... Empero,
me hirieron de tal suerte las mismas ilusiones,
que hoy cifro mi infinita ventura de coplero
en dar al viento, libres, mis íntimas canciones.

Ningún ansia insistente; ningún anhelo loco:
ver cómo se desprende la psiquis, poco a poco,
del barro miserable que nos arroja al mundo...

Vivir toda la vida dentro de uno mismo,
y sentir cómo el goce de nuestro egolatrismo
trueca en indiferencia nuestro desdén profundo.

EL SATIRO

El sátiro acecha la ninfa desnuda
que, furtiva, cruza la pradera verde,
mi cerebro sufre conmoción tan ruda
que hasta las nociones del espacio pierde...

En desenfrenada carrera se lanza
en pos de los senos erectos y duros;
dentro de mi cuerpo la lujuria danza
a mágicos sones de besos impuros.

Y alcanza la ninfa; sus ancas nervudas
se enroscan, ansiosas, a piernas desnudas,
como a la paloma fascinada el boa...

Y en la silenciosa quietud vespertina
corre nueva savia por añosa encina,
y es el viejo tronco más digno de loa...

EL RETORNO

I

En la unificación de los senderos
nos encontramos una vez; cansado
de ambular por el mundo prisioneros
mis sueños en la red de lo Ignorado,

en tu belleza de gatita joven
puse el anhelo de mi vida trunca;
eras una sonata de Beethoven,
que no se empieza ni se acaba nunca...

Y en el ritmo sedante de las notas
un lenitivo para las derrotas
y un incentivo a la esperanza inquieta...

Yo apoyé mi cabeza en tu regazo,
y el corazón aceleró su paso
ambiguo de mujer y de poeta.

II

¡Y cómo tornas, corazón! En vano
desandar quieres el camino adverso
por el que te llevara el supra-humano
anhelo de amplitud y de universo.

Ibas tan ciego en tu confianza, que
no te fijaste en la sinuosa ruta,
y cada piedra en el camino fué
para tu hambre, como amarga fruta.

Y cuando un día te dejaron solo,
—¡oh, corazón donde la pena inmolo!—
en la bifurcación de los caminos,

sentiste la opresión de tus congojas,
y como en un volar de secas hojas,
fugáronse tus sueños peregrinos.

Felipe Pichardo Moya

ALMA GESTA

LA OFRENDA

A los fuertes patriotas que se rindieron en la jornada,
cuyos últimos sueños cortó de un golpe la dura espada;
a los bravos rebeldes que, como locos, en la manigua;
resucitaron hechos de una epopeya de gloria antigua;
a todo el que el destierro mantuvo lejos de la contienda,
y, desde luengas tierras, de ensueños hizo su rica ofrenda.

A las bravas mujeres que les tejieron escarapelas
a los bravos mambises; y a los pequeños que a las [abuelas
preguntaban sedientos las epopeyas de los patriotas;
y a todos los que vieron sus ambiciones por Cuba rotas;
para todos, hermanos que acariciaron el mismo sueño,
y surfieron unidos las amarguras del mismo empeño.

Para los pobres niños que les robaron a sus aldeas
para que en esta tierra lo ungieran todo con luz de teas,
y que murieron tristes entre las fiebres de las sabanas,
recordando impacientes a sus hermosas novias lejanas.

Para todos aquellos que se encontraron en la contienda,
brazos, cerebros, almas... ¡Para vosotros hago mi ofrenda!

LA ESCENA

Es intensa; es rebelde; es heroica; es bravía.
En sus fieras entrañas jamás penetra el día,
perdido entre el celaje de sus bravas malezas.
Cantan los roncos pinos sus trágicas grandezas.
La Luna tiene miedo de adivinar su arcano,
y atisba, entre las copas de sus seibas. En vano
la sacuden los vientos, como a una melena
de un poeta gigante: ¡Ella al Viento encadena!
Todo fuerte gemido de desesperación
se pierde entre su altivo pecho. Su corazón,
gigante relicario, se abrió, cuando, hace años,
unos hombres, cansados de promesas y engaños,
buscaron un refugio en su seno. Tal era
como un cubil de lobos abierto a la pradera.
Viendo sus hijos sobre su propia tierra esclavos,
hizo de sus entrañas guarida de sus bravos.
Su arado, fué el machete; su fruto, fué el centauro.
Al que le dió victorias, le dió también el lauro,
y puso en cada tumba, señalándole al alma
el camino del cielo, una pródiga palma...
Sobre la tierra ardiente, una marcha triunfal
resonaron los cascos de los caballos: Tal,
al conjuro del Héroe, una bárbara orquesta
haría vibrar himnos de gloria en la floresta.
Al ver que tras sus hijos iban los españoles,
hizo borrar sus huellas interponiendo soles
hechos con sus boscajes ardientes, en la senda.
Es una escena bárbara, de trágica leyenda,
propia para el incendio de una epopeya antigua.
Es intensa y rebelde. Se llama: ¡la Manigua!

LOS CENTAUROS

Es un tropel salvaje. Tal una inundación
de centauros por sobre la sabana. No son
centauros de leyenda, semidioses bravíos.
Gritan. Huelen a fuego: a sudores; a bríos;
corren, llenos de celo, tras una esquiva yegua,
la Libertad, y siempre la persiguen sin tregua.
Duendes de una leyenda de trágicos espantos,
el Sol los nimba de oro, como si fuesen santos,
y sobre cada bestia se ve brillar entonce
fuerte torso de mármol, de azabache o de bronce.
Todos son como hermanos, tras idéntico empeño:
Morir sin paz ni patria, pero también sin dueño.
Toda la selva virgen los mira como suyos;
Hasta las rectas palmas de indomables orgullos,
en fila de combate, los saludan. Los pinos,
mezclando sus murmullos con los alegres trinos
de los sinsontes, cantan como un himno de gloria
en su honor, y pregonan al viento su victoria.
Son como perros jíbaros en tétrica jauría,
que hacen del día noche, y de la noche, día.
Nada se les opone: En su carrera ardiente,
un tronco, sobre un río, hizo como de puente,
y pasaron, encima del coloso caído.
¡La voz de los clarines era como un rugido!
Al vibrar en el seno de la manigua, una
seiba, que cuatro siglos viera brillar la luna,
creyó que nuevamente Diego Velázquez iba
persiguiendo a los indios con su fiereza altiva.
Lejos, en la sabana, pensando en infernales

fuegos, se estremecieron tantos cañaverales,
que al temblar, el murmullo, debajo el Sol de oro,
se unió con los redobles del galopar sonoro,
y fué como si un rezo, desde la tierra al cielo
subiese, en la súplica de amor y desconsuelo.
El tropel de centauros galopaba. A lo lejos
el Sol daba a las cosas sus sangrientos reflejos.
Aquél era el momento de la ofrenda. En el raso
de los cielos, ponía sus gemas el ocaso...
El Sol se desangraba... ¡Vería el español
surgir, de cada monte cubano, un nuevo Sol!

EL HEROE

Iba siempre delante, cerca de la bandera:
Tal debajo de un árbol vigila una pantera.
Fuerte, como un roble, vibrante como un arco,
fué esculpido en los moldes que fabricó Plutarco.
Sobre el caballo altivo, lo bañaba de plata
la Luna, y parecía entre su cabalgata,
un cacique, en el medio de su tribu. Los reyes
acaso no tuvieron aquel gesto. Las leyes
a su lado, talmente se humillaban. Sus manos
eran para firmar órdenes de tiranos,
y sin embargo, siempre logró firmar clemencias:
¡Hendió los corazones, pero no las conciencias!
Fué el primero en el alba; último en el ocaso,
y su bridón, Babieca con alas de Pegaso,
y supo hacer de cada errante peregrino,
un hoplita de Esparta que guardase un camino.
Lo adoraban sus huestes por ser altivo y puro:
Detrás de él, el camino del triunfo fué seguro.
Por el mágico impulso de unas fuerzas ignotas,

era más grande siempre después de las derrotas.
Era fuerte; era bravo; era alma y corazón;
llevaba la Victoria colgando de su arzón.
Iba sobre el caballo como un príncipe, erecto,
y siempre su camino lo fué el camino recto.
Su genio tuvo arranques, más que literatura;
el brazo, era de acero, y la conciencia, pura.
Las hordas enemigas lo temían. A larga
distancia, los clarines anunciando su carga,
sembraban el espanto... Era la desbandada:
¡No había, para el golpe del machete, una espada!
Con el torso de bronce ungido por el sol,
era como un atleta de leyenda. Su estol
iba tras de sus pasos calladamente. Nunca
hizo quedar su senda por desalientos trunca,
Semejaba un altivo monarca este jinete:
De lejos, el Sol era chispa de su machete.
Era la Fe; era el Alma; el Brazo; el Corazón.
¡Tal fué cuando Maceo se lanzó a la Invasión!

EL MILAGRO

El extendió su mano, y el milagro se hizo;
Brotó un sol en la noche, como por un hechizo
La manigua cercana enrojeció. Sangrienta,
ella purificaba su seno de la afrenta
de la vieja conquista, y a los dominadores
los deslumbraba ahora con áureos resplandores.
Antes que ser vencida en la fatal contienda,
quiso incendiarse como una bárbara ofrenda
en el altar augusto de la Patria. Era un fuego
que pedía por Cuba, en un trágico ruego.
Al chisporrotear de los bosques ardientes

y los cañaverales, lloraban los valientes:
Era la propia tierra que se quemaba. Era
el alma de la Patria que se ofrendaba entera
en el fuego sagrado... ¡Piras de matorrales
santifican las tierras!... Como cañaverales
gigantescos, teñidos por el oro del Sol,
las llamas del incendio sobre el valiente estol
reflejaban. El fuego, con su temblor fugaz,
ponía como un gesto de angustia en cada faz.
Tal, el claro milagro de algún Dios ofendido:
¡En cada monte había como un Sol encendido!
Lejos, sobre la casa del ingenio, las llamas
arrojaban su sangre. En el monte, las ramas
de los árboles, eran como brazos de fuego.
Todo se lamentaba en un inútil ruego.
Eran piras ardientes todos los matorrales,
se había hecho ceniza de los cañaverales.
Ingenio, monte y siembra sangraban resplandores:
¿Dó heriría la planta de los conquistadores?
Para no dar guaridas al León Español,
¡Cuba de sus riquezas hizo formarse un Sol!

LA ORACION

Señor: Esta es la tribu que para hacerte un ruego
de sus puros hogares hizo formarse el fuego.
Señor: Sufrió la guerra; permítele Tú ahora
que en el cielo se abra la rosa de la aurora.
Permítele, Señor, que en su manigua ardiente,
una sola ciudad maravillosamente
surja, y levante hogares para los peregrinos
que anduvieron antaño por los buenos caminos,
y para los hermanos que las fatalidades

llevaron por la senda de las perversidades.
Haz, Señor, que ya todos, sobre la misma mesa,
coman el mismo pan... ¡La Libertad, es esa!
Permítele, Señor, que en vigoroso arranque,
se libre de las garras del águila del Yankee;
¡permítele que, al cálido amparo de su Sol,
labren el mismo campo Cubano y Español!

Tú, que cuando la luz en el cielo encendiste
que nos bañara a todos los hombres le dijiste,
Señor: Pasó ya el tiempo de la desolación;
¡Concédenos el sueño de esta pobre Oración!

Guillermo de Montagú

EL ENCUENTRO

I

Hermano, aguarda. Quiero descansar a la sombra
del árbol milenario. Ya encontré en el camino
el báculo amoroso que ayuda al peregrino
a rendir su jornada. Aquí, sobre la alfombra,

que bordan esmeraldas y violetas, espero.
Bajo el manzano arrulla sosegada una fuente.
Deja que purifique su frescor transparente
mis plantas de la sangre y el polvo del sendero.

Hermano, marcha solo. Un ensueño apacible
encadena mi espíritu al árbol milenario.
Hay un nido en las ramas y un ave que se queja.

Ya no temo el cansancio. Ya me siento invencible.
¡Porque he visto, al abrigo de un techo hospitalario,
asomarse la Vida, sonriendo, a una reja!

II

Serenamente casta, la paz de su belleza,
tiene ese dulce encanto que redime y cautiva.

No sabe de rubores su inconsciente pureza,
ni sabe ser su amable sinceridad esquiva.

No provoca su carne las hambres del pecado
sino el místico anhelo de la santa ternura.
Nunca sus labios rojos el amor ha besado,
ni en su seno de virgen palpitó el ansia impura.

Sus miradas tranquilas, de la madre y la esposa
tienen la mansedumbre espiritual y quieta
que sana las heridas y extingue todo fuego;

y en su caricia fulge la llama misteriosa
de esas lámparas suaves que en la noche discreta
sobre el hogar derraman claridad y sosiego.

III

Nos pusimos de acuerdo sin habernos hablado.
Cada uno esperaba ya al otro; de tal modo
que fué nuestro saludo la vuelta del pasado,
y cuando nos miramos, lo sabíamos todo.

Así, sencillamente, bajo el árbol divino
se celebró la misa de nuestros esponsales.
Junto a la humilde fuente nos bendijo el Destino
y un diluvio de rosas floreció en los rosales.

Y después... comulgaron unidas, en la sombra
nuestras dos almas sobre la perfumada alfombra;
y, descifrando el viejo secreto de la vida,

a través de la noche silenciosa, emprendieron
la marcha lentamente... hasta que se perdieron
en el santo refugio de la paz escondida...

José Navarro Montes de Oca

OTOÑO

Otoño. Se despojan las campiñas
de sus frutos miríficos y opimos
y cuelgan, como senos, los racimos
entre el duro sarmiento de las viñas.

Llena el campo un efluvio afrodisiaco,
y cubiertas de pámpanos fragantes,
danzan y giran lúbricas bacantes
sobre el césped, en torno del Dios Baco.

Caen las hojas... La enramada escueta
arde bajo el crepúsculo violeta
que eleva al cielo su dorada alquimia.

Y entre el olor a mosto fermentado,
se escucha el evohé que, acompasado,
lanzan los que trasiegan la vendimia.

CREPÚSCULO

En el amplio confín la tarde trama,
como una araña, su dorada urdimbre,
y la ola que al mar bota y derrama,
vibra, al romperse, con sonoro timbre.

Brinca el pescado de luciente escama
en la canasta de tejido mimbre,
y en el peñón de bronceada gama,
se abre, en la entraña, la profunda cimbre.

A un lado de la costa, la montaña
se tiende sobre el mar, hosca y huraña,
donde las olas dejan blancas huellas.

Y se apaga la tarde en las profundas
cisternas de tus ojos, donde inundas
la exótica oblación de mis querellas.

ALBA

¡Oh, el blanco alborear de la mañana
sobre el monte que al alba se refresca!
¡Oh, la sonora voz de la campana
que despierta la aldea pintoresca!

¡Las golondrinas! De la fuente mana
el chorro de agua cristalina y fresca,

en donde llena, idílica y lozana,
su cántaro la moza picaresca.

Las comadres van juntas a la iglesia,
y la pastora—hembra garbosa y recia—
guía un rebaño de corderos blancos.

¡Ah qué buena esta vida campesina!
Se despierta la aldea pueblerina
y en la sombra negrean los barrancos.

Rubén Aguilar Navarro (1886-1918)

MIENTRAS TU DUERMES...

Ven, que te aguardo, dulce bien mío,
junto a la reja de tu mansión;
mientras tú duermes a tu albedrío,
la clara noche baña en rocío
las tristes notas de mi canción.

Ven, que de flores primaverales,
búcaros griegos te ofrecen mil
allá en mi alcoba, tras los cristales;
y con sus ansias más ideales
mi Alma te brinda sueños de Abril.

Cuando en Levante surja la Aurora
y en tu ventana su lumbre dé,
entre las alas de ave canora
y entre la brisa murmuradora
arias dolientes te enviaré.

Escucha, el viento leve se queja
para tu dulce sueño turbar;
despierta, ingrata, tu lecho deja,
que están vibrando junto a tu reja
las tristes notas de mi cantar...

Andrés Núñez Olano

LAS VOCES AMARGAS

A LA QUE VA CONMIGO

I

Y bien: ya que la Vida nos invita a juntarnos,
y pues nuestros senderos quieren unirse en una
sola senda florida de amor y de fortuna,
juntémonos, amada, para no separarnos.

¿Para no separarnos? ¿Quién sabe?... Es ilusoria
esa loca esperanza de unir nuestros destinos.
¡Son muchos los caminos que llevan a la gloria,
pero cuán pocos hallan los múltiples caminos!

¿Pesimismo? No sé... Ha tiempo que florece
en mi alma la duda. La Vida se me ofrece
engañadora y frívola, como una cortesana

que oculta bajo sedas su crápula y su lodo...
¿Nos encontramos? Bien: amémonos. Mañana,
apenas un recuerdo nos quedará, de todo...

II

Porque es la Vida misma, que en una encrucijada
junta nuestros senderos y junta nuestras vidas,
la que reduce el fuego de la pasión a nada,
o cuando más, a pobres cenizas esparcidas.

Frases de amor; plegarias que hacia el azul se elevan;
los besos delirantes que unen boca con boca,
son tan sólo pavesas que los vientos se llevan
hacia los horizontes en una fuga loca.

Amor... ¡Qué tontería! ¿Qué es el amor? ¿Lo sabe
alguien en este mundo? ¿Quién la profunda clave
que informa el gran secreto del amor descifró?

¡No hay más amor fundado, que el amor de sí mismo:
y cuando nos creemos amar, nuestro egoísmo
está buscando en otro la imagen de su yo!

III

Y es vano que pensemos que alguna vez la Vida
es magnánima y buena, porque tarde o temprano,
el cristal más sonoro, la ilusión más florida
se quiebran bajo el golpe de su inclemente mano.

¡Oh la loca esperanza de salvar del fracaso
un ensueño, una imagen, algo en fin que nos haga
recordar todo aquello que encontramos al paso,
y que luego la Vida, como un monstruo, se traga!

Cada nuevo fracaso, nuestra experiencia abona
para huir del abismo. Corazón ciego y sordo:
sin embargo, no evitas el abismo más hondo,

y tú mismo eres uno de esos muertos a bordo,
que, sujeto a una tabla, bien envuelto entre lona,
¡lanzan al mar con plomos para que vaya al fondo!

IV

Y no es que por influjo de un torvo pesimismo
señalemos la Vida como un diario dolor:
solamente nos basta con bajar al abismo
de la propia conciencia, que es la selva interior,

para ver cuán en vano locamente intentamos
avanzar por la senda donde están las cenizas
de los que un tiempo fueron, como nosotros vamos,
hacia el Futuro, sobre las hojas movedizas.

Encarnamos un símbolo profundamente triste:
igual que las Danaides, nuestro engaño persiste
en llenar de ilusiones un tonel desfondado...

¡Y, en el eterno juego, la Vida se divierte
en acortar la senda que viene del pasado
hasta el reino de sombras donde espera la Muerte!

Antonio José Olmedo

ALMAS FEMENINAS

PARA TODAS LAS QUE SUFREN EN SILENCIO

Almas femeninas que sufrís de amores,
y sentís por dentro cómo os quema el llanto;
por vuestras tristezas, por vuestros dolores,
por vosotras todas entono mi canto.

Almas femeninas que tras de la reja
vivís suspirando por una ilusión,
y lanzáis al aire la doliente queja
que sube a los labios desde el corazón.

Almas femeninas cuya juventud,
el tiempo inclemente mustia sin piedad,
y en cuyas ojeras y en cuya salud
bien claro está el sello de la enfermedad.

Almas femeninas, tristes y calladas,
que en lo solitario de vuestras alcobas,
os dormís soñando que sois arrulladas
por gentiles frases y galantes trovas.

Almas femeninas que en la noche umbría
os despierta un sueño de felicidad,
sintiendo en el pecho la cruel agonía
de algo que se aumenta con la soledad.

Almas femeninas que esperáis ansiosas
el feliz arribo de lo que no llega;
y habéis entrevisto brillar entre rosas
una luz divina que os desasosiega.

Almas femeninas que ante los espejos,
miráis, desoladas, faltar la frescura
de los idos años que ya van muy lejos,
y agostarse, lenta, la ansiada hermosura.

Almas femeninas, bellos corazones,
en mi bajel vengo bogando ligero.
¡Tendedme la escala de vuestros balcones:
que soy del ensueño gentil caballero!

Almas femeninas, almas de doncellas;
salid a esperarme sin faltar ninguna;
mirad cómo lucen las lindas estrellas
y fulge en el cielo la plateada luna.

Almas femeninas, la noche es propicia;
vengo a consolaros, por vosotras llego,
trayendo en mis manos la sutil caricia
y preso en los labios un beso de fuego.

INCERTIDUMBRE

Un látigo de fuego ha cruzado el Abismo
y la Tierra ha temblado al estallar el trueno;
el Hombre ha desatado todo su ancestralismo,
y la blanca Paloma se ha enterrado en el cieno.

Vanos han sido veinte siglos de cristianismo
para dulcificarle y para hacerle bueno,
y sigue siendo esclavo de su bajo egoísmo,
de sus torpes pasiones y de su desenfreno.

Aun grazna el negro Cuervo de la desolación
por sobre las doctrinas del que murió en la Cruz.
¿Adónde marcha el Hombre sin fe ni orientación?

¿Quién dirá la palabra que del Mal le desvíe
y en lugar de tinieblas su Alma llene de luz?
La caravana pasa mientras la Esfinge ríe...

EVOCACION

¿Te acuerdas? Bajo el palio azul-turquí del cielo
marchábamos unidos; y la dulce belleza
del vesperal paisaje, nos trajo la tristeza
de nuestras pobres vidas señeras, sin consuelo.

Un tapíz de esmeralda perfumado era el suelo;
Filomela brindaba alegre su riqueza.
Nos miramos muy cerca. Tu voz, toda terneza,
tremaba ardiente, y suave como de terciopelo.

—¡Quiéreme mucho, amor mío! ¡Quiéreme mucho!
Exoraste en acento que todavía escucho.
Tembló de envidia y celos una encarnada flor

que al borde del camino lloraba sus agravios.
Yo te besé en la rosa sangrante de tus labios
consagrando aquél beso nuestro divino amor...

Juan Ortega

¡ANHELO!... ¡ANHELO!

¡Anhelo!... ¡Caro anhelo! No hay un día
que no vengas torturas a traerme
y a despertar el ruiseñor que duerme
en el jardín azul del alma mía.

No vengas a aumentar mi fantasía
ni en vanas ilusiones a mecerme;
deja que pase mi existencia inerme...
Anhelo, no exacerbes mi agonía.

Que es maldición que—nuevo Prometeo—
al Cáucaso fatal de mi deseo
encadenado viva, y mis entrañas,

—nidal de mis románticos lirismos—
haciendo su festín en los abismos,
las devoren los buitres y alimañas...

A MATANZAS

EN LA SENTIDA MUERTE DEL POETA
FRANCISCO LLES.

Llora, gentil «Yucayo», inconsolable,
llora, cubana Atenas,
llora, Matanzas, llora amargamente
la irreparable pérdida
del dulce bardo Lles, tu noble hijo
que cantó tus bellezas
(tus ríos, tus colinas y tus prados,
tus valles y tus cuevas).
Del que puso en sus tiernos madrigales
y donosas endechas
el grande amor y sacra idolatría
al suelo en que naciera...

Llórala, sí, Matanzas dolorosa,
cual la lloramos todos los poetas,
como la lloran los cubanos todos
con lágrimas sinceras;
que no es su muerte en sí, quien nos arranca
las tan amargas, fervorosas quejas
que brotan nuestros pechos consternados,
sino la vil manera
como fué, por la mano criminosa,
tronchada su existencia;
y por ver cómo triunfan las pasiones,
venciendo el hombre—convertido en fiera—
al noble corazón, al alma grande
del que cruzaba con su lira a cuestas...

¡Oh!... Es la ley inmutable que se cumple...
La infalible sentencia
de los opuestos polos:
la lucha de la luz con las tinieblas,
la instintiva aversión del que se arrastra
a todo lo que vuela,
el odio innato del reptil al águila,
del topo a la luciérnaga...
La discrepancia terrenal, de todo
lo que flota o se eleva:
la envidia del abismo a la montaña,
del pantano a la estrella...

Llorémosle, Matanzas... Sí; lloremos...;
que el gemido de todos los poetas
(o más bien: el de todos los cubanos
que nobles pechos tengan)
se eleve, cual plegaria, a los espacios
donde el espíritu del bardo vuela,
a llevarle un saludo cariñoso,
con la viril protesta,
por haber muerto en las prosaicas garras
de un ente de la gleba;
cuando cruzaba airoso por el mundo,
muy alta la cabeza,
¡con un lampo de luz sobre la frente,
con un fardo de ensueños y quimeras
dentro del corazón...! Cuando confiado
en su ingente bondad, en su nobleza,
cruzaba recitando madrigales
con su laúd a cuestas...!

Daniel Otero

FUÉ UNA MAÑANA AZUL...

Fué una mañana azul; la linfa quieta
del infinito mar rasgó la nave.
¡Todo en silencio; ni el volar de un ave
turbaba aquella soledad discreta!

Fué una mañana azul; pasó coqueta
besándote en la faz la brisa suave
y en el instante aquel, solemne y grave,
te confesé mi adoración secreta.

Hubo en tu faz derroches de rubores
cuando en rapto fugaz de mis ardores
besé la fresca flor de tu mejilla.

¡Y a la radiante luz que el sol fulgura,
nos cubrió con rojiza vestidura
el palio bermellón de tu sombrilla!

Rafael Félix Pérez

ANTE EL ENIGMA...

¡Quién leyera el misterio de tus ojos en calma,
tu insondable pupila de embriagante fulgor!
¡Quién leyera tu alma
que se asoma a tus ojos con ternuras de amor!

Bajo el ala sombría de tus pestañas suaves,
yo busco de tu ensueño la escondida emoción,
y me estrello en la roca de tus secretos graves,
hundiéndome en la noche febril de mi pasión.

La duda como boca de abismo me devora,
y ahogado en sus entrañas cual náufrago fatal,
me confunde el misterio de tu faz soñadora,
que ya es halagadora
cual flor embriagadora;
ya fría y punzadora
como hoja de puñal...

Apurando el veneno mortal de tus agravios,
te evocan mis antojos,
con la dulce armonía que no dicen tus labios,
pero que arde en la noche serena de tus ojos.

Tus ojos, que destellan la luz de tu alma pura,
suspiran los encantos de tus sueños de rosa,
y riman, dulcemente, las notas de ternura
que laten en tu pecho de virgen amorosa.

Tus ojos, que me invitan a vuelos siderales,
me dicen las ternuras de locos embelesos,
y me llevan, radiantes, a cielos ideales
donde triunfa la gloria divina de los besos.

Hay en tus ojos una sedante poesía,
una paz infinita que me habla con amor,
una luz adorada que en mi melancolía
es seda perfumada de pétalos de flor.

Pero hay en tus reservas a veces, escondido,
un áspero reproche que con temor acecho.
¡Como una daga fría y aguda, lo he sentido
clavado en las ardientes entrañas de mi pecho!

Mas, cuando me sonríe la grana de tu boca,
como la flor que suave sus pétalos abrió,
me engaño columbrando que tu ideal me evoca,
que tus palabras mienten, pero tus ojos no.

¡Aladas ilusiones! ¡Amor en que me pierdo!
¡La luz de tus pupilas, al fin, se borrará!
Un hado misterioso me apaga tu recuerdo
como el rumor lejano de un ritmo que se va...

Regino Pedroso

LOS BORGIA

Oro, púrpura y raso; suntuosos cortinajes;
mantos cardenalicios y cabezas mitradas;
un cortejo de sedas los príncipes y pajes;
como fulgor de soles las manos enjoyadas.

Penden de las paredes las cruces, las espadas;
muestran, regias, las damas la gloria de sus trajes;
fulgen de las pupilas perversas las miradas;
desnudando la carne detrás de los encajes.

Pasa Lucrecia altiva, triunfante su belleza,
de noble cortesana; sombrío en su realeza
César Borgia, en el cinto la espada y el puñal.

En sus antros infames que las armas oprimen,
se deleita en los goces refinados del crimen
al pensar en la púrpura de un rico cardenal.

NIPONA

Es una flor exótica como una flor de loto,
de cuerpo diminuto y ambigua gracia rara;
oirán maravillosa de la sagrada Kioto
o una musmé adorable de un lindo Yosiwara.

Canta en la fantasía de una visión chinesca
el suave encanto mágico de su reir sonoro,
mientras su cabellera con gracia niponesca
sujeta con los largos alfileres de oro.

Lucen los crisantemos en los lindos jarrones;
en los biombos, bordados de extrañas creaciones,
al sol con lengua enorme amenaza un dragón.

Y en tanto que ella apura el té de su tacita
yo sueño, contemplando risueña su carita,
que es una muñequita de laca del Japón.

EL TRIPTICO DE LOS TAPICES

I

ENCANTAMIENTO

En la noche encantada y miliunanochesca,
el anciano califa de la barba plateada,
junto a los surtidores que dan su gracia fresca
escucha, un lindo cuento que dice Scherezada.

En el jardín, la luna, con magos hieratismos,
rielando entre la sombra donde los pavos reales
muestran la fantasía de sus policromismos,
va tejiendo fastuosos tapices orientales.

Sobre el tazón de mármol la luz en perlas llueve,
y en tanto Scherezada su mano toda nieve
extiende en un momento de su cuento oriental.

Sobre un cofre el caduco califa somnoliento
sueña que está viviendo la vida de algún cuento
donde él fuera encantado con un filtro mortal.

II

EL COLLAR DE SCHEREZADA

Medita Dinarzada. Ricas tapicerías.
Arden suntuosamente los áureos pebeteros,
mientras la noche, al claro fulgor de los luceros,
rima un encantamiento de fantasmagorías.

El Califa que mira pasar, ensimismado,
ante su vista un bello cortejo de visiones,
mira de la sultana, sobre los almohadones,
todo el hechizo mágico de su cuerpo encantado.

Y en tanto, Scherezada, tejiendo su leyenda,
revela ante sus ojos su seno como ofrenda
rendida a los deleites de la caricia muda...

Un collar de su cuello que lento se desgrana,
bajo la luz, fastuoso, finge una filigrana
sobre el orientalismo de su carne desnuda.

III

LANGUIDEZ

En la molicie lánguida, bajo el follaje fresco,
de las altas palmeras, sobre un tapíz tendida,
Scherezada contempla la flor de un arabesco
que la luz del ramaje dejara suspendida.

En el encanto suave donde algún cuento embruja
para el Visir, de cosas vagas y hechizadoras,
su gracia que en el claro de luna se dibuja
vibra a un maravilloso temblor de guzlas moras.

Un perfume de sándalo envuelve la hora grata.
En la quietud, los cielos sus cálices de plata
derraman en la noche de estrellas florecida;

y mientras que indolente descansa la sultana,
un surtidor en lluvia de gemas se desgrana
bajo el encantamiento de la noche dormida.

Luis Aguiar Poveda

LA CANCION DE ELCINO

Elcino, el buen pastor, con la manada huraña
de cabras, paso a paso, cruzó el valle florido;
vibró en los aires puros su peculiar silbido,
y al oirle siguiéronle, camino a la montaña.

Al oir un lejano cantar de pipitaña
recordó la tragedia de su amor sin olvido;
requirió de sus hombros el rabel, y mordido
por la pena, llamó su tierna musa extraña.

En mitad de su música miró que amanecía:
Toda, toda la noche, su canto suprahumano
relató en la montaña su enorme desconsuelo...

Quebró Elcino el rabel con su larga armonía,
y cuando la postrera cuerda rompió su mano,
tras la última nota su alma voló al cielo.

LA MARQUESA RECUERDA...

Lentamente, la hastiada marquesa envejecida
abre el cofre de ébano de las cartas antiguas,
y al mirarlas recuerda mil pasiones exiguas
que en lejanos minutos le encendieron la vida.

Suspirando, lee cartas de los hombres que un día
por su causa alojáronse una bala en la frente;
y no ocultan sus ojos el orgullo que siente
viendo el trágico libro de su historia sombría.

Dice: «¡Oh, aquel monarca, que en romántico exceso
me daba su reinado, tan sólo por un beso...!»
«¡Oh, aquel conde Learnes, que murió en la querella...!»

Cierra el cofre que guarda lo que llama su gloria,
y, cruelmente orgullosa, repasa en su memoria,
uno a uno, los hombres que murieron por ella.

Carlos Prats (1891-1917)

AL VOLVER

De aquel amor que, un día, nos juramos,
el alma llena de divino fuego,
y que en la ausencia fué recuerdo luego
y esperanzas de ensueño que alentamos,

¿qué se hizo?... Otra vez nos encontramos
y hay en mis ojos, a tu amor un ruego,
y en tu silencio a imaginarme llego
la noche de la aurora en que soñamos.

Me vuelvo nuevamente a tu presencia,
tras el éxodo amargo de la ausencia
y es mi dolor como el dolor sombrío

de aquel creyente que al volver, hallara
en el templo divino en que adorara,
roto el encanto y el altar vacío.

Arturo Alfonso Roselló

NOCTURNO

I

Diafanidad de noche primaveral. Ninguna
sombra que empañe el parque empapado de luna.

En la calma serena hay rumores de halago...
Se ha dormido un lucero en las ondas del lago.

El jazminero en flor semeja un incensario.
Mi corazón, como un inmenso relicario,

se abre piadosamente a la fe que lo inunda...
Hay no sé qué misterio en la noche profunda...

Una interrogación abre la Primavera,
medrosa de su muerte próxima. Se dijera

que hasta el cisne, en su cuello, interroga al Destino.
Un ruiseñor desgrana la gloria de su trino.

Desnuda el alma al cielo, recibe como una
bendición del Señor, el beso de la luna.

La vida canta su himno, y la Naturaleza
regocijada por la espléndida belleza

de la noche, se muestra pródiga en su esplendor...
Dijérase que un alma palpita en cada flor.

Inmóvil, mi razón, bajo la comba inmensa
del cielo azul, medita sin meditar, y piensa

sin que mi pensamiento desgarre el velo arcano...
¿Hay algo más inútil que el pensamiento humano?

«—El secreto es soñar, sin correr de la ingrata
realidad (¡oh secreto filosófico!) en pos...»
(Una estrella fugaz deja un rastro de plata
que, en el cielo, parece la rúbrica de Dios.)

II

Estoy en lo que puedo llamar, filosofando,
limitación exacta del ser y del no-ser;
donde sin inquietarnos por el «cómo» y el «cuándo»,
lo vemos todo sin necesidad de ver.

¡Oh, la serenidad suprema que anhelaba!
El divino desprecio por la humana ascensión...
El perfecto equilibrio que al latido faltaba,
para metodizar la marcha al corazón.

Reposo espiritual y material. La calma,
donde se agote en germen toda emotividad...
La bruma del silencio donde se arrope el alma
para dormir el dulce sueño de eternidad.

¿Para qué la inquietud, corazón, por la nueva
que ha de ser a tu anhelo salvadora o fatal,
cuando el tiempo, impasible, pena y gozo se lleva,
vencedor de la muerte y del bien y del mal...?

Ha fingido una aurora, esta noche profunda
para mi pensamiento, que en su penumbra ve
desgarrarse la sombra con la luz que lo inunda
y en el alma romperse la rosa de la Fe...

III

Alta noche. La Habana silenciosa y dormida.
Los noctámbulos van por las calles desiertas.
Derraman tenues focos su luz desvanecida
y los mendigos duermen bajo las anchas puertas.

Un ciego violinista preludia una sonata...
(En la calleja estrecha, solitaria y sombría,
ha volcado la luna su cascada de plata...
¡Y parece la noche el naufragio del día!)

Noche azul de misterio que cantó Luis Urbina,
donde se alarga el dulce minuto de emoción...
A lo lejos, la móvil serenidad marina
riela su plata en una como alucinación.

Pentágrama sonoro, el mar, en el encanto
nocturno, traza el mago compás de una canción:
tal un sollozo enorme que terminara en canto
de luz, de eternidad y de inmensa emoción.

Y el ciego violinista crispa su mano rara
sobre el mágico cuello de su viejo violín...,
y brota la armonía, maravillosa y clara,
en el prodigio de un «Nocturno» de Chopín.

Y en la música triste llora su noche eterna,
y el alma de Chopín, en la nocturna calma,

llora bajo su arco, melancólica y tierna,
¡y él ve la gloria eterna con los ojos del alma!

Y entonces, el sollozo, bajo sus dedos sabios
se alarga, y su mirada, bajo la luz, se irisa...
¡Y se pliega la herida doliente de sus labios
en el maravilloso fulgor de una sonrisa!

Mientras el mar, solemnemente, sobre su zarco
cristal, recibe el beso lunar; en su emoción,
se ha olvidado el mendigo del violín... y es que el arco
de su dolor solloza sobre su corazón...!

Ciana Valdés Roig

DE MI VIDA CAUTIVA

I

Esclava soy... Mi dueño, emperatriz
me llama de sus viejos almenares,
en el blanco rumor de sus cantares
cuando se siente por mi amor, feliz...

Favorita hechicera... y aunque diz
que mi nombre es sagrario en sus altares,
conozco bien que se desborda a mares
su cólera, si incurro en un desliz...

Por eso, esclava soy. A mi albedrío...
átanse estrechamente cruel, impío
el colmenar de sus celosidades;

con la honda pasión de sus desvelos,
con el insomnio cruel de sus anhelos,
en el silencio de sus tempestades.

II

Caballero y Señor... En la contienda
a vos complaceré... Frescos y sabios

os donarán piadosos la prebenda
de sus sonrisas, mis inquietos labios... .

Solazaré, si ansiáis, vuestros agravios,
poniendo rosas en la hollada senda,
que suavicen un tanto esos resabios
junto al solar florido de mi tienda...

Pero no pidáis más... Prudentemente
satisfaced con esto complaciente
las ansiedades de vuestros antojos...

Pensad, que es una ofrenda a sotto voce
y altivo el dueño de mi amor conoce
al espía traidor de vuestros ojos...

III

Soy sirena que canto mis pesares
en las noches de luna sosegadas,
vagando en el silencio de mis lares
como ánimas que cruzan olvidadas...

El temblor de mis quejas apagadas
vibra serenamente en mis cantares,
como jipíos de aves enjauladas
suspirando el rumor de sus pinares...

Y recorriendo el parque y la alameda,
busco en las sombras de la noche queda
al prometido de mi fantasía...

¡Oh, divina ilusión que se doblega!
¡Alondra del amor que nunca llega
al cautiverio de la vida mía!

IV

Llega andante Don Juan de mi quimera
con el iris solar de una fontana,
a la arcada ojival, donde te espera
tu amorosa y cautiva castellana...

Flotante dejaré mi cabellera,
semi-desnuda mi beldad pagana,
como una prometida prisionera
suspirando el amor tras la ventana...

Y cuando sienta trepidar la tierra,
—como bajo el tormento de la guerra—
al veloz galopar de tus bridones...

enamorada en mi prisión, de hinojos,
trémulos al besar, mis labios rojos
serán la flor de lis de tus blasones...

ARREPIENTETE...

Reza el rosario de purezas lleno...
Doblégate contrita, humildemente,
que en su inmensa piedad el Nazareno,
como a Magdala, limpiará tu frente...

¿Que fuiste desgraciada?... ¿Que el veneno
de la miseria se ofreció cruelmente,
y en los tibios capullos de tu seno
sentiste el tóxico cobardemente?...

¡Lo comprendo, mujer!... Tú no eres mala...
la implacable miseria tendió su ala
hundiéndote en la gruta en que te abisma.

Líbrate de esa cripta miserable,
y salva al fruto de tu amor culpable
regenerándote contigo misma...!

MEDITACION

Pensaba yo... ¿Inútil?... Mi existencia
era el ave de mis meditaciones...
Y si algo latía en mi conciencia
bueno o malo... de mis inclinaciones

fué reflejo no más, no más reflejo
de un amor que sentí toda mi vida...
Un mismo sentimiento eterno y viejo
de mi alma enamorada y sensitiva...

Y así, propias mis sendas, sigo... sigo...
En todas partes donde estoy, conmigo
habla el alma callada del paisaje

con una plenitud de sensaciones...
¡Es una fuente oculta, de emociones,
que me estimulan a seguir el viaje...!

Francisco Robainas

FLOR DE OTOÑO

...Y, a pesar de los años que han pasado, alma mía,
te adivino en la sombra por el huerto cruzar
sobre las hojas muertas que gimen todavía
bajo tus pies de seda, de nieve y de azahar...!

Ven... no temas, te espero. Ya agoniza la tarde,
caen las hojas... Es el viento un suspirar
de Fauno... Otoño mustia las flores, mientras arde
dentro de mí un horrible deseo de llorar...!

Ven... no temas. Te llevo prendida en mi amargura;
veo en ti a la soñada, ya olvidé a la perjura:
eres sólo la muerta que al bardo sonrió,

la flor evocadora de mis tristezas hondas,
la flor que sonreía debajo de las frondas
y que el Otoño—el Fauno ebrio de amor—mustió...!

José Rodríguez Díaz

A EROS...

No gastes, niña, tu sonrisa loca,
no derroches en vano tus venenos,
ni con la nieve de tus blancos senos,
pienses vencer mi corazón de roca...

Es para hablarme la elocuencia poca
de tu cuerpo gentil... Tus ojos llenos
de lujuria inmortal no son ajenos
al labio ardiente que besó mi boca.

Sigamos embriagados. Tu blancura
me brindará champañas de hermosura,
que a chorros brotan de tu cuerpo mago...

Loba y Chacal, tú y yo... nos conocemos
y sin hablar de amor nos marcharemos
cuando quede la fuente sin un trago...

Generoso Rodríguez Carreño

MAYO

¡Oh mes de las tardes de plácida calma
con noches de luna de espléndida luz!
¡Oh mes de las flores fragantes y bellas!
¡Oh mes de los cielos de nítido azul!

¡Oh mes en que vierte natura sus galas
cubriendo los campos de nuevo verdor,
más bella es la aurora, más leve la brisa
y es más armonioso del mar el rumor!

¡Oh mes de los nardos y de los jazmines
de las madreselvas y del ruiseñor,
que vierte sus trinos al nacer el día
como una plegaria consagrada al Sol!

¡Oh mes de las noches de ensueño amoroso!
¡Oh mes de María, madre de Jesús;
en que los devotos levantan altares
donde está Cupido detrás de la Cruz...!

María Luisa Rodríguez (1891-1913) (1)

A MI PADRE

AL CONOCER LA CASA QUE LE VIÓ NACER

¡Aquí están, padre amado, ya hemos visto
la santa casa donde tú naciste,
las rocas que de niño, tú escalaste,
los sitios que en tu infancia recorriste,
y los rincones donde tú jugaste...!

Aquí está todo igual: la escalerilla
que conduce al granero, las tuneras,
el campo, siempre fértil cultivado,
y la cueva y la era. ¡Si los vieras
dijeras que los años no han pasado!

Aquí está todo igual: allá a lo lejos
el mar lanza sus olas con orgullo,
¡parece que a la dicha nos convida!
¡parece que nos besa con su arrullo!
¡parece que nos da la bienvenida...!

Aquí están tus amigos todavía,
y, ¡con cuánta ventura recordaron
las horas que a tu lado transcurrieron,

(1) La Parca impía segó la vida en flor de esta mujer, que aprendió de la alondra a nacer y cantar, para luego morir.

los sitios que contigo corretearon,
los campos que contigo recorrieron...!

Aquí está tu recuerdo siempre vivo;
todo nos grita aquí tu nombre amado,
hay una higuera que parece triste
porque, al vernos, tal vez ha recordado
las veces que a su sombra te dormiste.

El trigo ya en la era se destaca
brillante y amarillo como el oro,
en enormes montones preparado,
¡y así como se mira un gran tesoro,
con los ojos del alma le he mirado!

¿Adivinas por qué? Las manos firmes
de un viejito adorado que aun recibe
de cara el sol, muy blanca la cabeza
le puso allí donde luchando vive
la ancianidad con la Naturaleza...

Porque aquello revela claramente
el triunfo de la lucha ¡quién diría
que ochenta y cuatro inviernos no pudieron
aminorar su insólita energía
ni aminorar sus fuerzas consiguieron!

Cuando llegamos al hogar querido,
que de tanto correr llegué cansada,
a sus brazos corrimos de repente
porque, escúchame: ¡tiene tu mirada,
y tu boca y tus ojos y tu frente!

Le encontramos sentado, pensativo,
y pensaba... nos dijo que pensaba
momentos antes, con tristeza impía

en que un mar insondable le apartaba
de nosotros, que nunca nos vería...

Pero al vernos tan cerca, de improviso:
«¿Estoy soñando?», al abrazarnos clama;
y ríe mientras llora, y es el llanto
consolador y dulce que derrama.
¡Eso que alienta y engrandece tanto!

Escucha, papá mío: el abuelito
tiene el semblante como tú, sereno,
como tú marcha firme y valeroso,
como a ti, le repiten que es muy bueno,
como a ti, le repiten que es piadoso.

Sus cabellos son blancos, ya lo sabes,
sus manos, no rendidas todavía
por el rudo trabajo, tal parece
que están ansiando que despierte el día
por comenzar la lucha que ennoblece...!

¡Ah! Ven pronto, papá, para que sepas
cuán hermoso es causar ventura tanta;
ven, y harás más feliz al abuelito,
hasta parece que la tierra canta
cuando llora de dicha un viejecito...!

Ven, que te esperan con amor tus hijas,
la santa casa donde tú naciste,
las rocas que de niño tú escalaste,
los sitios que en tu infancia recorriste,
y los rincones donde tú jugaste...!

Amada Rosa Rodríguez

DESOLACION

En el cielo luminoso ya la luna reluciente
sobre el mundo adormecido vierte todo su fulgor;
las brillantes estrellitas se sonríen tristemente
y hasta el bosque se sonríe con la risa del dolor.

En la lóbrega avenida de mi hogar idolatrado,
no se ve ni un caminante, no se siente ni un rumor.
La viveza y la alegría de estos sitios se han marchado:
que ha extendido ya la noche sobre el mundo su negror.

Con las frondas y los nidos lentamente, lentamente,
va la brisa susurrando su monótona canción,
cual las cuerdas de mi lira susurraran tristemente
con el beso cariñoso de mi pobre inspiración.

Los felices pajarillos se han marchado presurosos
de estos campos solitarios que el invierno entristeció,
como huyeron de mi lado otros días venturosos
cuando el manto de la pena mi existencia obscureció.

Yo no sé por qué en las noches por la luna iluminadas
me parece que Natura me interpreta con bondad,
yo no sé por qué amo tanto estas noches estrelladas
que hasta a veces me convidan a adorar la soledad.

¡Cuántas veces escuchando la dulcísima elegía
que en las noches se desprende del teclado de marfil,

sentí el beso cariñoso de mi amada poesía
y soñé con las venturas del más bello porvenir...!

Cuántas veces he soñado que estos típicos palmares
escuchaban mis endechas con ternísima quietud;
que mis versos, olvidados de mis múltiples pesares,
sólo hablaban de esperanzas, de alegría y juventud...!

Cuando duermen estos bosques por la luna iluminados
y se escucha de la brisa la monótona canción,
busco siempre estos lugares tan desiertos y apartados
y en la calma de estos sitios hallo siempre inspiración.

¡Sin saber por qué, amo tanto estas grandes lejanías,
en las noches en que el astro vierte todo su fulgor...!
¡Sin saber por qué, me encantan estas tristes noches frías
en que todo se sonríe, con sonrisa de dolor...!

QUISIERA

Quisiera yo dejar estos lugares
para ir a conocer otras naciones,
con nuestros juveniles corazones
libres de desengaños y pesares.

Dejara yo mi patria y mis palmares
donde vivo sin necias ambiciones,
por conocer el sol de otras regiones
y atravesar los insondables mares.

Quisiera recorrer alegremente
un país para mí desconocido,
respirar otra atmósfera, otro ambiente;

y sin dejar a Cuba en el olvido,
como la golondrina, nuevamente,
bajo su cielo fabricar mi nido.

VIDA CAMPESTRE

El céfiro ligero, suavemente
las flores del jardín acariciando,
a lo lejos el sol agonizando
en su rosado lecho de occidente.

Cerca de aquí un arroyo transparente,
al pie de una colina murmurando;
y los frondosos árboles mirando
sus siluetas que copia la corriente.

No lejos una palma majestuosa
sus penachos meciendo a gran altura;
la noche, con su sombra misteriosa.

borrando los encantos de Natura;
y yo sola, en mi alcoba silenciosa,
buscando distracción en la lectura.

Ramón Rubiera

IDEOLOGIA DEL ARBOL SECO

Mientras el sortilegio lunar damasquinaba
sus miembros esqueléticos, el árbol meditaba:
Yo, que brotando de las entrañas terrenales,
logré sentirme cerca de los prados astrales...

Y que por mi tendencia benigna y ascendente,
siempre que vi dos alas desorientadamente
volar, mostré mis recios hombros compadecidos,
donde fructificaron los cantos y los nidos...

Yo, que logré las metamorfosis cabalísticas
de los jugos terrestres en láminas artísticas
y en gemas taumaturgas... En mi abandono agreño

hoy miro desangradas mis venas soñadoras...
¡Ah, destino! ¡Así premias el ejemplar empeño
de todo aquél que logra magnificar sus horas!

AQUELLA NOCHE

—¡Hoy quiero vuestros labios!—les dije a las estrellas:
Vamos, amadas mías... Cómplice y oportuna,
la noche nuestra cita protege, y en aquellas
nubes un astro enorme se acopla con la luna.

Estoy lleno de tantos romanticismos vanos
y tantos madrigales... Hoy vengo, amadas mías,
a veros temblorosas de amor entre mis manos,
trocadas en espasmos vuestras miradas frías...

Y contestaron todas en tonos altaneros:
—¡No somos como piensas!—De cerca, los luceros
miraban, como sátiros, sus grupas luminosas...

No sé por qué más tarde se fueron ocultando;
pero yo he visto a muchos luceros cabalgando
sobre sus compañeras más jóvenes y hermosas.

EL ANALISIS TORVO

De tus verdes pupilas en los hondos abismos
perecieron los cuervos de mis negras torturas,
y a la vida tornaron mis muertos idealismos,
en una epifanía de pristinas blancuras...

Me turbé del absintio de los romanticismos;
olvidé mis recientes aventuras impuras,
y esta clara sentencia de mis materialismos:
¡Son dos ojos los prólogos de dos cuencas futuras!

En la tarde nostálgica de reflejos solares,
tus pupilas brillaban como dos luminares
que bordaran la sombra de lunares blancuras...

Y al querer ofrendarles mi canción más ferviente,
el análisis torvo me gritó bruscamente:
¡Son dos ojos los prólogos de dos cuencas futuras!

EN EL CAMINO NEGRO

Regando de mis cantos los pétalos armónicos
en el iluminado misterio del sendero,
aquella noche plena de risas luminosas,
iba yo con mis negros pesares sempiternos.

La luna, que besaba la falda de las nubes,
al punto retiróse con ímpetu colérico;
y las estrellas mismas, mis pálidas hermanas,
dejáronme sin luces en el camino negro...

Yo desaté mi risa... Mi corazón altivo
gritó: ¡Yo soy un astro y a muchos universos
iluminar podría con mis fulguraciones!

¡Después, sobre la frente tiránica del cielo,
estampé las olímpicas alburas de mis manos,
como dos portentosos y espléndidos luceros!

LOS CELOS DE AQUEL BARDO

Carmín en las distantes alquimias del poniente,
y carmín en las rosas que sueñan en las ramas...
Amada ¿tú permites que te roben la púrpura
de tus inspiradoras mejillas encarnadas?

Hay un esmaragdino brillo de primavera
en el cristal lacustre y en las brillantes láminas
de las hojas... Amada ¿no miras que te roban
el resplandor sinoble de tus pupilas mágicas?

¡Amada, no permitas tantas usurpaciones!
¡Estoy loco de celos! Esas rosas tan blancas,
¿no son tus mismos senos? ¡Tus senos! ¡Ellos mismos!

Y ella, la virgen rubia de las pupilas mágicas,
al bardo atormentado le descubrió sus senos:
—¡Convéncete!—Y el bardo besó dos rosas blancas...

ACUARELA DEL CREPUSCULO

Se retira la tarde. Los paisajes
se pincelan de gris. En el ocaso
el sol se refocila con el raso
sutil de los polícromos celajes.

Y ensayan los eglógicos follajes
sus coloquios de amor con el escaso
suspiro de la brisa. Paso a paso
descienden los nocturnos cortinajes.

¿Pasaste, corazón los sensitivos
estadios, en que todos los motivos
afectaban tus fibras soñadoras?

¡Ya miras el desastre del poniente,
con la misma quietud indiferente
que la resurrección de las auroras!

Mariblanca Saras Aloma

YO, CRIMINAL...

Brillaron sus ojos con negros fulgores,
fulgores extraños de herido león;
terrible, en sus labios, sus labios traidores,
vagó una sonrisa de dura agresión.

«Escucha—me dijo—: Errando en la selva,
perdido de celos, matarle juré...
Le vi en la espesura... No esperes que vuelva
tu Amado... ¡No esperes...! ¡Que yo le maté!»

Febril, indignada, me erguí; lancé un grito;
sentí ante mis plantas abrirse el maldito
abismo insondable de un sino fatal...

Y entonces, cediendo a fatídico impulso,
alcé enloquecida mi brazo convulso,
y en medio del pecho le hundí mi puñal...!

CUANDO TODO REPOSE...

A media noche cuando cese el ruido
de la ciudad; cuando en la azul esfera
se esfumen y se pierdan la postrera
palpitación y el último sonido.

Cuando en la sombra lóbrega escondido
el astro de la noche tiemble y muera,
y silenciosa torne la agorera
ave a la dulce placidez del nido.

Cuando todo repose en el arcano...
¡Yo juntaré mi mano con tu mano,
miraré en tus pupilas lo infinito,

y al besarte en los labios y en la frente
turbando ese silencio, de repente
nuestro amor inmortal dará su grito...!

Rosario Sansores ("Crisantema") (1)

LA CITA

Me ungí para aguardarte con perfume de Oriente
y enjoyé mis cabellos como una cortesana;
retoqué de mis labios la olorosa manzana,
y avivé de mis ojos la luz clara y ardiente.

Expiraba la tarde como novia doliente
en su espléndido lecho de zafir, oro y grana;
palpitante y ansiosa me asomé a la ventana
apoyando en los hierros el ardor de mi frente...

Pero tú, no viniste. Por el blanco sendero
que manchaba de sangre la piscuala florida
tembló el lúgubre aullido de un mastín lastimero.

Sólo Véspero inquieto, parpadea en la altura
y sentí que de pronto, silenciosa y oscura
abatióse la noche del dolor de mi vida...

(1) Los versos impecables de Rosario Sansores, tienen tal sello de aristocrática distinción, que son capaces de colocarla a la altura de las primeras poetisas de América.

EL RETORNO

Yo sé que volverás. Yo sé que un día
suspirarán unidas nuestras bocas
y otra vez en la noche quieta y fría
se juntarán nuestras cabezas locas...

Sé que en tus horas de nostalgia evocas
el ámbar de mi piel y sé que sueñas
que estremecido entre tus manos tocas
dos palomas nevadas y sedeñas...

¡Ah! Yo también cuando la alondra canta,
sueño en tu amor y mi tristeza es tanta
que ya su peso el corazón ahoga...

Mi vida—silenciosa pasajera—
en el esquife azul de la quimera
sobre las aguas del recuerdo, boga...

NOSTALGICA

Mientras la tarde se desmaya leve,
tu recuerdo nostálgico ha venido
como un ave a cantar junto a mi oído
su dulce canto melodioso y breve...

Mas su blando sonido no conmueve
el fuego de un amor, hoy extinguido:
que ya mi corazón adolorido
a tocar sus cenizas no se atreve...

De súbito mi angustia va surgiendo
semejante a una sombra que cubriendo
fuera de negra lobreguez mi vida...

Oh tu pupila soñadora y grave
bajo el reposo de la tarde suave
¿en qué regazo se hallará dormida?

CAMINANTE

No te impacientes, caminante. Apura
sin recelos el vino de tu vaso
y si en mitad de la jornada dura
ves lucir una flor, detén el paso.

Fué el destino, tal vez, quien, al acaso,
la puso para darte su frescura,
tal vez sus hojas de brillante raso
para ti reservaban su hermosura.

Si canta un ruiseñor, oye su trino.
Y si ves al Amor, ¡oh, peregrino!,
tender el arco con segura mano,

el peligro no esquives: ¡que en su herida
están todos los goces de la vida
y todo el fondo del dolor humano...!

TENGO CELOS

Tengo celos ¿no sabes? Tengo celos
de todas las mujeres que has amado:
de las bocas en flor, donde has saciado
la locura de todos los anhelos.

En mis lúgubres noches de desvelos,
me atormenta el recuerdo despiadado
mientras mi corazón apasionado
quiere en vano luchar con sus recelos.

Cuando poso en tu faz mi boca ardiente,
me parece que cruzan por tu frente
las risueñas visiones del pasado.

¡Odio entonces tus brazos vigorosos
y aborrezco tus ojos luminosos
donde tantas pupilas se han mirado!

MI CORTE

Yo tuve en un tiempo mi corte dorada;
gentiles poetas en trovas de amor,
cantaron galantes mi boca encarnada
y amaron mis ojos de suave fulgor.

Igual que una linda princesa encantada,
trencé mis cabellos de enebro y jazmín
y bajo la luna divina y plateada
soñé con los besos de un rey paladín.

Hilé en níveos copos mi blanca quimera
y en horas tediosas de inútil espera
cansé mis pupilas, en loca inquietud...

Sólo el tiempo vino trágico y doliente
con sus labios fríos me besó en la frente
y apagó el ensueño de mi juventud...!

Cecilio V. Sarret

PINCELADAS

PARA EL DR. FRANCISCO MARCER

Sobre las copas del pinar sonoro,
donde ponen los pájaros su nido,
el crepúsculo enfermo se ha tendido
como una inmensa telaraña de oro.

Allá, por el confín de la espesura,
un lago misterioso se dilata
como un espejo de bruñida plata
encuadrado en un marco de verdura.

Ese sol que tranquilo se derrama
sobre el verde y hermoso panorama,
en medio del verdor se ha desmayado.

Es que una nube lo ocultó al instante
como si fuera un párpado gigante
que cayera en un ojo ensangrentado.

Juan F. Sariol

HACE YA MUCHO TIEMPO...

PARA GHIRALDO GIMÉNEZ

Hace ya mucho tiempo que marcho hacia la cumbre
con mis pasos seguros y mi firme optimismo,
y aunque antorcha ignorada el sendero me alumbre,
el espacio que falta casi siempre es el mismo...

El lugar de partida la distancia ha borrado,
y mis fuerzas de antaño su vigor han perdido;
pero siempre adelante, con el pecho partido,
marcharé sin recelo, al dolor resignado...

Ningún poder extraño me detendrá en la senda...
Y, negra, roja o blanca yo dejaré mi rastro
en su polvo, marcado, como estela de un astro
para el nuevo romero que más tarde la emprenda...

Enrique Serpa

AVE FEMINA

Señora, cordialmente, saludo tus ojeras,
tus ojos, el lascivo temblor de tus caderas;

el ánfora maléfica de tus purpúreos labios,
en ósculos eróticos, vesánicos y sabios,

y que guardan, propicios para mi corazón,
como un maravilloso perfume de pasión.

Saludo las manzanas unciosas de tus senos,
promesas de placeres por magnos interrenos,

en que la Carne, reina dominadora, impera
con un florecimiento de roja primavera;

la gran dominadora de tus venustos flancos
y el hielo de tus muslos magníficos, más blancos

que el mármol impoluto de Pharos o Carrara,
tus muslos que un Sileno caprípedo anhelara

para dejar en ellos intensa mordedura,
como sangrante rosa de la sensual ternura.

Señora, tu belleza tiránica, sabía:
en alucinaciones histéricas había

imaginado tu albo semblante seductor
y quise hacerte el doble regalo de mi amor

y mis dolientes versos, mi doble sacrificio
en tu ara, obedeciendo, devoto, al maleficio

que tu galana imagen, en sueños concebida,
pusiera sobre el fosco misterio de mi vida.

Hoy, a tus pies, Señora, rendidamente llego
a saludar tu hechizo y a murmurar un ruego,

para que tu alma, llena de paz y compasión,
mitigue las angustias que hay en mi corazón.

Yo soy un peregrino que sabe los caminos
absurdos que recorren los pobres peregrinos.

Conozco las tinieblas del trágico sendero
y siento la poesía que tiene el limonero

en flor, cuando deshoja sus níveos azahares
—quimeras ya mustiadas por íntimos pesares—.

He visto a los reptiles silbando al ruiseñor,
y cobijarse viles gusanos en la flor.

Por esas cosas tristes he padecido tanto,
que siempre están mis ojos nublados por el llanto.

(¡Oh lágrimas acerbas que pugnan por salir
y execran mis indignos anhelos de vivir!)

Señora, haz un derroche de caridad cristiana
y sé, para mi fiero dolor, Samaritana

que borre con el vino divino de sus labios
la pena torturante de todos mis agravios.

Por los rudos tormentos que me hieren el Alma
y asesinan mis ansias en plena floración,
haz que ponga tu Alma, tan amable y tan alma,
un poco de ternura sobre mi corazón.

LLUVIA DE LAGRIMAS

La tarde, perfumada por las rosas
y ornada por el oro del poniente,
regaba su dulzura castamente
sobre el lánguido sueño de las cosas.

Surgieron las quimeras voluptuosas
sobre las placideces de tu frente:
tal sobre una azucena el imprudente
volar de las cantáridas morbosas.

La taciturnidad de tu mirada
se extinguió lentamente, y, enervada,
ardiendo en llamas de amoroso fuego,

entregaste a mis besos tus pupilas
que ensayaron con lágrimas un riego
maravilloso en tus ojeras lilas...

FERREA

No pretendas mirar sobre mis ojos
húmedas huellas del acerbo llanto,
por más que siempre deje el desencanto
sobre mi pobre corazón, enojos.

He pisado ya todos los abrojos
que tiene la existencia; y el quebranto
ha cubierto mis hombros con su manto,
y me ha legado pensamientos rojos.

No esperes, no, que me doblegue nunca,
mientras recuerdos de mi dicha trunca
a la altivez y vanidad animen:

en este orgullo, que no tiene nombre,
no suplico jamás a ningún hombre
y antes que el ruego me seduce el crimen...!

EXOTICA

Tienes el raro hechizo de una bacante griega;
eres inspiradora de mi sensualidad;
yo sé que tú desdeñas a todo el que te ruega
y pides que tu amante sea todo vanidad.

Escucha, Pecadora, mis íntimos secretos:
Yo vengo a conquistarte, porque eres mi ilusión;

cual áuricos blasones te brindo mis sonetos
y traigo por escudo mi bravo corazón.

Altivamente llego: jamás he suplicado,
pues soy a la manera, viril y apasionado,
sentimental y fuerte, de un bardo medioeval...

A cambio de tus besos te rimaré canciones;
mas, ¡ay! ¡Nunca me ofendas, que entonces las pasiones
pondrán entre mis manos el pérfido puñal...!

INTIMA

A PRIMITIVO HERRERA

Poeta, hermano mío por el lirismo y por
el orgullo que guarda tu espíritu viril,
te brindo entre mis versos el magnífico olor
de una rosa, fragante y acendrada, de Abril...

Yo soy un sensitivo devoto del amor
a la mujer, lo bueno de la existencia hostil,
y completo en la gracia de mi sacro fervor
a la virgen María con la Venus gentil;

y soy un peregrino: las sendas escabrosas
conocen mis coturnos; sembrado he muchas rosas
y únicamente espinas enéticas logré;

jamás indago el rumbo que tomará mi vida;
pues tengo en mi destino confianza desmedida
y, aun contra las tormentas, al puerto llegaré.

NO SEAS CURIOSA...

No inquieras el «por qué» de mi tristeza;
nadie conoce el íntimo secreto,
por el cual en el ritmo de un soneto
derroché mi dolor y mi terneza.

Como sé tu vestálica pureza,
reclámole a tu espíritu discreto,
para mi corazón todo el respeto
que yo he guardado a tu gentil belleza.

Si, alguna vez,—sintiéndote Pandora,
por infantil curiosidad guiada—
anhelas penetrar en mis arcanos;

«¡Resguárdate de hacerlo!»—mi alma implora—...
«¡Porque un dardo de punta intoxicada
te punzará, sin compasión, las manos...!»

Rogelio Sopo Barreto

A MARGOT

Desde la airosa cima del más altivo monte,
allí donde su nido el cóndor instaló,
a donde el roc gigante sus huevos ha dejado,
desde tan alto punto voy a cantarte yo;

porque mi pecho ansía estar cerca del cielo;
de esta región de lodo, para cantarte, huir;
cual pobre religioso, como tranquila ermita
en antro silencioso, hasta mi fin, vivir...

Un hueco por do vea de Febo los fulgores,
de la plateada Luna la blanquecina faz,
un retiro que alumbre, de sus fulgentes focos
que brillan cual metales, el recogido haz;

que el céfiro acaricie la entrada de mi cueva
y agite aquellas flores que estén en derredor,
que arranque sus hojuelas, que venga a mi morada
trayéndome en su seno su delicado olor;

que yo con el perfume más grato y delicioso
he de forjar los versos para cantarte a ti.
¡Quimera de mis sueños! ¡Consuelo de mi vida!
¡Poético alhelí!

Octavio M. Suárez

DESPECHO

(SIGLO XVIII)

Condesa: he recibido vuestra carta procaz,
con la que pretendido habéis turbar la paz
divina que se cierne sobre mi corazón;
y debo confesaros que mientras la leía
en el fondo de mi Alma imperiosa surgía
por vos una profunda, sincera compasión...

Conque, decís, señora, que estáis enamorada
—con un amor tan hondo, que os tiene trastornada,—
de cierto noble Duque del seductor París,
do posee un castillo y veintinueve pajes,
y do recibe ufano, de todos, homenajes:
¡hasta del mismo egregio, altísimo Rey Luis...!

Pues..., con toda franqueza, permitidme que os diga
que, a mi vez, idolatro en vuestra peor amiga:
aquella alegre Elena de hermosura sin par,
que, una tarde de Otoño, amable y placentera,
burlóse, despiadada, de vuestra cabellera
rojiza, y os dijo «algo» que os hizo sollozar...

Por lo tanto, Condesa, ambos somos dichosos...
A nuestros corazones, futuros muy hermosos

se abren, prometedores de dicha y de ilusión...
Adiós, pues... Saludad de mi parte, señora,
a vuestro enamorado... ¡Mi Elena encantadora
os envía un abrazo de reconciliación...!

Sólo quiero encargaros una cosa, Condesa:
devolvedme los versos que de vuestra belleza
en loor, escribí, de amor en mis excesos...
¡Yo, a mi vez, os devuelvo, caballeroso y justo,
—y creo que con ello os daré mucho gusto—
las caricias quemantes de vuestros dulces besos...!

FUE UNA TARDE MURIENTE...

Fué una tarde muriente, que el tiempo no ha podido
borrar de mi memoria, cuando hablamos de amor...
Fué una tarde muriente... ¡Yo estaba conmovido,
borracho de ilusiones, de ensueño y de dulzor!

Tú, ocultabas tu hermoso semblante, embellecido
más aún por un casto e infinito rubor
entre tus manos blancas; y en tu pecho oprimido
temblaban asustados tus dos senos en flor...!

Mas, cuando lentamente principió la agonía
del Sol que en el radiante crepúsculo se hundía,
cediendo a un imperioso, loco anhelo sensual,

se unieron nuestros labios—ansiosos de ternura,—
en un beso más dulce que la misma Dulzura
y en nuestros corazones floreció el Ideal...

Francisco Simón

¡VENID, QUIJOTES...!

¡Venid, quijotes, del Progreso afines;
preparaos a la carga tesoneros;
trocad vuestros mandiles por aceros
al sonoro vibrar de los clarines...!

¿No oís...? ¡Ya repercute en los confines
la sorda conmoción de los guerreros
que anónimos y humildes y sinceros
se improvisan noveles paladines!

¡Corramos todos en estrecha alianza
en pos de la soñada Dulcinea
ebrios de apocalíptica pujanza...!

¡Venid, nobles quijotes de la Idea,
y a despecho del vulgo, Sancho Panza,
redenta al fin la Humanidad se vea!

NELUMULA

PARA HILARIO V. SIGLER, FRATERNALMENTE

Yo sé por qué tus versos melodiosos riman
un miserere extraño en sus estrofas áticas;

yo sé por qué tu musa, apasionada, ígnea,
como las selvas llora, como las olas salta...

A través de este viaje de la existencia
todo el que porta idilios, promesas, ilusiones y
[esperanzas,
es la irrisión maldita de la gran turba ciega
que fatalmente forma el núcleo de la caravana...

En este medio ambiente de la miseria, inícuo,
el Ideal es una flor exótica, antipática...
Las mariposas del ensueño, grises e histéricas,
en la rutina o en el suicidio queman sus alas.

Por eso, la valentía de los cantares
con que se muestra tu inspiración temprana,
como relámpago, inadvertida
para la pobre gente que nos rodea, pasa...

Eres de los que admiro, porque padeces;
los satisfechos porque se amoldan, me inspiran lástima:
los descontentos de su destino, de su fortuna,
quizás sin advertirle, laboran por mi causa...

Y ojalá que en tus versos cristalinos no se extinga
el delicado aroma de las violetas mágicas:
¡En el contínuo tráfico de nuestra noria mísera,
se enervan los sentidos y se corrompe el alma!

Antonio Suárez Gómez

CUADRO DE HONOR

(VERSOS DE AMOR Y DE VIDA)

AMELIA

Amelia es toda ensueño; toda romanticismo.
La Diosa de la Carne le negó sus encantos.
Y está enferma. Delira con el Catolicismo,
con la Virgen, la Iglesia, los curas y los Santos.

Personificadora de un raro pesimismo
sufre causas secretas. Tiene a veces espantos
como si la llevasen arrastrada a un abismo
de inquietudes eternas y de horribles quebrantos.

Ella se curaría si dejase la Iglesia,
que dió a sus facultades una como anestesia,
por obra de la hipócrita misión sacerdotal.

Y, rebelde a ese rancio brebaje de sandeces,
fuese mujer tan sólo; ¡que la mujer a veces
cuanto más hembra sea más sube al Ideal!

JULIA

Es soberbia. Es altiva. Perversamente bella
y de ojos criminales, retadores e hirientes,
pues sabe que el prodigio de sus formas descuella
sobre las mundanales bellezas más ingentes.

Todo es fragancia, ritmo, fuego y ansias en ella,
y su orgullo blasona de arrobar a las gentes
con su andar de expresiones incitantes que sella
el originalismo de sus carnes ardientes.

Pero es frágil; apenas el soplo del Deseo
la invade, se convierte su corazón en reo
del sanguíneo delito del Instinto Animal.

Y, hembra entonces, humilde su vanidad sofoca
como si un alma histérica y ardientemente loca
fuese en aquel momento su Ser Espiritual.

OTILIA

Es pequeñita, pero todo en ella es grandeza:
ojos de Madre; labios rojos de Pecadora;
caderas amplias; senos de incitante dureza
y cabellera rubia sobre la tez de mora.

Ella nunca ha tenido momentos de tristeza
y es una frivolilla. Veréisla a toda hora;

ideando algo malo si parece que reza
o rumiando algún goce si parece que llora.

La niña incomprensible, para mí únicamente
no tiene encrucijadas; sabe que soy vidente
para los pensamientos que entraña su intención.

Y sólo me domina con poder absoluto
en los breves instantes en que el hombre es un bruto.
¡Entonces si que es suyo todo mi corazón!

SOFÍA

Es la mujer más blanca de cuantas he admirado
y la mujer más buena de cuantas he querido:
si es grande la belleza de su cuerpo nevado,
es más la que atesora su Ser desconocido.

Es, para mi respeto, como un cáliz sagrado
cuyo precioso néctar el Mal no ha corrompido;
y que con tan unciosa reverencia he tocado
y en que con tanta fiebre de pasión he bebido.

Cuando la Hora Roja de la Mujer la llama
y en la sanguínea estuancia de su sexo se inflama,
refínase el encanto que tiene su beldad.

Porque ella es una artista; ¡y el Arte que engrandece
lo material y abstracto, depura y embellece
hasta el carnal instante de la brutalidad!

TERESA

Atesora el encanto de la hembra bravía
cuyo beso estrangula, cuya caricia mata,
cuando se desenvuelve su lujuria de impía
y el deseo su torpe sensualismo desata.

Tiene cuerpo de Venus y corazón de ingrata.
La seducción es nula para su altanería,
y el enfado en su grave semblante se retrata
cuando la hacen objeto de una galantería.

Su ideal es un hijo, y en su busca labora,
esperando que llegue para su carne la hora
de abrirse en un milagro de fructificación.

Porque ella reconoce la misión de la hembra
y quiere que en su entraña la fecundante siembra
ejecute su obra de multiplicación.

ENVIO

PARA TODAS Y CON LA EXPRESIÓN MÁS FRANCA
DE MI AFECTO MÁS ÍNTIMO.

Forjé para vosotras, Sacerdotisas buenas
que adoráis en el Templo de la Carne al Amor,

estos versos que fingen argentadas cadenas,
para estrecharos juntas en un cuadro de honor.

Mujeres de embelesos, mieles y savias llenas:
permitidme que os brinde mi Copa de Licor,
que si tiene en su fondo resíduos de mis penas
es porque muchos labios probaron su sabor.

Recordando las dádivas de vuestras almas francas
que, en la dulce caricia de vuestras carnes blancas,
sumisas, generosas y buenas me ofrecísteis,

es fuerza que yo sienta necesidad de amaros
y con los áureos cetros de mis lirismos daros
algo que recompense lo mucho que me disteis.

Rosa Trujillo Arredondo (Rosa Té)

LOS REYES MAGOS

PARA MI COMPAÑERO EL DR. RAMÓN A. CATALÁ

Los niños bulliciosos colocan sonrientes
en lechos y balcones zapatos y cestillos,
y aguardan a los Magos que en chozas y castillos
ofrenden sus regalos a niños obedientes.

Las madres amorosas esperan impacientes
el sueño de los ángeles devotos y sencillos,
y cuando ya se duermen, cual mansos corderillos,
en cestos y zapatos colocan los presentes.

En tanto, silenciosas, las vírgenes ofrecen
cestillos de ilusiones que enfloran y fenecen
al paso de los nobles Monarcas Orientales,

¡y sueñan desveladas con príncipes gallardos,
con madrigales tiernos de peregrinos bardos,
gemelos de sus almas, sedientas de ideales...!

LAS UVAS DE LA DICHA

PARA RAFAEL G. ARGILAGOS, EL GENIAL DECEPCIONADO.

Esperando las doce, enajenada,
desgranando las uvas con desvelo,
sueña la Musa con el níveo velo,
evocando una imagen adorada...

Y elevando ferviente la mirada
a la divina Emperatriz del Cielo,
ruega con fe, por el amado anhelo
que aguarda el alma en el dolor templada.

Con manto de zafir, entre las nubes,
surge María en medio de Querubes
por concepción de mágicos pinceles.

¡Y piensa ella, feliz, que ya triunfante,
él llega ante su alcázar anhelante,
ofreciéndole mirtos y laureles...!

Carlos M. Valdés

¿TU TE ACUERDAS?

¿Tú te acuerdas? La Madre vigilaba;
yo, audaz y enamorado, en tus oídos
frases de amor sentidas susurraba...
Tú hablabas muy deprisa, y con tus ruidos.

quisiste sofocar mis juramentos
y loca, entusiasmada, sonreías...
Un instante yo espié tus movimientos
pensando en las locuras de otros días.

Partió veloz el tren, y en su partida
te alejó de mi lado. ¡Te alejaba!
¡Con qué amarga tristeza sonreía!

Eras en el Sendero de mi Vida
una nueva ilusión que se esfumaba,
¡una hermosa ilusión que se perdía!

Juan B. Ubago (1)

TU ABANICO

Es temible si expresa desagrado
con su lenguaje mudo y altanero;
y es fiel y cariñoso mensajero
si le lleva un suspiro al sér amado.

Espada de Damocles si cerrado
amenaza entablar combate fiero;
y promesa amorosa si ligero
te acaricia con su aire perfumado.

Si a tu oído, melódica y sentida,
una frase de amor llega atrevida,
es discreto y oculta tus sonrojos,

como la nube al sol, con su paisaje;
pero astuto y traidor, deja a tus ojos
que miren al través del varillaje.

(1) Por lo que representa para la Juventud intelectual Cubana, la personalidad de Juan B. Ubago, es por lo que traemos a esta «Antología» el soneto «Tu Abanico».

Tauler Vilarés (Violette Lauset)

BREVIARIO DE AMOR

Amo a Dios sobre todos los seres y las cosas
porque su amor resume todo humano ideal...
Y es principio y es término de cuantas amorosas
ansias experimenta todo sér inmortal.

Amo esta inmensa patria que llaman Universo...
Amo este bajo mundo, porque sé que aunque el Mal
ha erizado de espinas su senda, no es perverso:
es sólo un mundo pobre, estrecho, material...

Amo a todos los seres: lo mismo al indigente
mendigante que al rico poderoso... Mi amor
llega a todos: ya sea culpable o inocente,
ya cobarde o valiente, ya leal o traidor...

Amo seres y cosas: los malos y los buenos...
Las nieves y las llamas, el frío y el calor,
horrísonas tormentas o paisajes serenos,
las horas de alegría, las horas de dolor...

Amo la luz que baja de las altas esferas...
Y pone sus albores en cada corazón...
Esa luz que la mente despeja de quimeras,
agente misterioso de toda inspiración.

Amo también las sombras funestas que en la vida
presentan el contraste de toda imperfección...
Pues sé que al fin la sombra será desvanecida
por la ley infalible de eterna progresión...

Y amo el trozo de tierra donde tengo mi estancia.
Amo la blanda mano que mi cuna meció...
La misma mano buena que protegió mi infancia
y a través de la vida jamás me abandonó.

Los cielos y los mares, las aves y las rosas,
el sol y las estrellas... A todos amo yo...
Pero a Dios sobre todos los seres y las cosas
y después a mi madre: ¡Ella a amar me enseñó...!

Leonardo G. Terre

TRIPTICO A «LA IMPOSIBLE»

«Y EN VANO LUCHO CON TU AMOR, EN VANO,
NO ME LLAMES HERMANO; QUE, A UN HERMANO...
OYE: A UN HERMANO SE LE BESA, MÍA.»
F. LLES.

VISION CREPUSCULAR

Por la amplia avenida que sombrea
la recta hilera de verdosas frondas,
el auto, velozmente zigzaguea
en una loca sucesión de ondas...

El mar se extiende, en el confín lejano,
como una copa azul, tornasolada;
y en el éter semeja un aeroplano
un águila caudal agigantada.

El sol se pliega—huyéndole a la noche—
como un gran abanico, rojo y gualda,
en el zafiro inmenso del poniente;

mientras que, haciendo de mi amor derroche,
al rozarme la seda de tu falda,
te beso, con los ojos, locamente...

EN EL «PARQUE JAPONES»

Cabe el amplio terreno sin cultivo,
cruzado por soberbias avenidas,
el «Parque Japonés» yérguese, altivo,
como un girón de antigüedades idas...

Una cúpula ofrece su estructura
de exótica y magnífica belleza;
y, en tanto que contemplo tu hermosura,
mi corazón, devotamente, reza...

Lugar de ensueños, para ensueños hecho:
aquí las frondas de verdor constante
y el césped más allá, fresco y lozano

y mullido a la vez, cual blando lecho...
¡Vivir aquí; vivir eternamente,
contigo y con tu amor... como un hermano!

A «LA IMPOSIBLE»

¿Qué encanto tienes en los labios rojos,
en los cabellos rubios y rizados,
y en esos claros y rasgados ojos
misteriosos, lascivos, imantados...?

¿Qué encanto tienes, di, que así iluminas
todo cuanto en tus ojos se retrata...?

¿Qué encanto tienes tú, que me fascinas?
¿Y qué virtud, que a tu rigor me ata?

¡Aléjate, mujer...! Son un martirio
estos sueños de amor, torpes y raros,
este afán de pasión, que me anonada...!

¡Hablarte a ti, de amor, es un delirio!
Son muy bellos los mármoles de Pharos...
¡Pero no sienten... ni padecen nada!

Margarita del Valle

TRINOS

Oye los trinos, Alma, de tu parlero amado,
y deja que te besen sus notas de cristal.
De rosas mi jardín se ha empurpurado,
bajo un tenue crepúsculo autumnal.

Oye los trinos corazón cuitado
del ave que es cual tú sentimental.
Esta puesta de otoño ha matizado
las rosas de mi lírico rosal.

Oye los trinos de la alondra incauta
cuando el arroyo pone un do de flauta
en el remanso de un atardecer.

Rima el valle sus trovas milagrosas,
¡y vuelca rosas, rosas..., muchas rosas...
la primavera que llegó anteayer...!

CABE LA FUENTE DEL JARDIN...

Cabe la fuente del jardín sonoro
hay una amable y familiar glorieta:
muda testigo que atisbó, discreta,
descender un crepúsculo de oro...

Cabe la fuente del jardín, un coro
forman canoros pájaros... Giuglietta
viene de nuevo en busca del poeta
que le dijera al suspirar: «Te adoro».

Cabe la fuente del jardín yo sueño
y en emociones rítmicas pergeño
lo que en periodos líricos concibo...

Me enamora una estrofa bien pulida
y en cada producción dejo la vida
puesto que el alma pongo en lo que escribo.

EX-VOTOS...

Alma que marchas disipando enojos:
igual que una mañana del estío,
deja verme en las niñas de tus ojos
como si fuera en el cristal de un río.

Quiero mirarme en ti. A mis antojos
mirarte atravesar algún plantío...
La tarde luce sus pendones rojos
y quiero unir tu pensamiento al mío.

Sé fresca como el agua cristalina
que viene de la olímpica montaña
y se arrastra, como una Mesalina

que desciende a la paz de la cabaña,
bajo la dulce tarde zafirina
que en su precioso líquido se baña.

Osvaldo Valdés de la Paz

EL POETA

El poeta está enfermo de tristeza
a fuerza de pesares y de abrojos,
tiene sombras oscuras en los ojos
y se inclina abatida su cabeza.

Suspira mucho, sin cesar suspira
rimando las estrofas de su canto,
y de repente le sorprende el llanto
y tiene presto que colgar la lira.

Le quiero a veces ofrecer consuelo
al mirarle, borracho por el suelo
como un loco, rodando hacia el abismo...

—¡Dime lo que te aflige y te anonada!
Y me responde sollozando:—¡Nada!
¡Lo que me pasa no lo sé yo mismo!

PESIMISMO

La vida es el jardín de los dolores
con las espinas de los desengaños.
Se cuentan los pesares por los años...
¡Tiene más penas el que holló más flores!

Son imposibles todos los amores,
que nos producen infinitos daños,
y subir de la gloria los escaños
es cosechar tremendos sinsabores...

Un juez inexorable es la conciencia
y tan sólo resulta la experiencia
un hambriento chacal que nos devora.

No hay otra dicha que dormir inerte
en el regazo helado de la muerte...
¡Por eso el niño cuando nace, llora!

Caridad G. Venegas

ALMA INGENUA

I

Vagar cantando de algún trovero
las dulces coplas sentimentales,
mientras esparcen en el otero
su blando aroma los naranjales.

Junto al arroyo que gime y reza
triste llorando sus soledades,
sentir que el alma se despereza
y va tras nuevas idealidades.

Desde el bohío mirar ufana
el sol saliendo cada mañana
sobre los verdes cañaverales,

y ver ligeras las campesinas
como bandadas de golondrinas
cruzando ariscas los matorrales.

II

Dormir la siesta bajo el ramaje
de añosa ceiba ruda y altiva
donde su nido cuelga salvaje
alguna parda tórtola esquiva.

De la hoja seca que el viento arrasa
oír el leve crujir doliente,
y el rudo aliento de un sol que abrasa
sentir cual ósculos sobre mi frente...

Mirar un perro noble y travieso
que nos anuncia fiel el regreso
de alguien que llega de su trabajo...

Y en un recodo ver confundida
un hacha vieja dormir rendida
sobre las breñas de oscuro atajo.

III

Ir los domingos por la mañana,
cuando despiertan los ruiseñores,
a la capilla que está cercana
de los ribazos y los alcores.

Rezar la misa con fe sincera...
Y en el establo que da al camino
tomar la blanca leche que espera
sobre la tosca mesa de pino.

Junto al alero de algún bohío,
—el más humilde del caserío—
templar el tiple, darle punteo...

Y bajo un palio de enredaderas,
con la rudeza de almas sinceras,
bailar felices un zapateo.

HOMENAJE A LA BANDERA

(PARA EL 20 DE MAYO)

¡Al gigante clamor de la lira
despierte mi raza!
Que se llenen de luces los cielos,
que la aurora se vista de espléndidas galas,
que resuene en los campos floridos de Cuba
la voz de las almas,
la voz de las almas que saben de triunfos,
y que saben de glorias pasadas
mientras izan allá sobre el Morro altanero
la bandera de luz de la Patria.

Despertad a mi canto de fuego
dormidas leyendas de heroicas hazañas,
y entre claros fulgores de incendio,
y entre chispas de luces fantásticas,
y entre sordos rumores de lucha,
y entre alegres repiques de roncas campanas,
responded al conjuro divino
que os lanzan las cuerdas vibrantes del arpa,
y venid a evocar vuestros verdes laureles
junto al alto dosel donde flota gallarda
la bandera de franjas de cielo y armiño
y de triángulo inmenso de grana.

¿No sentís el rumor de las olas
que se agitan, que bullen, que estallan?
¿No sentís cómo pasa la brisa

diciendo un poema de notas extrañas?
¿No escucháis como todo parece que ríe?
¿No escucháis como todo parece que canta?

Despertad, corazones dormidos,
despertad a la voz de la Patria,
despertad y venid hacia el templo
do comulgan de gozo las almas.
¡Venid, emigrantes
de tierras lejanas!
¡Arribad, oh famélica tropa!
¡Venid, pueblo de todas las razas,
que al llegar a la América libre
y encontrar este hermoso verjel de la Atlántica,
sentiréis unos brazos amigos,
soñaréis que unas veces os llaman,
y hallaréis que aquí todas las manos se juntan
sin odios, ni luchas, ni trabas,
que aquí todos los hombres son libres,
bajo el palio de luz de la estrella preclara...

¡Cuba, patria de tantas proezas,
cuya historia, tejida de nobles audacias,
siempre llevo en la mente escondida
entre viejos girones de santas leyendas de sangre y
[de lágrimas!
Cuba, Perla del Mar de las Indias,
encantado jardín de mi infancia,
paraíso de luces de gloria y de ensueño,
donde mueren las ruines pasiones bastardas,
yo me postro y saludo tu enseña bendita,
que ya miro... tan alta..., tan alta...!

Evelio M. Vega

¡OFRENDATE, MI ATALA!...

PARA AGUSTÍN ACOSTA, EL POETA
DE LA SERENIDAD Y LA ESPERANZA...

¡QUE lejos, y qué cerca, te contemplo,
oh, fúlgida Visión de carnes diáfanas
y sonrisa de arcano!
«Según revelación del Padre Brahma»,
ascenderé en las alas de las ondas,
salvando los abismos y montañas,
hasta la fosca cima
donde la gloria está de tu Walhalla...!

¡OH, seráfica Novia de mi espíritu!
¡Oh, flamígera Musa! ¡Bella Atala!
¡Vaporoso sostén de mis quimeras,
cultivadora de mis lilas blancas
en el predio incorpóreo de mi psiquis,
entre las rojas llamas
de la interrogación torturadora...!

¡OH, mirífica Virgen de mis ansias
más puras y secretas!
¡Ofréndate, mi Virgen, en el Ara
del Amor sin violencias,

sin estigmas ni máculas...!
¡Nada a la carne dice el ámbar tibio
de esa tu desnudez púdica y lánguida!

¡SAGRADO Lumen en mi cielo zarco!
¡Estela ebúrnea en el azur del alma,
do vuelan las libélulas etéreas
de mis pasiones lúcidas y castas!
¡Oh, Musa de mis sueños,
para los lirios de mi amor, fragancia!
¡De tu impoluto beso el óleo santo
pon en mi frente de alabastro y ágata...!

¡QUE abismo, el de tus ojos...,
con las ambigüedades del misterio
y las titilaciones de las almas,
enamoradas tristes de lo Eterno...!

¡QUE vaguedad de noche y de infinito
cierne el piélago astral de tus cabellos,
por sobre los contornos fascinantes
de la escultura abstracta de tu cuerpo...!

¡OH, Virgen de mis ansias más sublimes!
¡Oh, Musa de mis sueños de Poeta,
de mis crepúsculos y auroras pálidas
y nupciales fragancias de azucenas!

¡SEDANTE de mis lágrimas ardientes,
en los insomnios de mis noches negras,
donde no ven mis ojos...!
¡Cuidadosa Vestal de mis ojeras,
y fraternal divina Alentadora
en mis horripilantes decadencias...!

¡OH, seráfica Novia de mi espíritu!
¡Oh, mirífica Atala de mis ansias
más puras y sublimes!
¡Ofréndate, mi Virgen, en el Ara
del Amor sin violencias,
sin estigmas ni máculas, sin tacto,
porque me ha revelado el Padre Brahma,
que llegaré en las alas de las ondas,
salvando los abismos y montañas,
hasta la fosca cima
donde la gloria está de tu Walhalla,
rasgando las tinieblas como un faro...!

Rafael Versón Brunet

ALGO EXTRAÑO...

Algo extraño se anuncia en mi cuerpo sensible
que en lo íntimo turba y conmueve mi vida,
y me clava, en la carne, una garra invisible
el recuerdo lejano de tu cuerpo suicida.

Y se anima la llama del anhelo inextinto
que antaño, insinuante, me obsedía por verte:
en mi ser interior me predice el instinto
que he de hallarte muy pronto a través de la muerte.

De mi cuerpo terreno, se diría que vibra
un estremecimiento, en la íntima fibra
por tu ser abolido, por tu psiqui olvidada.

Y al lejano conjuro que mi interno conmueve,
me revela el instinto que he de hallarte muy breve
a través de la muerte, del abismo y la nada.

ROSAS ROJAS

Estas rosas, pletóricas de escarlata violenta,
rojas, cual el deseo, cual la venganza y cual
las púrpuras intensas de una herida sangrienta,
y que dan sensaciones de un veneno mortal,

semejan, entreabiertas, crueles bocas malignas,
espléndidas en hondas lujurias venenosas.
Estas rosas extrañas, estas rosas son dignas
de los vasos de nieve de tus manos nerviosas.

Porque ellas florecen en raros maleficios,
y tus manos florecen en ofrendas al vicio
como ideas gemelas, como sueños que rimen.

A veces he sentido que se crispan mis nervios,
pues he visto asomarse a tus ojos soberbios
el fantasma silente del pecado y del crimen.

Uvaldo R. Villar

UNA TARDE ME DIJO...

Padecía de un mal que no se cura...
¡Y siempre estaba triste! ¡Era tan hondo
el dolor que mostraba, allá, en el fondo
de los ojos velados de amargura...!

Una tarde me dijo:

—Siento el frío
de la muerte en los huesos, y quisiera
no apartarme de tí... ¡Ay! ¡Si pudiera
tu corazón de fuego unir al mío...!

Y suspiró después. En sus pupilas
las lágrimas pugnaron intranquilas
cual si quisieran escapar de acuerdo...

Y cuando al fin rodaron, fué tan largo
el copioso raudal y tan amargo,
¡que aun se nublan mis ojos al recuerdo!

TRAE A MI CORAZON LA PAZ QUE ANSIA...

Necesito el consuelo de tus ojos,
el milagro gentil de tu mirada,
para sentirme bien. Hoy tengo, amada,
el espíritu ruin, los nervios flojos.

Y el corazón sin fe. La vida misma
ha perdido su encanto y la repudio.
(La vida sin tu amor es el preludio
de un futuro de muerte que me abisma.)

¡Tan sólo tú me captas! Y es que tienes
algo, en el mirar, de las sibilas.
¡Con el mago esplendor de tus pupilas
alientas mi esperanza y la sostienes!

Yo no busco la dicha. Sólo ansío
una frase de amor que me consuele.
Mi pobre corazón, sin ti, se duele
de esa cruel soledad que le da frío.

Bríndale a mi amor la luz serena
de tu mirada en paz. (¡Tú, que eres buena
porque lo puedes todo y no me engañas!)

¡Que ese bien generoso que te pido,
yo sabré compensarte, agradecido
con el vibrante amor de mis entrañas...!

Adalberto Adán Villa

BAJO LA LLOVIZNA

En la callada inmensidad, la luna
derramaba sus rayos suavemente,
mientras miramos con pasión urente
nuestro idilio espejarse en la laguna.

Por nuestros cuerpos difundióse una
cálida vibración, y de repente
bajo mis labios tremuló tu frente
y me envolvió tu cabellera bruna.

La luna entonces se mostró envidiosa
ocultando su pena misteriosa
tras leve cirrus que el azul cruzaba.

Y su envidioso frenesí fué tanto
que por hacernos separar, su llanto
en forma de llovizna nos mandaba...

Rafael Vignier

FIGURAS DE NOVELA

GABROCHE

Nació en París y se bañó en el Sena,
y cantó por sus calles y arrabales;
los supremos y grandes ideales
juntó a una copla del arroyo, obscena.

¡Cachorro de león! Pisó la arena
burlándose de buitres y chacales...
¡Del hierro con orín hizo puñales
y miró con desprecio las cadenas...!

Al ruido del cañón se echó a cantar
y haciendo contorsiones de juglar
ante la muerte comenzó a reir;

¡y voló a la región desconocida,
donde la Libertad estremecida
le besó como a un Dios del Porvenir!

Luisa Pérez de Zambrana (1)

¡TENGO SED!

Sobre la cruz que el sacrificio encierra
ya el angel de la muerte para el vuelo,
y todos los espíritus del cielo,
gimiendo, precipítanse a la tierra.

Yace el divino mártir casi inerte
sin sangre ya las cárdenas heridas,
y en torno de los ojos extendidas
las fúnebres violetas de la muerte.

La vista que el martirio desencaja,
en torno tiende desolada y mustia
y a la turba homicida que le ultraja:
«¡Sed tengo!», grita, con suprema angustia...

«¡Sed tengo!» Y a este grito de amargura
Dios dice: ¿Cómo mi piedad sostengo?
Y en los montes, los aires y la altura
repite el eco con dolor: «¡Sed tengo!»

(1) Luisa Pérez de Zambrana, que está al borde de la tumba, debió haber figurado, por derecho propio, en el Parnaso Antillano; pues representó una época literaría en Cuba, y sus obras le han conquistado el merecido laurel para su frente de poetisa brillante y tierna...

La multitud, con júbilo que aterra,
acíbar lleva a los divinos labios;
bebe el Cordero, y mansas, sin agravios,
dos lágrimas descienden a la tierra.

Y a cada herida que el rencor aciago
abre en su seno con rugientes sañas,
el regio moribundo exhala en pago
¡un sollozo de amor de sus entrañas!

FIN

INDICE

Págs.

NOTA PRELIMINAR 5

AGUSTIN ACOSTA

Los últimos instantes del Abate Joven de los Madrigales 15
Los últimos instantes del Vizconde Rubio de los Desafíos. 18

SERGIO ACEBAL

Musas Poéticas 22

RODOLFO ARANGO

La Aldea 24
Alma 25

JOSE MANUEL ALVAREZ

Requiescat... 26
Almas callejeras 27

RAFAEL G. ARGILAGOS

Errantes 28
Presentida 29

MARIANO ALBALADEJO

Y fué la historia breve... 30
Grandes y pequeños 31

PAULINO G. BAEZ

Rubén Darío. — Christus 32
Magdalena 33
Roma 34

JOSE MARIA BERRIZ XIQUES

En la brecha 37

REGINO E. BOTI

Las Cuchillas. — Recuerdo sentimental 39

MARIA VILLAR BUCETA

Bajo la tarde azul 41
Ukase 42
Nostalgia. — Crepúsculo en Otoño 43

MARIANO BRUL

Retorno. — Ojos verdes 45
Ofrenda 46

HILARION CABRISAS

Leit motiv 47

MIGUEL GALLIANO CANCIO

A un río 49

ENRIQUE CAZADE

Alma Moruna 50

TEODORO CABRERA

Convicción 51

JOAQUIN V. CATANEO

Nombre rutilante. 52

Págs.

ARTURO CLAVIJO TISSEUR
En pos de la Fortuna 53
El Cuento Arabe 54
Musa Lírica 55
MARIA COLLADO
Primaveral 56
Tus Cartas 57
Hojas caídas 58
Las Enredaderas 59
Alborada 60
Horas grises. — Matinal 61
PRIMITIVO CORDERO LEIVA
La Perdida. — Guarina 63
JORGE CASALS Y LLORENTE
Martí 64
CONSUELO C. CISNEROS
El Anticristo 66
ARTURO DORESTE
Intimidades 67
El Jardín Encantado 68
MARIA DE LOS ANGELES ESPEJO
El arroyo 70
MILAGROS P. ESQUIJAROSA
Talión 71
¡Culpable...! 72
RAFAEL A. ESTENGER
Canto de Amor 73
Delectación Romántica 74
GUSTAVO SANCHEZ GALARRAGA
Bohemio. — Meditación 75
Silenter 76
Ofrenda insular a Cuba, desde lejos 77
LUZ GAY
Soneto 78
ARMANDO D. GARCIA
Metamorfosis Blanca 79
Vida 80
Lucha. — Triunfo 81
Muerte 82
GRAZIELLA GARBALOSA
Hechicería Nocturnal 83
JUAN J. GEADA
Yo no lo sé 84
Sin esperanzas 85

Págs.

RAMON B. GOLLURY (ROGER DE LAURIA)
Ricardo Marín. — ¡No sabías, hermano...! 86
PASCUAL GUERRERO
Semblanza. — Tú que vas a la fuente 89
NICOLAS GUILLEN
Dolorosa. — Nácar. 91
La Canción de los Sauces 92
PLACIDO JULIO GONZALEZ
Incomprendido 94
JOSE GABRIEL GONZALEZ
No hemos nacido para llorar 95
F. DE IBARZABAL
Oriental 97
La Sombra de Atila 99
Alma. — En la noche... 100
La Muerte del Héroe... 101
GABRIEL JIMENEZ LAMAR
Luz Eterna. — Bajo el hondo misterio 102
Separación 103
Cuando muere el día. — Decepción 104
Amor Maternal 105
ALBERTO LAMAR SCHWEYER
El encanto de las casas viejas 106
La Estudiantina pasa 107
DULCE MARIA LOYNAZ Y MUÑOZ
EL POEMA DEL «QUO VADIS»
Eunice ante la estatua de Petronio 108
En el Ostrianum. — El incendio de Roma. 109
Ligia sobre el toro 110
Quo vadis, Domine? — Muerte de Petronio. 111
Humos de opio 112
MANUEL NAVARRO LUNA
Por la tarde 115
WALTERIO F. LEZA
El Triunfo. — El Ruego 116
La Ruptura 117
GERTRUDIS VAZQUEZ LOPEZ
¡Libre! — Ante la tumba de Homero. 118
Muerte de Amado Nervo 119
La taberna misteriosa. — ¡Cuba libre! 120
MARIANO LOPEZ BLANCO
Transmutación 122
RUY DE LUGO VIÑA
La España de Leyenda 123

Págs.

CESAR LUIS DE LEON
Germinal 126
FRANCISCO LLES
¡Vive! 128
FERNANDO LLES
Tú eres también un ritmo de rapsodia... 130
Cantaba el Rapsoda... 131
E. MAGALLON
¡Dante! 133
MIGUEL A. MACAU
Paz perdida 135
RUBEN MARTINEZ VILLENA
SINFONÍA URBANA
I Crescendo Matinal 142
II Andante Meridiano. — III Allegro Vespertino. . . . 143
IV Morendo Nocturno 144
FELICIA MARTINEZ VELEZ
Mística 145
ADELINA MARIÑO DE RIVERON («YOLANDA»)
El Sol. — La Luna 146
La Ilusión 147
Soy un alma 148
JOSE WEN MAURY
LOS DOCE MESES
Enero. — Febrero 150
Marzo 151
Abril. — Mayo 152
Junio 153
Julio. — Agosto 154
Septiembre 155
Octubre. — Noviembre 156
Diciembre 157
ISIDORO VIRGILIO MERINO
Rebeca 158
VICENTE MENENDEZ ROQUE
Mi Soneto. — Soy 160
Tú y la Luna 161
LUIS AUGUSTO MENDEZ
Soy universal 163
JOAQUIN MILIAN
Egolatría 164
El Sátiro 165
El Retorno 166
FELIPE PICHARDO MOYA

Págs.

La Ofrenda 168
La Escena 169
Los Centauros 170
El Héroe 171
El Milagro 172
La Oración 173
GUILLERMO DE MONTAGU
El Encuentro 175
JOSE NAVARRO MONTES DE OCA
Otoño 177
Crepúsculo. — Alba 178
RUBEN AGUILAR NAVARRO
Mientras tú duermes... 180
ANDRES NUÑEZ OLANO
Las Voces Amargas 181
ANTONIO JOSE OLMEDO
Almas Femeninas 184
Incertidumbre 186
Evocación 187
JUAN ORTEGA
¡Anhelo...! ¡Anhelo...! 188
A Matanzas 189
DANIEL OTERO
Fué una mañana azul... 191
RAFAEL FELIX PEREZ
Ante el Enigma 192
REGINO PEDROSO
Los Borgia 194
Nipona 195
EL TRÍPTICO DE LOS TAPICES
I Encantamiento 196
II El Collar de Scherezada 197
III Languidez 198
LUIS AGUIAR POVEDA
La Canción de Elcino 199
La Marquesa recuerda... 200
CARLOS PRATS
Al volver 201
ARTURO ALFONSO ROSELLO
Nocturno 202
CIANA VALDES ROIG
De mi Vida Cautiva 206
Arrepiéntete 208
Meditación 209

Págs.

FRANCISCO ROBAINAS
Flor de Otoño. 210
JOSE RODRIGUEZ DIAZ
A Eros 211
GENEROSO RODRIGUEZ CARREÑO
Mayo 212
MARIA LUISA RODRIGUEZ
A mi Padre 213
AMADA ROSA RODRIGUEZ
Desolación 216
Quisiera 218
Vida Campestre 219
RAMON RUBIERA
Ideología del Arbol Seco 220
Aquella Noche 221
El Análisis Torvo 222
En el Camino Negro 223
Los Celos de aquel Bardo 224
Acuarela del Crepúsculo 225
MARIBLANCA SARAS ALOMA
Yo, criminal... 226
Cuando todo repose 227
ROSARIO SANSORES («CRISANTEMA»)
La Cita 228
El Retorno 229
Nostálgica 230
Caminante 231
Tengo celos 232
Mi Corte 233
CECILIO V. SARRET
Pinceladas 234
JUAN F. SARIOL
Hace ya mucho tiempo... 235
ENRIQUE SERPA
Ave Fémina 236
Lluvia de Lágrimas. 238
Férrea. — Exótica 239
Intima 240
No seas curiosa... 241
ROGELIO SOPO BARRETO
A Margot 242
OCTAVIO M. SUAREZ
Despecho 243
Fué una tarde muriente... 244

Págs.

FRANCISCO SIMON
¡Venid, quijotes...! — Nelumula 245
ANTONIO SUAREZ GOMEZ
Amelia 247
Julia. — Otilia 248
Sofía 249
Teresa. — Envío 250
ROSA TRUJILLO ARREDONDO (ROSA TE)
Los Reyes Magos 252
Las Uvas de la Dicha. 253
JUAN B. UBAGO
Tu Abanico 254
CARLOS M. VALDES
¿Tú te acuerdas? 255
TAULER VILARES (VIOLETTE LAUSET)
Breviario de Amor 256
LEONARDO G. TERRE
TRÍPTICO A «LA IMPOSIBLE»
Visión Crepuscular 258
En el «Parque Japonés». — A «La Imposible». 259
MARGARITA DEL VALLE
Trinos. — Cabe la fuente del jardín... 261
Ex-Votos... 262
OSVALDO VALDES DE LA PAZ
El Poeta 263
Pesimismo 264
CARIDAD G. VENEGAS
Alma ingenua 265
Homenaje a la Bandera 268
EVELIO M. VEGA
¡Ofréndate, mi Atala...! 270
RAFAEL VERSON BRUNET
Algo extraño... 273
Rosas Rojas 274
UVALDO R. VILLAR
Una tarde me dijo... 275
Trae a mi corazón la paz que ansía... 276
ADALBERTO ADAN VILLA
Bajo la llovizna 277
RAFAEL VIGNIER
Gabroche 278
LUISA PEREZ DE ZAMBRANA
¡Tengo sed! 279

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File".
Made by LIBRARY BUREAU